

1984

CORINTIOS XIII

30

revista de
teología y pastoral
de la caridad

**Cáritas
Internacional**

The background of the lower half of the cover features several overlapping silhouettes of human heads in profile, rendered in a dark orange color. These silhouettes are arranged in a way that suggests a group of people, with some heads in the foreground and others behind them, creating a sense of depth and community.

CORINTIOS XIII

REVISTA DE TEOLOGIA
Y PASTORAL DE LA CA-
RIDAD

Núm. 30 Abril/Junio 1984

DIRECCION Y ADMINIS-
TRACION: CARITAS ESPA-
ÑOLA. San Bernardo, 99 bis.
28015 Madrid. Aptdo. 10095.
Tfno. 445 53 00

EDITOR: CARITAS ESPA-
ÑOLA

COMITE DE DIRECCION:

Joaquín Losada
(Director)

S. Ambrosio
J. Elizari
R. Franco
A. García-Gasco Vicente
J.M. Osés
R. Rincón
A. Torres Queiruga

Felipe Duque
(Consejero Delegado)

IMPRIME: ARTEGRAF
Sebastián Gómez, 5. 28026-Madrid

DEPOSITO LEGAL:
M-7206-1977

ISSN 0210-1858

SUSCRIPCION:
España: 1.350 ptas.
Precio de este ejemplar:
400 ptas.

COLABORAN EN ESTE NUMERO:

*ALEXANDRE DO NASCI-
MENTO. Cardenal Arzobispo
de Lubango (Angola). Presi-
dente de Cáritas Interna-
cional.*

*HERVE CARRIER, S.J. Se-
cretario del Pontificio Con-
sejo para la Cultura y catedrá-
tico de la Universidad Grego-
riana de Roma.*

*EMILIO FRACCHIA.
Ex-Secretario de Cáritas
Internacional.*

*DENIS CANGY. Responsable
del Servicio de Animación en
Africa, en el Secretariado
General de C.I.*

*ENRIQUE TEISSIER. Arzo-
bispo de Argel. Vicepresi-
dente de C.I.*

*THOMAS J. HARVEY. Di-
rector Ejecutivo de Cáritas
de EE UU. Vicepresidente
de C.I.*

*LUIS A. BAMBAREN. Obis-
po de Chimbote-Perú. Vice-
presidente de C.I.*

*JULIO JAVIER LABAYEN.
Obispo Prelado de Infanta,
Quezon - Filipinas. Vicepre-
sidente de C.I.*

*LORETTA PESCHI. Del Ser-
vicio de Europa y Prensa de
Cáritas Internacional.*

corintios XIII

REVISTA DE TEOLOGIA
Y PASTORAL DE LA CARIDAD

Todos los artículos publicados en la Revista "Corintios XIII" han sido escritos expresamente para la misma, y no pueden ser reproducidos total ni parcialmente sin citar su procedencia.

La Revista "Corintios XIII" no se identifica necesariamente con los juicios de los autores que colaboran en ella.

SUMARIO

<i>Presentación</i>	5
ALEXANDRE, CARDENAL DO NASCIMENTO <i>"Cáritas. Quiénes somos y qué pretendemos"</i>	11
HERVE CARRIER <i>"Una civilización del amor. ¿Proyecto utópico?"</i>	21
EMILIO FRACCHIA <i>"La Confederación de Caritas Internationalis"</i>	45
<i>La acción caritativo-social en el mundo</i>	149
<i>Documentación</i>	235

PRESENTACION

“Cáritas es una red, verdaderamente universal, de la caridad”.

Estas palabras de Juan Pablo II expresan la razón de ser de este número de “Corintios XIII” dedicado a la acción caritativo-social en la Iglesia universal.

En efecto, Cáritas —como la Iglesia misma— extiende su mensaje y acción en el mundo entero. El Mandamiento Nuevo no tiene fronteras.

Normalmente, “Corintios XIII” ha centrado su reflexión teológico-pastoral sobre los problemas de pobreza y marginación del entorno español.

Se hacía necesaria una mirada de comunión y solidaridad universal sobre la misión de Cáritas en toda la Iglesia. Y ello por varios motivos:

— Cáritas es la diaconía de la caridad en las Iglesias locales. El dinamismo de la unidad y comunión eclesiales conlleva “vínculos de íntima comunicación de bienes entre las diversas partes de la Iglesia, y a cada una de las Iglesias puede aplicarse estas palabras del Apóstol: ‘El don que cada uno haya recibido, póngalo al servicio de los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios’ ” (LG n. 13).

— La interdependencia y dimensión planetaria de los problemas sociales en el mundo de hoy exige la intercomunicación y coordinación eclesiales, para su adecuado tratamiento y respuesta eficaz (Cf. GS n. 4).

— Cáritas es un organismo vivo en constante dinamismo y renovación. El intercambio de ideas y experiencias a todos los niveles eclesiales es fundamental para lograr su configuración e identidad, al hilo de las instancias de la evangelización y de la experiencia humana de la pobreza y marginación social.

La delegación de Cáritas Española que participó en la XII Asamblea General de Cáritas Internacional, pudo vivir una "experiencia privilegiada" de la vitalidad y auge de Cáritas en todos los continentes.

Fue una ocasión para constatar, en un clima de fraternidad eclesial universal:

— La convergencia de problemas en todos los países. El análisis profundo de los mismos, detectaba raíces y causas comunes extendidas por todo el mundo, y la necesidad de afrontar solidariamente dichos problemas por toda la Iglesia.

— Un rico intercambio de experiencias de todas las latitudes, con su carga étnica y cultural propias. Constituyen una fuente abundante para fecundar y dinamizar el ser y el actuar de Cáritas.

— El conocimiento y acercamiento personal de los agentes de la pastoral de la caridad en todo el mundo. El horizonte se ensanchaba y la percepción de los problemas y de la misión de Cáritas a gran escala era, sin duda, un estímulo para abrir y comprometer a esta diaconía de la Iglesia local "a las riquezas de la Iglesia universal, que no tiene límites ni fronteras" (Pablo VI, "Evangelii Nuntiandi n. 61).

En este marco se fraguó el volumen que hoy presentamos a todas las Cáritas de las Iglesias locales.

Todos los colaboradores son miembros o cooperadores de Cáritas Internacional.

El cardenal Alexandre do Nascimento, arzobispo de Lubango (Angola) y presidente de C.I., ofrece el horizonte de Cáritas en los próximos años, a partir del mensaje de Juan Pablo II a Cáritas Internacional.

Emilio Fracchia, secretario general de C.I. hasta 1983, en su larga Memoria sobre el estado de la Confederación de C.I., proporciona datos de primera mano y del mayor interés para conocer por dentro la génesis y evolución de Cáritas en la Iglesia. Por ello, hemos optado por publicarla íntegra.

Hervé Carrier, s.j., secretario del Pontificio Consejo para la Cultura y catedrático de la Universidad Gregoriana de Roma, traza, en su ponencia pronunciada en la XII Asamblea General de C.I., una radiografía de la sociedad actual —vivimos envueltos en una cultura de la violencia— y aboga por la vuelta a una “civilización del amor”, en la que Cáritas tiene un reto y una misión importante que cumplir.

A esta primera sección, que pudiéramos denominar como doctrinal, sigue una serie de colaboraciones, cuyo fin es brindar a nuestros lectores una panorámica de la praxis de la pastoral de la caridad en cada uno de los continentes.

Denis Cangy, responsable del Servicio de Animación en Africa, en el Secretariado General de C.I., ofrece las características de unas Iglesias que se desenvuelven, a la hora de realizar la acción de Cáritas, entre los movimientos emancipadores de un continente que despierta a la libertad y a la autonomía y los graves problemas de subsistencia y promoción humana.

Monseñor Teissier, arzobispo de Argel y vicepresidente de C.I., estudia el modelo de acción caritativo-social en el medio islámico. Es un ejemplo típico de “inculturación” de la acción evangelizadora y, en concreto, de la pastoral de la caridad.

Cáritas-América traza los grandes rasgos de dos Cáritas muy diferenciadas: Cáritas de Norteamérica y Cáritas de América Latina.

El P. Thomas J. Harvey, director ejecutivo de Cáritas de Estados Unidos y vicepresidente de C.I., condensa la andadura de una Cáritas que lleva a cabo su labor en el país tal vez más desarrollado del primer mundo y en el que la pobreza y la marginación social también tienen su asiento.

Monseñor Luis A. Bambaren, obispo de Chimbote (Perú) y vicepresidente de C.I., describe la trayectoria de Cáritas en América del Sur. La orientación de Cáritas como promotora de la pastoral social tiene en América Latina una experiencia pionera.

Cáritas Asia-Oceanía, de la mano de monseñor Julio Javier Labayen, obispo prelado de Infanta, Quezon (Filipinas), vicepresidente de C.I., camina lentamente, pero con garra, atizada por los graves problemas de una gran área del subdesarrollo.

Loretta Peschi, del Servicio de Europa y Prensa de C.I., presenta la experiencia de Cáritas-Europa. El modelo de Cáritas oscila a caballo de nuevos problemas que plantea la secularización y las formas de vida de una sociedad tecnificada.

Somos conscientes de los límites de este abanico de experiencias.

Nos hubiese gustado poder ofrecer todas las ricas variedades que, sin duda, se dan en los diversos continentes. Por razones de espacio, no nos ha sido posible. Se ha optado por recurrir a los responsables internacionales en las diversas áreas del mundo, quienes, por su competencia y responsabilidad, conocen las grandes líneas por donde camina Cáritas en la Iglesia universal. Agradecemos a todos ellos su valiosa colaboración.

En la sección de "Documentación" ofrecemos el discurso de Juan Pablo II a la XII Asamblea General de C.I.,

y una panorámica, por regiones, de la geografía de Cáritas en la Iglesia.

No queremos terminar esta presentación sin agradecer muy especialmente a Pedro Jaramillo, antiguo miembro del Consejo General de Cáritas Española y actualmente jefe del Servicio de Operaciones de C.I. y del Servicio de América Latina, por su eficaz aportación en las gestiones para hacer posible la publicación de este número. Así mismo, a Santos María Cirujano, tesorero de Cáritas Española y de C.I.

En la labor de traducción han participado Pilar Villar, colaboradora de Cáritas Española, y José Manuel Herrera, secretario general de Cáritas Española. Nuestro agradecimiento.

“Corintios XIII” espera haber prestado un útil servicio a todas las Iglesias locales y, en especial, a sus Cáritas Diocesanas.

Felipe Duque
Delegado Episcopal de Cáritas Española
y Miembro de la Comisión de Estudio y
Formación Social de C.I.



CARITAS. QUIENES SOMOS Y QUE PRETENDEMOS

ALEXANDRE DO NASCIMENTO
Cardenal Arzobispo de Lubango-Angola
Presidente de Cáritas Internacional

1. Introducción

Por estas fechas, ahora hace un año, el nuevo equipo directivo de Cáritas Internacional (C.I.) fue investido en sus nuevas funciones. Entre la elección del presidente, del vicepresidente y del secretario general, tuvo lugar el importante acto de la audiencia pontificia. Llegados de los cuatro extremos del mundo, como representantes de las Cáritas Nacionales, nos habíamos reunido en Asamblea General, en número hasta entonces nunca visto. Durante el memorable encuentro con el Santo Padre, pudimos escuchar un discurso que resultaba ser el segundo dirigido a nuestra Confederación, puesto que ya el 28 de mayo de 1979 había pronunciado otro a la anterior Asamblea General. Estas dos alocuciones presentan principios luminosos y dinámicos capaces de encaminarnos e impulsarnos en la marcha de cada día.

No es necesario llamar la atención sobre los estrechos lazos existentes entre Cáritas y el Romano Pontífice. Por su propia constitución, Cáritas es creación de la Jerarquía; está al servicio y es dirigida de modo especial por los obispos, para

desarrollar la pastoral social en cada diócesis. Las respectivas Conferencias Episcopales son las que la aprueban y dirigen.

Cáritas Internacional debe su existencia jurídica a los Estatutos aprobados por la Santa Sede; está localizada en la Ciudad del Vaticano e incluso el edificio en que se encuentra alojada es propiedad de la misma Santa Sede.

Al fin del primer año en el ejercicio de la presidencia de Cáritas Internacional, parece oportuno que presente:

- a) una segunda lectura de estos dos documentos pontificios;
- b) una visión panorámica de lo que se pretendía y de lo que se ha conseguido realizar.

2. Segunda lectura de los dos documentos pontificios

Comencemos por destacar los títulos con los que el Santo Padre nos acredita ante los ojos de la Iglesia y del mundo. El Papa dice que “Cáritas es una parcela privilegiada de la Iglesia”; “una red, verdaderamente universal, de la caridad”; “Cáritas tiene una misión magnífica en la Iglesia”. Esto es comprensible, ya que de algún modo nos concierne a los miembros de Cáritas ser el rostro visible de aquello que la Iglesia tiene como fundamental: la caridad. El discurso del 30 de mayo de 1983 nos remite al párrafo octavo, capítulo segundo, del documento del Vaticano II sobre el apostolado de los seglares, donde se dice que la Iglesia no puede olvidar el mandamiento esencial que Cristo nos dejó: el amor efectivo a los hermanos. La Iglesia puede dejar, y alguna veces deja, de hecho, algunos campos exclusiva o principalmente en manos de otras entidades. Pero lo que la Iglesia nunca podrá dejar de hacer es el dar testimonio por obras y palabras del amor a los hermanos.

El Santo Padre se refiere al extenso campo al que pueden dirigirse nuestros esfuerzos: desde la asistencia al individuo concreto y presente, apremiado por una urgente necesidad —hambriento, desnudo, analfabeto, drogado, etc.—, hasta las

realizaciones a medio y largo plazo, teniendo como meta el cambio de estructuras sociales que han de ser más humanas y más eficaces.

Ante tarea de tal magnitud es natural un primer sentimiento de temor y desaliento. La Iglesia nos dice, como Cristo a los apóstoles, que “no tienen por qué marcharse; dadles vosotros de comer” (Mt 14, 16). Nosotros respondemos como los apóstoles: “¿Dónde vamos a comprar panes para que coman éstos?” (Jn 6, 5).

Sin embargo, los años han exigido de Cáritas que tenga esta fe que transporta montañas. Nuestra determinación nace, en primer lugar, del mandato que nos viene del Papa y de los obispos. Sin duda, a la luz de los criterios sobrenaturales, no nos puede faltar la ayuda necesaria, ya que, en nombre de la Iglesia, nos sentimos continuadores del Señor, que “pasó haciendo el bien” (Hch 10, 38).

Además, tenemos el hecho de que cada comunidad nacional, diocesana o parroquial, ha de atender las necesidades concretas y, por eso mismo, limitadas a un determinado tiempo y lugar. Es la caridad de Cristo que toma la imagen de una acción dirigida a la persona concreta y que, como amor de madre, aun sin ser —muchas veces— especialista en nada, intenta responder lo mejor posible a cada demanda.

Esta es la razón de que cada Cáritas en el mundo tenga su fisonomía propia. En un mismo continente, y hasta dentro del mismo país, cada unidad tiene sus propias peculiaridades, aunque sin perder por eso el aire de familia que la une a las otras.

Por último, la colaboración. El documento de 1983 la destaca mucho. “Tenéis un lugar de relieve en la promoción de la pastoral social con vuestro obispo o con la Conferencia Episcopal, a nivel nacional, y con la Santa Sede —concretamente con Cor Unum—, en el plano internacional”. Y aún más: “Cáritas se coordina con otras asociaciones cristianas o neutrales”.

3. Perspectivas de la acción de Cáritas

Pasemos ahora a lo que es específico de Cáritas: vivir en sus miembros, por medio de la Organización, la caridad sobrenatural, profundizar en ella por la acción y la reflexión. De esta manera nos capacitamos, primero, para educar en el sentido cristiano del amor al prójimo, y, segundo, para atraer la atención de las personas y de las instituciones sobre los males y las necesidades concretas.

El documento pontificio insiste sobre un punto: “Cáritas, al actuar, ha de tener siempre un cuidado especial en encuadrar bajo su mejor luz la eminente dignidad de la persona humana”. “Estáis persuadidos de que se ha de evitar el que se haga de las personas y de los grupos sociales apenas gente asistida. Lo que importa es ayudar a que tomen en sus manos su propio destino, su vida, su familia, en la mayor medida que esto se pueda conseguir”. Y “por lo demás, la promoción no tiene a la vista sólo la alimentación, el techo o la salud; tiene ante sí al hombre en su totalidad” (Alocución del 30 de mayo de 1983).

El mismo documento insiste en la motivación que debe guiar e inspirar nuestras actitudes: “Para vosotros, miembros de Cáritas, lo que importa, por consiguiente, no es sólo el organizar bien la ayuda mutua, sino el hacer resaltar las motivaciones cristianas de la caridad”. Aún más; este magnífico añadido del Papa: “(Cáritas) ha de *rehabilitar la virtud de la caridad* que se inspira en el amor del propio Dios, que hace ver en el prójimo la imagen de Dios y del propio Cristo y se decide a tratarlo con gran delicadeza, respetando su libertad, su responsabilidad, su dignidad y su destino universal” (Alocución del 30 de mayo de 1983).

Volvamos al tema de la colaboración. Como ya vimos, el documento pontificio (1983) habla de la colaboración incluso con instituciones neutrales. Está en la línea del Vaticano II, cuando afirma: “Los valores humanos exigen también, a veces,

la colaboración de los cristianos que persiguen fines apostólicos con aquellos que, sin ser cristianos, reconocen esos valores. Con esta colaboración dinámica y prudente, de gran importancia en las actividades temporales, los seglares dan testimonio de Cristo, Salvador del mundo, y de la unidad de la familia humana” (Apostolicam Actuositatem n. 27).

Esta colaboración ha de observar, como se ve, las normas que imponen el sentido común y la prudencia. La experiencia nos enseña que muchas veces los hijos de este mundo son más hábiles que los hijos de la luz. Con más frecuencia de la deseada se ponen en marcha empresas u objetivos que no son sino etapas previstas por determinadas ideologías totalitarias que, apoyadas en la proverbial ingenuidad de los creyentes, aceptan y aun nos piden que les acompañemos durante un buen trecho del camino que les lleva a tomar el poder; una vez instaladas en él, las primeras víctimas a ser eliminadas son esos colaboradores más generosos que prudentes.

El Santo Padre se refiere al trabajo considerable de Cáritas, que honra a la Iglesia, y se refiere “a la difusión de nuestra Federación que casi corresponde a la extensión de la Iglesia católica”. No hay duda que sobre nuestros hombros pesa una responsabilidad no pequeña. Esto me lleva a enunciar, aun sin desarrollar, dos puntos que vienen a ser dos sugerencias:

a) Cáritas no nació ayer. Muchos de sus miembros ya alcanzaron la edad adulta, pues tienen más de veintiún años de existencia.

La experiencia cotidiana vivida al filo de los problemas de la pastoral social, los altos y bajos por los que ha pasado en sus relaciones con el poder civil, otras realidades experimentadas..., todo esto, que es patrimonio precioso de cada Cáritas Diocesana, de cada Cáritas Nacional y de la propia Federación, cada uno lo debe recoger y constituir en objeto de estudio.

b) La segunda observación es la de que, como subrayan los dos documentos pontificios, nosotros, los de Cáritas, nos diferenciamos de las organizaciones meramente filantrópicas: la dimensión sobrenatural ha de ocupar el lugar que debe. Los estudios previstos para este cuatrienio profundizarán, sin duda, en el tema de la acción social. Pero esto no es óbice para que también se deba acentuar la reflexión sobre la espiritualidad, que se adecúe mejor a nuestra vocación específica.

4. Lo que se pudo hacer en este primer año

Puede decirse que el papel del presidente de Cáritas Internacional es el de dar presencia de alguna manera a la personalidad jurídica de nuestra Federación. Esto exige que haya asimilado bien su espíritu para representarla ante los organismos miembros y ante las instancias oficiales. En el equipo administrativo central, el presidente debe ser, por su presencia amiga y responsable, el que garantice la puesta en práctica de los grandes objetivos acordados en la Asamblea General.

Al término del primer año de mi mandato, quiero agradecer el buen entendimiento y la perfecta consonancia que hasta el momento encontré por todas partes, y de un modo especial en nuestro Centro romano, en nuestra casa de San Calisto. Esta comprensión y esta ayuda me han permitido llevar a buen término las tareas de mi competencia.

En diciembre del año pasado participé en las reuniones del Comité ejecutivo y del Bureau, y en alguna sesión de comisiones regionales. En esa ocasión, y también en el presente año, tomé parte en otras sesiones, concretamente en las comisiones de política de las emergencias y de las relaciones internacionales.

También visité las Cáritas Nacionales de Angola, Portugal, España, Suiza y Alemania Federal (Friburgo).

Aún más importantes me parecen los contactos mantenidos con la Secretaría de Estado y otros organismos de la Santa Sede. El secretario general y yo presentamos nuestros respetos, en razón de las funciones que comenzábamos a ejercer. Particularmente significativas fueron las palabras que nos dirigieron el cardenal Casaroli y el sustituto monseñor Martínez Somalo; pusieron de relieve el papel que Cáritas desempeña y ha de continuar desempeñando en la Iglesia y en el mundo: ser en cierto sentido el rostro radiante de la Iglesia; estar y actuar allí donde, a veces, no lo puedan hacer otras fuerzas.

En unión con Cor Unum y Justicia y Paz, fuimos recibidos por el cardenal Gantin. En este encuentro se reafirmó la intención de una mayor y más estrecha colaboración y ayuda mutua.

Estuvimos en Ginebra, donde contactamos con los organismos internacionales. En este plano, pensamos intensificar nuestra presencia y testimonio. Encontramos simpatía e interés, tanto en el Bureau Internacional del Trabajo como en el Consejo Ecuménico de las Iglesias, Consejo de las Iglesias Luteranas y otras instituciones, lo que estaba en línea con el objetivo de la visita.

En diciembre pasado tuvimos la oportunidad de recibir en San Calisto al presidente y al secretario del CIDSE. Estoy plenamente de acuerdo con la información presentada por nuestro secretario general: "La consulta fue muy positiva y existe la firme intención mutua de continuar en un diálogo tan fructuoso. Uno de los puntos en que se puede ejercer esta colaboración es en el sector de los refugiados".

5. Viaje a Asia

Según lo previsto, el secretario general, el P. Joe Fernandes y yo viajamos a la India, Thailandia, Indonesia, Hong Kong y Filipinas. El viaje duró del 17 de marzo al 5 de abril.

En Bangkok nos reunimos con monseñor Bunluen Mansap, que gentilmente nos acompañó durante gran parte del viaje.

Sin duda, el secretario general y el P. Joe Fernandes nos ofrecerán un dossier detallado sobre este viaje. Lo que yo creo que debo hacer es manifestar nuestro profundo agradecimiento por la manera con que fuimos recibidos y por los fructuosos contactos que mantuvimos. Puede decirse, en primer lugar, que este viaje a las Cáritas de Asia —y lamentamos no haber podido visitar todas— ha servido de confirmación de los puntos de vista que expuse en la primera parte: qué diferente es la problemática del subcontinente de la India, al compararla con la minoría activa de Hong Kong y el esfuerzo de Cáritas de Thailandia. Advertimos las diferencias en los trabajos (no en el espíritu) de la Cáritas en Bombay, al compararla con la de Nueva Delhi. De la misma manera, son diferentes los objetivos que se han propuesto las Cáritas de Filipinas e Indonesia. Me parece que, debido a que los católicos en Asia, en general, son una minoría, el testimonio vivo de la caridad tiene un papel decisivo y mayor que en otras partes. Y hasta me parece que el hecho de que en una de las ciudades de más contrastes del mundo, como es Calcuta, se levante bien alta la estrella de la Esperanza cristiana, es como un gesto totalmente pretendido por la Divina Providencia. La figura frágil y luminosa de la Madre Teresa, sus hijas y el sorprendente número de otras hermanas de congregaciones religiosas, verdaderamente difunden el buen olor de Cristo. Se cuenta también con otra realidad: el interés y compromiso de los seculares.

Nos impresionó mucho la densidad de población en Asia. La pobreza humana, que llega a alcanzar los límites de lo soportable, nos perturbó, y traemos una gran preocupación. Ya hay alarmantes señales de violencia. Quizá haya quien sople en las brasas de la impaciencia. En Bombay, al embarcar, vimos una manifestación de huelguistas que puede ser un presagio.

La Iglesia y todos los hombres de buena voluntad y de sentido común, han de tener bien presente esto: si el fuego prende en Asia, todo el mundo arderá.

6. Conclusión

San Ignacio de Antioquía, en una carta que escribió a los fieles de Esmirna, afirma que la manera irrefutable de tener certeza de la ortodoxia se encuentra en la práctica de la caridad o en su ausencia. “La prueba es que nada se les da por la caridad; no les importan la viuda y el huérfano; no les preocupan el atribulado ni el que esté encadenado o suelto, hambriento o sediento”. Caritas debe ser la prueba cabal del Evangelio vivido por la Iglesia de nuestro tiempo.

En este sentido, y conscientes de la necesidad del auxilio y del favor de la gracia divina, estamos organizando una estrecha colaboración con Ordenes Contemplativas. Nosotros les ayudaremos en sus necesidades materiales, y ellas rezarán para que Caritas sea cada vez más lo que Dios, la Iglesia y el mundo esperan de ella.

UNA CIVILIZACION DEL AMOR. ¿PROYECTO UTOPICO? *

HERVE CARRIER, s.j.
Secretario del Pontificio Consejo para la Cultura

I

¿UNA CULTURA REFRACTARIA A LA CARIDAD?

“Una civilización del amor”. La expresión fue creada por Pablo VI en 1970 ¹. En un primer momento llamó la atención, después hizo fortuna y fue repetida como tema constante por Pablo VI y por el Papa actual. Pero surge una cuestión: la cultura moderna, ¿sigue aceptando el amor y la caridad como factores dinámicos de la vida social? La cultura actual, ¿sigue estimando todavía la *caridad* como valor individual y social? La reacción frente a esta cuestión es ya reveladora. Suscitar el problema les parece a muchos una provocación, o como mínimo un anacronismo. Si la caridad no es ya una idea aceptada por las nuevas culturas, esto significa que en la práctica la virtud clave del cristianismo queda devaluada y

* Ponencia pronunciada en la XII Asamblea General de Caritas Internationalis (Roma, 26 de mayo/2 de junio, 1983).

vacía de sentido. Lo cual se convierte en un hecho perturbador para los creyentes, cuyo signo distintivo es precisamente la caridad, y en particular para los cristianos comprometidos en la acción caritativa y el servicio fraterno a los hombres de hoy.

Se impone un análisis de *psicología colectiva*, más o menos común a todos, para comprender *las causas* que obstaculizan la caridad como valor social y para *devolverle su credibilidad*.

Limitaremos nuestras observaciones sobre todo al terreno socio-económico y político, que interesa más directamente a las personas y a los organismos comprometidos en la acción social y humanitaria. Veamos cómo los movimientos actuales parecen rechazar la idea misma del amor.

1. Primacía de las actitudes enérgicas y duras

Todos nosotros participamos de una mentalidad que valora las actitudes enérgicas y duras, como la lucha, la rivalidad, la competición, la libre conquista de la autonomía, del placer, del provecho propio, etc. Lo que hay que subrayar sobre todo es que la mentalidad actual parece haber *reprimido en el inconsciente* valores como la afectividad, el amor, la caridad o la compasión por las personas individuales. El mismo lenguaje de la justicia deja poco espacio a la caridad. Podríamos decir que, por una especie de paradoja, el amor hacia el *hombre colectivo* lleva a muchos a sacrificar el amor a las *personas concretas*. Queremos salvar los grupos, las clases, los países, pero olvidamos a los individuos, es decir, a los hombres y mujeres concretos que viven en esas colectividades. A veces hasta estamos dispuestos a sacrificarlos por la causa del bien común. Muchos millones han sido así víctimas de la instauración de regímenes totalitarios de izquierdas o de derechas, para que pudieran triunfar ideologías o intereses, defendidos en nombre de principios colectivos, ciegos a las necesidades y a las aspiraciones de las personas individuales.

En el lenguaje corriente de nuestros contemporáneos, las categorías de la praxis social están influenciadas por los residuos de las *ideologías* que han concebido el cambio social como resultado de la lucha, de la reivindicación violenta o de la revolución. Espontáneamente hablamos de las conquistas de la clase obrera, de la descolonización o del progreso del derecho social como frutos obtenidos mediante duras luchas, e incluso a menudo mediante enfrentamientos revolucionarios. Es como si el inconsciente colectivo estuviera marcado por las categorías del *pensamiento revolucionario*. De hecho, el hombre moderno se siente atraído espontáneamente a los cambios provocados, a una nueva sociedad, instaurada mediante la lucha, a la liberación y las conquistas sociales.

El espíritu contemporáneo está marcado por la influencia de tres *revoluciones-tipo*: la revolución americana de 1776, que proclamaba la independencia nacional y el advenimiento de un Mundo Nuevo; luego, la revolución francesa de 1789, que trastornó el antiguo orden prometiendo la instauración de una sociedad para el "homo aequalis" ²; y por último la revolución de octubre de 1917 en Rusia, que se convirtió en el símbolo de la era comunista. Aun cuando estas revoluciones, y tantas otras que han existido, hayan perdido su fuerza propulsora y su dinamismo renovador, han habituado al hombre de hoy a pensar en términos de acción revolucionaria y de combate socio-político. Si no se tiene cuidado, se razona en forma dialéctica, mediante tesis, antítesis y síntesis, viendo en ello el paradigma obligado de las luchas sociales.

Más o menos conscientemente, las mentalidades actuales reflejan las grandes corrientes ideológicas que, desde finales del s. XVIII, han enseñado al hombre dos *principios revolucionarios*. En primer lugar, la posibilidad para las sociedades de emprender un esfuerzo colectivo de liberación y de progreso; y, en segundo lugar, el empleo de la fuerza organizada para llegar a la instauración de una sociedad más igual, más justa y más fraterna. En esta perspectiva de lucha organizada, la

caridad aparece como una virtud descolorida que se recluye en lo privado o se relega a la conciencia individual. En el lenguaje enérgico y serio de los hombres y mujeres de acción, *hablar de caridad* parece hasta *ridículo*. Por una especie de inhibición psicológica, la caridad queda descartada del discurso sobre las relaciones socio-políticas y socio-económicas. Para Karl Marx, la lucha de clases constituye el dinamismo profundo de la historia, y hablar de amor y de fraternidad es intentar la “ilusoria supresión de las relaciones de clase”. Se trata de “verborrea sobre el amor” o de “dichos de cura de pueblo”³.

2. Cultura de la beligerancia

El asalto más brutal a la *fraternidad humana* proviene ahora del *sistema de beligerancia* que divide al mundo. ¿Cómo hablar de amor, en un mundo movilizadado para la guerra, amenazado y obsesionado por un holocausto colectivo? Ahora se habla de equilibrio del terror. El terror es la nueva dialéctica de las fuerzas que dividen y dominan la humanidad. Lo que está claro es que ahora nos encontramos ante un *sistema de beligerancia*. La actividad militar se ha convertido en una institución, una empresa planificada científicamente. En otros tiempos, los Estados preparaban su defensa con medios relativamente proporcionados, pero hoy el objetivo de la beligerancia tiende a dominar todo el sistema de la política internacional.

La amplitud del esfuerzo humano y las sumas astronómicas invertidas en los proyectos militares de hoy, revelan una situación escandalosa e intolerable. Más de 600.000 millones de dólares consumidos por año, 25 millones de personas enroladas regularmente en las fuerzas armadas de todo el mundo. Jamás había estado la humanidad entera sometida a semejante tensión colectiva y a semejante violencia. Por cada individuo que hay sobre la tierra, existe una

carga explosiva de 3,5 toneladas de TNT. Pensemos que un soldado cuesta anualmente casi cincuenta veces más que la educación de un escolar. Un solo submarino Trident cuesta tanto como la escolarización de 16 millones de niños del Tercer Mundo durante un año. El coste de la investigación con fines militares se estima en 50.000 millones de dólares por año. Alrededor de un millón y medio de investigadores y técnicos están empleados en ella.

En 93 países está presente una fuerza militar extranjera. En los países del Tercer Mundo, el 46 por ciento de los gobiernos están en manos de militares. Es sabido que el 75 por ciento del comercio de importación de armas se hace con los países en vías de desarrollo⁴.

Más alarmante quizá es que a algunos les parece inevitable la violencia y los enfrentamientos. Escuchemos a A. Sanguinetti: "La violencia es la génesis del mundo, la matriz de las sociedades. Es el pecado original de la condición humana. No hay bautismo, ni confesión, ni contrición, ni conciencia, que hayan logrado erradicarla hasta el día de hoy". Añade: "¿Y si la libertad consistiera justamente en la confrontación, la lucha, el enfrentamiento? No existe una solución que permita conseguir la paz de la especie humana para siempre jamás"⁵.

3. El escándalo de un desarrollo bloqueado

El hombre contemporáneo es, por otro lado, prisionero de una especie de fatalismo. Obsesionado por el extenuante esfuerzo de la defensa militar, está paralizado frente a las urgentes tareas del desarrollo. Vemos aquí una de las contradicciones morales más escandalosas de nuestro tiempo. Siendo así que los recursos económicos y el "saber hacer" (savoir faire) podrían hacer maravillas para combatir el hambre en el mundo y servir sistemáticamente a un desarrollo digno del hombre, todo el mundo se siente paralizado e incapaz de

enfrentarse a los problemas más graves de nuestra época. Nos sentimos impotentes ante esta necesidad de *amor elemental*, que, sin embargo, no podemos dejar de experimentar, hacia la familia humana, que suspira por su liberación y su auténtico progreso.

El increíble esfuerzo militar que prosiguen nuestros contemporáneos, además de agravar peligrosamente la psicosis de guerra, tiene el nefasto efecto de *arruinar las economías* y de impedir que la humanidad emprenda un esfuerzo positivo y eficaz con vistas al desarrollo de todos los hombres y de todos los pueblos. Y esto en un momento en que hay en el mundo 600 millones de parados, 900 millones de analfabetos y 500 millones de seres que pasan hambre. La empresa militar-industrial de hoy se ha convertido en un sistema económico que *hace pasar hambre al mundo*, puesto que se engulle una proporción considerable de los recursos de la humanidad en concepto de preparativos militares. Mientras tanto, uno de cada cuatro niños vive en la más absoluta miseria, sin alimento, ni agua potable, ni cuidados médicos, ni instrucción elemental. Hace 25 años, eran 500 las personas que morían de hambre diariamente. Hoy mueren hambrientos día tras día 160.000 seres humanos ⁶.

Para agravar la degradación social y moral producida por las políticas de guerra, varios gobiernos especulan con el temor al enemigo para reforzar su poder e imponer su dominio en el interior. Gaston Bouthoul escribía: “El temor al enemigo común refuerza mejor que ninguna represión la cohesión del Estado, la concordia del pueblo, la disciplina, el fervor y la lealtad hacia los dirigentes...”. En otras palabras: la agresividad es utilizada como sistema de control social y sirve “a la puesta a punto de las poblaciones para que mantengan su subordinación y su lealtad al Estado y a las jerarquías existentes”. Parece, desde luego, ventajoso servirse del “complejo de Damocles” para afirmar su autoridad ⁷.

Es necesario observar las *consecuencias éticas y psicológicas* del sistema de la beligerancia. Además de crear el peligro de un holocausto, del que sería víctima toda la familia humana, vemos cómo la empresa desmesurada en que se ha convertido el sistema bélico amenaza también con atacar al hombre en *su espíritu*, creando una psicosis colectiva y un terror generalizado, y sobre todo difundiendo un clima común de violencia. En estas condiciones, ¿cómo no dejarse tentar por el nihilismo, o por un pacifismo irracional, que a menudo se presenta como el rechazo violento del sistema de poder ciego que los hombres se han impuesto a sí mismos?

Todo poder, militar o no, que se declara a sí mismo un fin, se hace monstruoso. Hace 35 años George Orwell, en su novela premonitoria "1984", hizo decir a Big Brother: "El poder no es un medio, es un fin". En uno de los pasajes más dramáticos de la novela, el torturador declara a su víctima: "Las viejas civilizaciones pretendían estar fundadas sobre el amor y la justicia. La nuestra se basa en el odio"⁸. Al leer de nuevo a George Orwell, nos preguntamos hoy si la realidad no ha sobrepasado la ficción, y comenzamos todos a rebelarnos contra un sistema que obliga a los hermanos a destruirse mutuamente. ¿No indican estas nuevas actitudes que, en el fondo, el hombre se rebela contra la idea de estar *predeterminado al odio* y al enfrentamiento entre hermanos? ¿Está hecho el hombre *para el odio o para el amor*? Las generaciones jóvenes sienten más que los mayores la pertinencia dramática de este interrogante.

II

PROMOVER UNA CULTURA DE LA FRATERNIDAD

La familia humana, desgarrada por profundas divisiones ideológicas y perseguida por el terror de la guerra, ¿logrará

escuchar la *llamada a la fraternidad*, a la concordia y a la paz? Retornamos a nuestra cuestión inicial: ¿cómo hacer oír el lenguaje de fraternidad a nuestros contemporáneos, inmersos en un *clima de antagonismo* mantenido día a día a sabiendas y oficialmente?

A la luz de las reflexiones precedentes, nos gustaría sugerir cuatro líneas para la reflexión y la acción. 1) Hacer violencia a la violencia. 2) Mostrar la caridad como eficaz y competente. 3) Dotar a la caridad de un lenguaje creíble. 4) Presentar una imagen visible de la caridad.

1. Hacer violencia a la violencia

La *primera caridad* que nuestro mundo necesita es la de ayudarle a salir del círculo vicioso del odio y de la violencia; círculo que se ha erigido en un sistema que divide al mundo en bloques opuestos, en partidos irreductibles y en ideologías irreconciliables. Es necesario hacer comprender a nuestros contemporáneos que este sistema se ha hecho autodestructor y hace violencia a una de las exigencias más profundas, cual es la fraternidad, la concordia, la paz, *sinónimos* todos ellos que expresan el *amor*. Los cristianos y todos los creyentes pueden ejercer una influencia decisiva para que se rompa el férreo círculo de violencia. Si el hombre está hecho para el amor, ¿cómo no creer en la fuerza atrayente del ideal de fraternidad? ¿Pueden permanecer insensibles a su origen común y al lazo espiritual que constituye la familia humana quienes creen que el hombre ha sido creado a imagen de Dios? ¿Por qué iba a ser imposible proclamar que Dios es amor y anunciar la Buena Noticia de Jesucristo, cuyo supremo testimonio de amor ha transformado el mundo? Pero, para que este mensaje se haga *creíble*, es necesario que los discípulos de Cristo lo testimonien de forma convincente, en su vida y en sus compromisos, días tras día, generación tras generación, pues la inclinación natural no sitúa espontáneamente a los hombres del lado de la caridad.

Si la enseñanza paciente y el testimonio vivo no consiguen convencer a nuestros contemporáneos para que rechacen la violencia, a lo mejor la *lección de los hechos* les abre los ojos. Sirvámonos de los argumentos de la experiencia para iluminar los espíritus.

La *experiencia* demuestra, en efecto, que el uso de la violencia degenera pronto en una nueva forma de injusticia, pues se trata de un procedimiento que es anti-humano. La injusticia creada por la violencia no solamente afecta a sus víctimas directas, sino que también termina, indirectamente, por *corromper* las poblaciones a las que quería servir, pues, al legitimar la violencia, se desencadena una espiral trágica. Fijémonos en indicadores tan terribles como son la práctica de la tortura, la desaparición de personas, los goulags oficiales, los encarcelamientos psiquiátricos, o el terrorismo organizado.

En más de 50 países, la tortura ha llegado a ser una práctica corriente hoy, según Amnistía Internacional⁹. ¡Qué degradación y qué monstruosa ilustración de la anti-fraternidad! El hombre que tortura el ser físico y psicológico de su hermano se destruye moralmente a sí mismo como ser humano. La violencia, una vez desencadenada, llama a la violencia y termina siempre por volverse contra quienes la han empleado, aun con la ilusión de servir al bien común. La ideología de la violencia ha degenerado en proyectos terroristas, que encuentran intelectuales irresponsables que la legitiman. En Italia, uno de los pensadores que inspira a las Brigadas Rojas, Toni Negri, ha escrito desde la cárcel un libro que ilustra su concepción de la violencia como fuerza sagrada e invencible: "El espesor de la historia... reside en el odio de clases", dice. Y añade: "La violencia de las masas... lleva la marca de la victoria". Es necesario, pues, cultivar "la voluntad de una única y gran violencia"¹⁰.

El Papa Juan Pablo II, después de Pablo VI, ha denunciado con vigor y solemnidad la locura y la ilusión de la violencia: "Proclamo con la convicción de mi fe en Cristo y con

plena conciencia de mi misión que la violencia es un mal, que la violencia es inaceptable como solución a los problemas, que la violencia no es digna del hombre. La violencia es una mentira, pues va contra la verdad de nuestra fe y contra la verdad de nuestra humanidad. La violencia destruye aquello que pretende defender: la dignidad, la vida, la libertad de los seres humanos. La violencia es un crimen contra la humanidad, pues destruye el tejido mismo de la sociedad”¹¹.

En nuestra época abundan los ejemplos que demuestran hasta qué punto el odio y la violencia engendran una psicosis colectiva y un estado de irracionalidad que nublan tanto a las poblaciones como a sus dirigentes. Hacer prevalecer el buen sentido y conducir los espíritus hacia la pacificación, es una empresa sobrehumana. La opinión pública puede contribuir mucho a ello subrayando la irracionalidad de la violencia o, al menos, absteniéndose de presentar como un valor la lucha violenta. “Bienaventurados los artífices de la paz”, nos recuerda el Evangelio. Los hombres pueden emplearse en ello eficazmente, pero el éxito de su acción dependerá en último término de la acción ejercida sobre *las conciencias*, ya que sólo a este nivel se puede instaurar la concordia. Sabemos que el sentido del amor y de la caridad, que es su coronamiento, sólo puede venir por la intervención de Dios mismo actuando en los espíritus.

Nuestra época, ¿no está madura para entender este mensaje? Albert Tévoédjré decía recientemente: “De lo que nuestro mundo tiene necesidad es de una caridad que yo definiría como una disciplina social asumida colectivamente, y fundada sobre los valores humanos de justicia, responsabilidad y solidaridad. Esta caridad, ilustrada y comprometida, sería el instrumento por excelencia para la reconquista por parte de cada hombre de su soberanía personal y el símbolo de una humanidad completamente redimida”¹².

Si es necesario denunciar la violencia sustentada por individuos o partidos, hay que condenar igualmente la *violencia*

estructural, es decir, los sistemas ideológicos o económicos que aprisionan a los hombres. El empleo de la fuerza totalitaria o el establecimiento de sistemas económicos opresivos y dominadores, violentan a las personas y deben ser rechazados. Pero afirmemos que, frente a estas dos formas de violencia, la solución no es el empleo de otra violencia irracional, injusta e indigna del hombre. En la lucha por la justicia, sea cual sea la nobleza de su ideal, no se puede recurrir a otra injusticia, ni a una agresividad destructora para restablecer el orden, la paz y la dignidad. La norma de actuación, en otros términos, sigue siendo la de la *ética*. Juan Pablo II lo ha resumido en esta fórmula: “Realicemos *todas las correcciones que la ética exige en las relaciones económicas y sociales, pero evitando las destructoras violencias de los enfrentamientos revolucionarios*”¹³.

La mentalidad occidental, que aparentemente se ha hecho refractaria al lenguaje de la caridad, tendría mucho que aprender observando el comportamiento de las naciones jóvenes, muchas de las cuales se remontan a una vieja sabiduría. Fijémonos en el sentido de solidaridad, en el amor a la familia, en la ayuda mutua y la hospitalidad que caracterizan a tantos países de los así llamados en vías de desarrollo; o en las viejas culturas de la India que inspiraron a Gandhi una inmensa pasión por la liberación de su pueblo, renunciando sin embargo a las armas de la violencia. En más de una ocasión él mismo se refirió al mensaje de amor del Evangelio.

El testimonio y el mensaje de la caridad no pueden dejar insensibles a los hombres y mujeres de hoy, pues la exigencia de fraternidad responde a las más profundas y permanentes exigencias del corazón humano. Al apelar al amor entre los hombres se tocan los resortes secretos de la acción y del compromiso generoso y se alcanza el orden moral. Sepamos percibir la esperanza, la expectativa de las masas de hoy, que aspiran a la paz, a la concordia, a la compasión frente a las miserias cercanas, lo mismo que frente a las miserias de toda

la familia humana. En esta *esperanza colectiva* hay un signo de los tiempos que la Iglesia debe acoger para responder a él, anunciando precisamente que el mensaje vivo del Evangelio consiste en el anuncio de la fraternidad de los hombres, hijos todos de un mismo Padre.

2. Una caridad eficaz y competente

Se objeta, a veces, que hablar de caridad equivale a amortiguar la eficacia de la lucha por la justicia. Cristo es un "ladrón de energía", decía Arthur Rimbaud. Es el reproche que hacen los marxistas y los revolucionarios a los cristianos que pretenden apoyarse en el Evangelio para transformar la sociedad. La caridad es considerada como una actitud paralizadora, pues se equipara en el pensamiento de muchos a un sentimentalismo ineficaz o a una compasión emotiva que paraliza la acción social y las luchas políticas. Viene al recuerdo Merleau-Ponty que reprochaba a los cristianos el no ser seguros ni del todo auténticos revolucionarios. Esta es una ambigüedad que hay que suprimir.

¿No sería necesario que los cristianos fueran los primeros en reconocer que la lucha por la justicia debe ser *lo más eficaz posible*? El combate por la liberación y la promoción del hombre es indispensable y necesario. Pablo VI y Juan Pablo II lo reafirman con términos enérgicos.

¿No nos lo ilustra acaso la historia? ¿No es por la lucha como se consiguieron la descolonización y la liberación de tantos países, como se obtuvieron los derechos de los trabajadores y la caída de los tiranos? Los cristianos estuvieron, la mayor parte de las veces, implicados muy de cerca en estas conquistas que han conducido a la liberación y a la promoción del hombre. Pablo VI, hablando al Cuerpo diplomático, no negaba que la justicia deba a veces ser obtenida por la lucha. Decía: "No negamos que la lucha puede ser necesaria y que puede ser el arma de la justicia; que puede incluso llegar a

constituir un deber magnánimo y heroico”¹⁴. Quienes han actuado y continúan actuando en nombre del Evangelio, son invitados a un esfuerzo concertado, tanto en la denuncia de las injusticias como en la reivindicación de la dignidad del hombre y de los pueblos. No se debería reprochar a los cristianos el estar inhibidos por su amor platónico del hombre. Sería olvidar el hecho de que los cristianos proclaman igualmente la virtud de la fortaleza, la legítima defensa, la urgencia del combate por la justicia y la necesidad de una acción colectiva y eficaz.

Pero, en nombre de la acción eficaz, los cristianos denuncian también la sacralización de la revolución o la idolatría de la violencia, que sólo pueden llevar al terrorismo y al envilecimiento del hombre al que se trata de defender y de promover su dignidad, ya que, a fin de cuentas, se trata de defender al hombre sin lastimar al hombre mismo. En este contexto, la violencia aparece, pues, como la ilusión suprema y como el contra-valor de lo que el hombre se ha propuesto obtener en el combate social.

El Sínodo de Obispos de 1971 sobre “la justicia en el mundo” afirmó enérgicamente esta exigencia en nombre del Evangelio, diciendo: “El combate por la justicia y la participación en la transformación del mundo, se nos presentan plenamente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, que es la misión de la Iglesia para la redención de la humanidad y su liberación de toda situación opresiva”¹⁵.

Añadamos que, aunque la caridad sea un valor prioritario, en sí misma no reemplaza las *competencias* que garantizan la eficacia de la acción social, política o humanitaria. La caridad sola no basta. Son necesarias, igualmente, la competencia, la habilidad profesional, la capacidad de organización y de colaboración que permiten abordar correctamente los problemas económicos, sociales o jurídicos relacionados con la acción humanitaria.

Las buenas intenciones son necesarias pero insuficientes para resolver los complejos problemas del desarrollo, de la asistencia técnica, de la cooperación internacional, de la alimentación en el mundo o del diálogo para la paz. Los organismos humanitarios y sociales necesitan, por tanto, de técnicos y de especialistas competentes, para decir una palabra autorizada y para elaborar proyectos eficaces. Se necesitan también expertos para recaudar, administrar y distribuir con competencia los fondos destinados a la promoción humana o al alivio de miserias. El problema que se plantea como un desafío a estos organismos es el de saber conservar en sus cuadros y en sus colaboradores el mismo espíritu de fraternidad y de caridad que debe caracterizar continuamente su actividad. Este es el principal desafío del *liderazgo* en una organización caritativa o humanitaria con una historia de dos o tres generaciones. La solución consiste en recordar incesantemente la inspiración ética y espiritual que debe fundamentar la acción humanitaria o socio-económica. El economista y demógrafo Alfred Sauvy lo decía con estas palabras: "En economía hay dos grandes objetivos: moral (o justicia social) y eficacia. El hombre político puede fingir creer en la posibilidad de acuerdo. Pero siempre hay que elegir"¹⁶.

Para los cristianos, la elección radical es siempre el *servicio fraterno*, cualquiera que sea la naturaleza técnica del servicio que se quiere prestar a las colectividades o a los individuos. Digamos en breve que, si la competencia es indispensable, la caridad debe motivar su adquisición y ejercicio para dar así una dimensión ética a todo compromiso en favor del progreso y del bienestar de los hombres.

3. Dotar a la caridad de un lenguaje creíble

Si estamos convencidos de que la caridad es el valor supremo, tanto en la vida de las personas como en la de las colectividades, tenemos que inventar un *lenguaje creíble* para

ser entendidos en el mundo de hoy. Más que una cuestión de palabras, es un asunto de testimonio y de persuasión inteligente. No minimicemos la ignorancia que a menudo prevalece en este terreno. La caridad es menos conocida de lo que se cree, lo cual suscita por otro lado maneras extrañas de hablar de ella. Mao-tse-tung decía: “El pretendido amor de la humanidad no ha existido jamás desde que la humanidad se dividió en clases... No podemos amar a nuestros enemigos, no podemos amar los males sociales, nuestra finalidad es destruirlos”¹⁷.

El argumento más convincente continúa siendo la *práctica de la caridad* entre los mismos cristianos. Desde siempre ha sido ésta la fuerza más eficaz en el anuncio del Evangelio. El Concilio Vaticano II quiso precisamente insistir en una definición de la Iglesia que pone de relieve esta convicción. Dice, en efecto, que la Iglesia es un signo plantado en el mundo “para operar la unión íntima con Dios y la unidad de todo el género humano” (Lumen Gentium, n. 1). Obra esencialmente de unidad, de reconciliación y de amor.

En el plano del compromiso social o humanitario, hay que saber hacer aceptar la *realidad* misma de la caridad con un lenguaje comprensible para nuestros contemporáneos. Los *conceptos* principales que mueven la acción social, política o internacional, son susceptibles de ser enriquecidos por la idea misma de caridad. Fijémonos, por ejemplo, en los conceptos de *solidaridad, fraternidad, justicia, paz, dignidad, derechos del hombre, liberación o desarrollo*. Todos estos términos, que se repiten continuamente en programas sociales, discursos políticos y declaraciones internacionales, llevan consigo una carga emotiva abierta a la ambivalencia. Depende de los cristianos y de todos los que creen en un Dios de amor el aportar al lenguaje de la acción social este suplemento de espíritu, esta *convicción interior* sin la cual, a la larga, no se puede movilizar a los hombres para la construcción de una sociedad más justa y más fraterna.

Los mismos cristianos deben estar persuadidos de la *credibilidad social de la caridad*. Una parte de responsabilidad de que, en la cultura actual, la caridad esté devaluada, corresponde sin duda a los creyentes. No es exagerado decir que se impone un esfuerzo concertado para *salvar a la caridad misma*. Es a nosotros, en primer lugar, a quienes corresponde rehabilitar la caridad como dinamismo social. La enseñanza reciente de la Iglesia nos suministra excelentes elementos para *salvar la caridad* y promoverla en nombre de nuestra fe. Escuchemos lo que decía Juan Pablo II a la Asamblea General de "Cor Unum" en noviembre de 1982: "Lo que salva es la caridad; pero me atrevería a añadir, en otro sentido: es necesario 'salvar' precisamente a la caridad, es decir, rehabilitarla, fijarse en lo que implica en el plano espiritual, religarla al gran designio de Amor de Dios, a la Vida trinitaria que debe testimoniar, enriquecerla con la escucha del Evangelio, de la Palabra de Dios, nutrir la oración y la participación en la Eucaristía, que es su culmen. Es necesario, pues, velar también para no aislar la caridad de las otras exigencias de las Bienaventuranzas, esclarecer sus relaciones con la justicia, a la que no se reduce, aunque también ella tienda a la promoción humana, considerar su especificidad en relación a las acciones socio-políticas de las autoridades civiles"¹⁸.

Es, en definitiva, creyendo eficazmente en ella como se hace creíble la caridad. Esto implica comprometerse concretamente en nombre del amor y de la justicia. Escuchemos estas palabras del ya citado Sínodo de 1971: "La misión de predicar el Evangelio exige hoy el compromiso radical por la liberación integral del hombre; ya desde ahora y en la propia realidad de su existencia en este mundo. Si el mensaje cristiano de amor y de justicia no se realiza efectivamente en la acción para la justicia en el mundo, difícilmente parecerá creíble al hombre de hoy"¹⁹.

4. Una imagen visible de la caridad

Sería urgente, por otra parte, reflexionar sobre la imagen que da la Iglesia en su *práctica de la caridad*. ¿No sería necesario un esfuerzo concertado para hacer un inventario de sus principales iniciativas de caridad y de promoción humana? Hay en ellas un testimonio que vale la pena explicitar y presentar ante la conciencia universal. Los organismos sociales y caritativos deberían ponerse de acuerdo para preparar y difundir, discreta e inteligentemente, *informes periódicos* relativos a la *acción caritativa* de los cristianos. Esto podría estimular a los mismos creyentes en su compromiso y en su capacidad de testimoniar personalmente el dinamismo de la caridad cristiana.

La visibilidad de la caridad debe emanar sobre todo del testimonio que dan de ella los cristianos en su acción. De ahí la necesidad de reafirmar, en la acción caritativa y en los compromisos sociales, las *motivaciones propias* que encontramos en el Evangelio. Es cierto que las motivaciones de la acción social están con frecuencia implícitas y que hay que tener cuidado para no confundir el proselitismo con la cooperación desinteresada con cualquier persona de buena fe. Pero, para devolver el vigor a la caridad y al sentido del amor, nada puede desplazar al testimonio visible de una acción inspirada en el espíritu de fraternidad que emana de las fuentes evangélicas. Olvidar esto sería exponer la acción social y caritativa a una lenta *secularización*.

Hasta los mismos católicos, actuando en nombre de la Iglesia, pueden verse tentados a poner entre paréntesis las motivaciones propias de la caridad y a comprometerse en la acción, dando prioridad al peso socio-político de la Iglesia. Y es que la Iglesia es también un poder social y ejerce su propio peso en la sociedad. Como todo grupo humano, tiene capacidad de intervención o de presión sobre la opinión pública. La Iglesia puede ser percibida como una fuerza política

que detenta el poder del número y del prestigio. La Iglesia, por sus miembros y sus estructuras, tiene la capacidad colectiva de intervenir en las relaciones socio-políticas y en la lucha por la justicia. No es imposible, en último término, que la acción concreta de los católicos se fundamente únicamente en el dinamismo sociológico de la comunidad eclesial. Y, de hecho, esto se verifica cada vez que los cristianos se comprometen concretamente en una acción concertada haciendo abstracción de la inspiración evangélica que debería caracterizar su acción. La Iglesia tiene que rechazar esta instrumentalización por parte de los movimientos ideológicos, y esto sea cual sea su tendencia.

Otra forma de secularización de la acción humanitaria consistiría en silenciar completamente el lenguaje de la fraternidad o incluso en *desacreditar la práctica de la caridad*, como si ésta obstaculizara el logro de la justicia. Ello equivaldría a oponer erróneamente justicia y caridad. Juan Pablo II decía, en abril de 1983, a las Conferencias de San Vicente de Paúl, reunidas en Roma con motivo del 150 aniversario de su fundación: "Sin duda hay todavía personas que piensan que la caridad que practicáis corre el riesgo de frenar, con sus pequeños alivios, el proceso necesario para crear una sociedad humana completamente renovada y liberada de la injusticia. Esto no debe preocuparos. Es claro que hay que tomar siempre partido contra la injusticia, para defender a largo plazo precisamente a los pequeños y desposeídos por quienes vosotros os tomáis tantos cuidados. Pero es la misma caridad la que suscita uno y otro esfuerzo"²⁰.

La caridad es, en definitiva, engendrada por la caridad misma, pues el amor llama al amor. No es necesario ningún otro argumento. Por eso el testimonio visible del amor es irresistible. Fijémonos en la extraordinaria irradiación, por todo el mundo, de la Madre Teresa de Calcuta. Fijémonos en la resonancia de la muerte de Martín Lutero King, o en la abnegación del doctor Schweitzer, consagrado a sus leprosos,

o en el extraordinario eco, en la Iglesia y en el mundo, del todavía reciente martirio de monseñor Romero. No se puede a la larga hacer callar la voz potente de la caridad y del amor. Monseñor Romero escribía estas palabras proféticas: “Si me matan, resucitaré en el pueblo. Lo digo sin jactancia, con la mayor humildad. Si llegaran a matarme, perdono y bendigo a quienes lo hicieren. El martirio es una gracia de Dios que yo no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y signo de esperanza”²¹.

III

HACIA UNA CIVILIZACION DEL AMOR

¿No da testimonio acaso nuestra época de una profunda aspiración a la fraternidad y a la paz? El mundo actual, en efecto, va tomando conciencia progresivamente de que no podrá sobrevivir sin un esfuerzo concertado, emprendido con un espíritu de fraternidad. Sin concordia y sin amor fraterno no hay paz posible ni solución eficaz a los problemas del desarrollo; la alimentación y la promoción de todos los hombres. Pablo VI y Juan Pablo II, habiendo percibido agudamente esta imperante necesidad de nuestra época, proponen como objetivo *una civilización del amor*.

La civilización es un ideal colectivo dotado de instituciones y de estructuras sociales. La Iglesia, con la audacia que le viene del Evangelio, propone una civilización basada en el amor como valor supremo.

Pablo VI afirmaba que la Iglesia es “experta en humanidad”. Ahora bien, al leer de nuevo algunos textos de Pablo VI, uno se queda maravillado viendo lo experto que era él mismo en la comprensión de la mentalidad de su época y de las ideas-fuerza que la inspiran. Sabía reconocer las conquistas

del hombre moderno, pero percibía con nitidez los peligros que amenazan a una humanidad remolcada por la lucha, el egoísmo y el odio.

Ya, en noviembre de 1969, la idea de una civilización del amor está presente en su mensaje para la Jornada de la Paz. Escribía entonces: "En el fondo una sola idea es verdadera y buena: la del amor universal, es decir, la de la paz". Esta es, según expresión suya, la "idea luminosa" de que está necesitada la humanidad. Añadía: "Decimos que es hora de que la civilización se inspire en una concepción distinta a la de lucha, violencia, guerra y explotación, para hacer progresar al mundo hacia una justicia común auténtica"²².

Pablo VI supo expresar de forma feliz esta "idea luminosa", no sólo ante auditorios católicos, sino también de cara al mundo entero, en sus preciosos mensajes con ocasión de la Jornada de la Paz y en sus discursos al Cuerpo diplomático.

Los cristianos deben hacer de *fermento* en el interior de las estructuras de la sociedad y en todos los sectores de la actividad que se interesan por la promoción humana. Juan Pablo II lo ha repetido en varias ocasiones. Escuchemos, por ejemplo, las palabras siguientes suyas: "No dejéis de buscar continuamente hasta las más mínimas ocasiones para ampliar los contactos y la cooperación leal y prudente con esta gran realidad humana y social en que estáis inmersos como fermento, para conducir y hacer avanzar esta obra de promoción, basada en la verdad, la justicia y el respeto por la dignidad de la persona, que constituye para el mundo el preámbulo necesario al conocimiento de Cristo en la fe y en la Iglesia"²³.

Notemos la fuerte expresión de Juan Pablo II: el compromiso visible de los cristianos por la promoción del hombre, constituye, para nuestro mundo, el *preámbulo*, dice, e incluso el *preámbulo necesario* para el conocimiento de Cristo. *Amar a los semejantes* vuelve a ser el principio fundamental de toda sociabilidad justa y digna. Se impone, desde luego, amar a toda la humanidad; pero esto concretamente significa amar a los

hermanos próximos. Juan Pablo II lo ha recordado claramente, haciendo notar que esta exigencia moral vale por todo sistema y para toda ayuda organizada: “Y tampoco basta con reflexionar generosamente sobre el amor a la humanidad entera; hay que amar concretamente a los que el Evangelio llama prójimos, a los que están próximos y a los que uno se aproxima. No hay sistema social —aunque se crea basado en la justicia—, ni ayuda organizada —ciertamente necesaria—, que dispense al hombre de volverse con todo su corazón hacia sus semejantes”²⁴.

Nuestra tarea es, por tanto, *actuar sobre las culturas*, es decir, sobre las *mentalidades* y los comportamientos, invitando a los hombres de hoy a abrirse a los valores del espíritu y del amor. Con estas miras fue creado por Juan Pablo II, el 20 de mayo de 1982, el *Consejo Pontificio para la Cultura*, para promover el diálogo —considerado decisivo para nuestra época— entre la Iglesia y las culturas. El Papa recordó en esta ocasión hasta qué punto *cultura, amor y desarrollo* están íntimamente ligados. Escuchemos sus palabras: “¿No es el amor como una gran fuerza escondida en el corazón de las culturas para invitarlas a trascender su irremediable finitud, abriéndose hacia Aquél que es su Origen y su Término, y que les da un aumento de plenitud cuando se abren a su gracia?”²⁵. Esta es la fuerza capaz de movilizar a todas las personas de buena voluntad para la transformación del mundo y el desarrollo de toda la familia humana. El Papa repetía en esta ocasión las enérgicas palabras que había pronunciado en Hiroshima el 25 de febrero de 1981: “La construcción de una humanidad más justa o de una comunidad internacional más unida no es un simple sueño o un ideal vacío, es un imperativo moral, un deber sagrado que el hombre puede afrontar gracias a una nueva movilización de todos los recursos técnicos y culturales del hombre”²⁶.

Al término de esta exposición, vuelvo a pensar en la impresionante imagen de la caridad que San Pablo dibujó

hace dos mil años, y me reafirmo en que ningún especialista de las relaciones sociales podría encontrar para nuestro tiempo una fórmula más atrayente y persuasiva del amor: “El amor es paciente, es afable; el amor no tiene envidia, no se jacta ni se engríe, no es grosero ni busca lo suyo, no se exaspera ni lleva cuentas del mal, no simpatiza con la injusticia, simpatiza con la verdad; se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre”²⁷.

¿Por qué no basar sobre este ideal de comportamiento social la sociedad fraterna que nuestro mundo espera?

NOTAS

1. La expresión "civilización del amor" fue empleada por primera vez por Pablo VI, el 17 de mayo de 1970, día de Pentecostés. Este día, decía desde su balcón: "Lo que Pentecostés inauguró es la civilización del amor y de la paz, y todos nosotros sabemos lo necesitado que está nuestro mundo, todavía hoy, de amor y de paz". Pablo VI la repitió con frecuencia, y llegó a ser en él una palabra de orden movilizador. En la clausura del año jubilar, en 1975, por ejemplo, dijo que la expresión venía a coronar en cierto sentido todo el año santo (Ver el discurso del 31 de diciembre de 1975, *L'Osservatore Romano*, 1 de enero de 1976).
2. Ver la obra de Louis Dumont, *Homo Aequalis*, Paris, Gallimard, 1977, y su *Homo Hierarchicus*, Paris, Gallimard, 1967.
3. Varios textos citados en: René Coste, *L'Amour qui change le monde*, Paris, S.O.S., 1981, pp. 75-96; y del mismo autor, *Analyse marxiste et foi chrétienne*, Paris, Editions Ouvrières, 1978, pp. 196-199.
4. Ver: Ruth Leger Sivard, *World Military and Social Expenditures 1982*, Nueva York, Institute for World Order, 1983.
5. A. Sanguinetti, *Histoire du soldat*, Paris, Ramsey, 1979, pp. 13, 33.
6. Estadísticas de la "Organización Mundial de la Salud", 1983; cf. René Dumont en *Le Monde*, 14 octubre 1980.
7. G. Bouthoul, *Avoir la Paix*, Paris, Grasset, 1967, pp. 181-182.
8. George Orwell, *Nineteen Eighty-Four*, Londres, Penguin Books, 1977 (publicado por primera vez en 1949), p. 214. Donde podemos leer: "The old civilizations claimed to be founded on love and justice. Ours is founded upon hatred. In our world there will be no emotions except fear, rage, triumph, self-abasement. Everything else we shall destroy - everything. Already we are breaking down the habits of thought which have survived from before the Revolution".
9. Dicho por Radio Vaticano, el 30 de abril de 1983.
10. Toni Negri, *Pipeline*, Lettere da Rebbibia, Roma, 1983. Citado en *L'Espresso*, 10 de abril de 1983, p. 79.
11. Discurso a los irlandeses en Drogheda, 29 de septiembre de 1979. *L'Osservatore Romano*, 1-2 octubre 1979.

12. Albert Tévoédjré, Director general adjunto de la Oficina Internacional del Trabajo. Citado en *La Croix*, 24 noviembre 1982.
13. Mensaje a los universitarios de América Central. *L'Osservatore Romano*, 9 marzo 1983.
14. Mensaje para la Jornada de la Paz, 30 noviembre 1969. *L'Osservatore Romano*, 1 enero 1970.
15. "Documentos del Sínodo Episcopal de 1971, sobre el Sacerdocio ministerial y la justicia en el mundo". Ver: *Documentation Catholique*, 1600 (2 enero 1972), pp. 2-18, especialmente p. 12.
16. En *Le Monde*, 12 abril 1983.
17. Recogido por R. Guillain, *Dans 30 ans la Chine*, Paris, Ed. tu Seuil, 1965, p. 269.
18. *L'Osservatore Romano*, 22-23 noviembre 1982.
19. Ver: *Documentation Catholique*, 1600 (2 enero 1972), p. 15.
20. *L'Osservatore Romano*, 29 abril 1983.
21. Entrevista a Mons. Oscar Romero por *Excelsior*, recogida en *Solidaridad*, Bogotá, abril 1980; cf. *La Croix*, 6-7 marzo 1983.
22. *L'Osservatore Romano*, 1 enero 1970.
23. *L'Osservatore Romano*, 13-14 diciembre 1982.
24. Discurso a las Conferencias de San Vicente de Paúl. *L'Osservatore Romano*, 29 abril 1983.
25. Carta autógrafa del Santo Padre al Cardenal Casaroli, creando el Consejo Pontificio para la Cultura. *L'Osservatore Romano*, 21-22 de mayo de 1982.
26. Carta del Santo Padre. *L'Osservatore Romano*, 21-22 mayo 1982.
27. 1 Cor 13, 4-7.

LA CONFEDERACION DE CARITAS INTERNATIONALIS

EMILIO FRACCHIA
Ex-Secretario de Cáritas Internacional

La revista "Corintios XIII" de Cáritas Española, que con tanto acierto trabaja en la profundización y animación de la teología y pastoral de la caridad, por mediación de su Consejero Delegado, P. Felipe Duque, me ha pedido unas reflexiones sobre la misión y situación de Caritas Internationalis en la Iglesia.

Gustosamente accedo a ello ofreciendo el texto del Informe que presenté a la XII Asamblea General de Caritas Internationalis (Roma, 26 mayo/2 junio, 1983).

LA CONFEDERACION DE CARITAS INTERNATIONALIS

1. Cómo son las Organizaciones Miembros.
 1. El crecimiento y la extensión.
 2. Características.

3. Modelos existentes.
4. Algunas notas:
 - a) De signo positivo.
 - b) De signo ambiguo.
2. Por qué son así las Organizaciones Miembros.
 1. La influencia de las Cáritas europeas.
 2. La influencia de Catholic Relief Services.
 3. La acción de las Congregaciones Religiosas.
 4. La influencia de los miembros de CIDSE.
 5. Las iniciativas episcopales regionales.
 6. Las tendencias eclesiológicas.
 7. La acción de Caritas Internationalis.
3. La vocación original de Caritas.
 1. La motivación central en 1950.
 2. El artículo tercero de los Estatutos.
 3. La situación actual con relación a esa vocación original.
 4. Los dilemas para el futuro.
4. La Confederación.
 1. Las indicaciones estatutarias.
 3. Las etapas históricas.
 3. Algunos principios esenciales.
 4. Tensiones internas.
 5. La regionalización.
 6. La vida institucional de la Confederación:
 - a) Los órganos centrales.
 - b) El Secretariado General.

- c) Comisiones, grupos de trabajo y seminarios.
- d) La relación C.I./Organización Miembro.
- e) Las finanzas.

5. Caritas Internationalis en la Iglesia.

- 1. Etapas recorridas.
- 2. Cor Unum.
- 3. CIDSE.
- 4. CICM.
- 5. Las Organizaciones Internacionales Católicas:
 - a) La AIC y la SVP.
 - b) La Conferencia de las OIC.

6. La Confederación y la vida internacional.

- 1. Líneas centrales.
- 2. Los instrumentos utilizados.
- 3. Los resultados.
- 4. Causas de estos resultados:
 - a) Imputables al medio internacional.
 - b) Imputables a las Organizaciones Miembros.
 - c) Imputables a C.I.

7. Apreciaciones finales.

- 1. Elementos positivos y negativos de la situación global de C.I.
- 2. Opciones urgentes y necesarias.

COMO SON LAS ORGANIZACIONES MIEMBROS

Siendo Caritas Internationalis una Confederación de Organizaciones nacionales miembros, es una exigencia de su propia constitución y un elemento lógico comenzar esta exposición por un análisis de dichas Organizaciones.

1. El crecimiento y la extensión

Demos, en primer lugar, algunas cifras.

a) La Confederación nació en 1950. En aquella época, 12 Cáritas nacionales, todas de países industrializados, únicas que entonces existían, se congregaban en Roma, a petición de la Santa Sede y en el contexto del Año Santo, para organizar un sistema de cooperación mutua en el nivel internacional. La C.I., así creada en ese momento, estimuló la creación y la sucesiva afiliación de nuevas Cáritas nacionales.

En 1954, las Organizaciones Miembros eran ya 24; 36 en 1957; 48 en 1965, y 85 en 1969; el gran salto producido en estos cuatro años es debido, en particular, a la incorporación de la América Central y de buena parte de Africa. Sucesivamente, las Organizaciones Miembros han sido 88 en 1972, 94 en 1975, y 102 en 1979; y si se aceptan las nuevas solicitudes de admisión que se presentan a esta Asamblea, llegarán a 114.

Si se tiene en cuenta que hoy existen en el mundo 167 países independientes, estas cifras revelan que la Confederación constituye un centro internacional de gran envergadura, que cubre todos los continentes.

b) En el curso de estos treinta años, la Confederación ha perdido también algunos miembros: ya no los hay en Canadá, Irlanda, Laos, Kampuchea, Vietnam, por razones muy diversas. Y en su momento estas Organizaciones Miembros fueron muy activas y valiosas.

c) Hay dos grandes áreas —el Caribe y el Pacífico— donde la presencia de la Confederación es sólo inicial, pero donde las perspectivas son esperanzadoras si ellas son debidamente aprovechadas en el próximo futuro.

d) Hay también una gran parte del mundo, la llamada área del “socialismo real”, que aquí está mínimamente representada, pero en la cual, sin embargo, hay una Iglesia viva que realiza una diaconía. No la podemos olvidar: frente a ella, la Confederación tiene una particular responsabilidad.

2. Características

Intentemos ahora presentar una cierta tipología de las 102 Organizaciones Miembros actuales, así como pueden verse desde este “mirador” de Roma.

a) Veinticinco pertenecen al Primer Mundo, 77 al Tercer Mundo: quiere decir que éste constituye las tres cuartas partes de la Confederación.

b) Si dentro del proceso de la Confederación se toma como eje divisor el año 1963, vemos que 46 Organizaciones Miembros, existentes antes de ese año, pueden considerarse “antiguas”, y 56, que nacen después de ese año, pueden considerarse “nuevas”. Quiere esto decir que el 55 por ciento de la Confederación está constituido por Organizaciones que en una cierta medida están todavía en proceso de búsqueda de orientación y de estructuras.

c) Cuarenta Organizaciones Miembros están insertas en países de mayoría católica; 62 en países donde la Iglesia es minoritaria.

d) Sólo 28 pertenecen a países que pueden considerarse realmente democráticos. Esto quiere decir que las tres cuartas partes de las Organizaciones Miembros trabajan en países donde la libertad de expresión, de asociación y de acción está constantemente condicionada, y en muchos casos en forma grave.

e) Catorce Organizaciones Miembros existen en países de régimen marxista. Es un número importante, que vive una experiencia difícil y diferente, y que no puede ser ignorada o considerada simplemente atípica, cuando se trata de reflexionar sobre las diferentes modalidades de la pastoral social de la Iglesia.

f) Veintisiete Organizaciones Miembros, al realizar su trabajo, ponen el acento en actividades de animación y de coordinación; las otras 75 ponen el acento, en cambio, en servicios sociales directos. Esta es una cuestión de fondo, sobre la cual volveremos más adelante porque requiere la precisión de numerosos e importantes matices.

g) Mucho se ha discutido sobre si las Organizaciones Miembros de C.I. trabajan o no en el desarrollo. Del análisis detenido que a este respecto hemos realizado en todos estos años, resulta que 54, sobre 102, o sea, más de la mitad, trabajan regularmente en ese campo; esto no quiere decir que las otras dejen de lado los programas de desarrollo, sino que intervienen en este campo en forma no permanente.

h) En los campos de la asistencia y de las emergencias, participan, en cambio, 96 Organizaciones Miembros, vale decir,

casi la totalidad de la Confederación; pero, contrariamente a los lugares comunes que circulan en el mundo católico, esa participación no es siempre directa y acusa grados muy diversos.

i) Es también importante notar, contrariamente a lo que muchas veces se ha dicho, que son 51 las Organizaciones Miembros que tienen Campañas de Cuaresma o iniciativas similares, algunas con una ya larga experiencia. Este dato tiene su importancia, cuando se piensa que en el nivel internacional hay todavía quienes desearían que esta actividad forme una entidad separada de la programación global de la pastoral social.

j) Diecinueve Organizaciones Miembros realizan una ayuda exterior, hacia fuera de sus propios países, en forma regular (ya que son muchas más las que la hacen en forma no regular). Es un grupo relativamente pequeño dentro del conjunto de la Confederación, pero que crece constantemente; la incorporación, en estos últimos años, dentro de ese grupo, de las Organizaciones Miembros de Nueva Zelandia, Japón, Hong Kong y México, es un acontecimiento digno de relieve.

k) Todas las Organizaciones Miembros, sin excepción, tienen una relación estrecha con la Jerarquía: el 90 por ciento son organismos oficiales de la Conferencia Episcopal, y el resto tiene un reconocimiento de los obispos y actúa bajo el control de ellos; de esta manera, la Confederación está formada por los órganos de pastoral social de las Iglesias locales, o que están llamados, en principio, a serlo.

l) Las dos terceras partes de las jurisdicciones eclesíásticas existentes en los 102 países, poseen una base diocesana de una Organización Miembro. Podrá discutirse, como lo haremos más adelante, el verdadero valor actual de esa base

diocesana; pero es un hecho que este dato confiere a la Confederación una extensión eclesial de excepcional envergadura.

3. Modelos existentes

Las características que acaban de indicarse sugieren ya la existencia, entre las Organizaciones Miembros, de diversos modelos de estructura y de orientación. Tratemos de identificarlos, siempre según la experiencia vivida en contacto con ellos en todos estos años.

a) Agencias de sólo ayuda exterior.

Son organizaciones que no realizan un trabajo de pastoral social en el interior de sus países, sino sólo una sensibilización para captar recursos que utilizan luego en ayuda a programas de emergencia o de desarrollo fuera del país. Son en número de cuatro.

b) Agencias de distribución de efectos de ayuda social.

Organizan una ayuda directa “a los pobres”, dentro y fuera de situaciones de emergencia, limitándose a entregarles especies materiales de diverso tipo. Es un trabajo elemental, aunque requiere una cierta organización básica. Parecería que, después de tantas reflexiones de fondo hechas a lo largo de estos años sobre el trabajo social, este modelo, en estado puro, estaría ya superado; y, sin embargo, dentro de la Confederación pueden encontrarse todavía unas 13 Organizaciones Miembros que responden a él.

c) Agencias de servicios sociales de tipo empresarial.

Organizan una asistencia a marginados con verdaderos servicios sociales técnicamente estructurados y coordinados,

generalmente en estrecha cooperación con el Estado nacional. En ellas hay una seria preparación del personal, tanto profesional cuanto voluntario, pero no una preocupación específica por la animación global de la comunidad y por los problemas estructurales. Se cuentan unas 12 Organizaciones de este tipo en la Confederación.

- d) Agencias de tipo empresarial con acento en el desarrollo.

La preocupación central por la gestión de programas de desarrollo tendientes al mejoramiento general de las condiciones de vida de algunos grupos de base, es la dominante en estas organizaciones. También aquí existe una estructura técnica, con profesionales y voluntarios, aunque sin consideración específica de los problemas globales de la marginación, especialmente urbanos, y de la necesidad de cambios estructurales. Este grupo lo componen 10 Organizaciones Miembros.

- e) Organizaciones de animación.

Estas organizaciones creen que la acción educativa sobre el conjunto de la comunidad cristiana, para despertar en ella el ejercicio de las responsabilidades sociales, es la función central de Cáritas, y estructuran sus principales servicios en esta perspectiva. No creen, en cambio, en la centralidad de la función de la coordinación y no entienden asumir una responsabilidad en este campo. Piensan, asimismo, que la animación requiere la creación de obras y servicios a modo ejemplificativo, que muestren concretamente a la sociedad cómo se puede proceder si se quieren afrontar determinados problemas de la marginación social. En algunos casos, tales obras quedan incorporadas a la estructura de la Organización Miembro; y en otros casos son dejadas progresivamente a una administración completamente independiente. Se cuentan unas

ocho Organizaciones Miembros de este tipo en la Confederación.

f) Organos de pastoral social.

Son organismos oficiales de las Conferencias Episcopales para la animación y la coordinación globales de todo el trabajo social de la Iglesia local. Dentro de este grupo existen numerosos submodelos: unas veces, estos organismos, para realizar la misión que se les ha encomendado, carecen de todo servicio directo que no sea educativo; y otras veces, sobre todo por razones circunstanciales, organizan provisoriamente algunos servicios directos; unas veces, ejercen, al mismo tiempo, por indicación de la Conferencia Episcopal, las funciones de Justicia y Paz, y otras veces no las ejercen, manteniéndose, sin embargo, en estrecha co-responsabilidad con la Comisión nacional; en algunos casos, estos organismos son departamentos de la Secretaría General de la Conferencia Episcopal, y en otros casos se organizan con una estructura y una administración autónomas con relación a la Conferencia, aunque sometidos al control de ésta. Un total de 12 Organizaciones Miembros responden a este modelo dentro de la Confederación.

g) Agencias mixtas.

Son organizaciones, al mismo tiempo, de distribución, de servicios sociales y de programas de desarrollo, con un mínimo de estructura educativa y un mínimo de organización empresarial, que proceden con iniciativa pragmática según se presenten las necesidades. En esta flexibilidad existe, sin duda, un elemento positivo, que es una gran adaptación a las circunstancias; pero, al mismo tiempo, es claro que esta situación es signo de fragilidad y de incertidumbre en la orientación, de búsqueda de una expresión aún no encontrada.

Alrededor de 43 Organizaciones Miembros entran en esta categoría; es un dato que sugiere todo un programa.

4. Algunas notas

Hecho el análisis anterior, conviene, antes de concluir esta apreciación, observar algunos aspectos positivos y menos positivos que acusan el pensamiento y la actividad de las Organizaciones Miembros. Estas notas podrían permitirnos entrar en esa realidad interna, que es la que, en definitiva, transmite una determinada densidad a la Confederación.

a) *De signo positivo.*

- La estructura interna.

Numerosas Organizaciones Miembros más jóvenes han crecido considerablemente en su organización interna, en estos últimos diez años. Se trata de un paso adelante de gran valor, que ha sido también fruto de la cooperación internacional. No por eso muchas Organizaciones Miembros han dejado de ser, en realidad, frágiles, pero ciertamente son hoy menos frágiles y el proceso de consolidación emprendido es ya irreversible en las dos terceras partes de las Organizaciones nuevas del Tercer Mundo.

- La red capilar.

Se ha crecido mucho también en los contactos de la Organización Miembro con las diferentes zonas geográficas de su respectivo país. Existe hoy en todas partes una red de relaciones —no suficientemente explotada todavía, sin embargo— que permite una mayor presencia de la Iglesia. También éste es un paso adelante de gran valor, cuando se piensa que hace diez años gran parte de las Organizaciones Miembros del

Tercer Mundo no eran más que un pequeño equipo nacional en la capital.

— El voluntariado.

Se ha ido acentuando la conciencia de utilizar y de formar un voluntariado más competente, un poco en todas las regiones. Queda aún mucho por definir a propósito del trabajo concreto de los voluntarios y del estatuto que deben tener, tanto dentro de las Organizaciones Miembros cuanto de la sociedad misma; pero es un hecho positivo la preocupación por el aumento en número y en calidad de los mismos.

— Los problemas humanos.

Las Organizaciones Miembros están dando cada vez más y con mayor claridad, una prioridad muy definida, en todas sus acciones, a los problemas humanos de la gente corriente. Esta sensibilidad es una gran riqueza, en un mundo tan conflictivo como el que vivimos. Sin embargo, esta actitud no debe llevar —como ha ocurrido no pocas veces— a ignorar los problemas de estructuras y la necesidad de actuar sobre ellos con competencia y con oportunidad.

— La acción en la base.

Se ha estado dando cada vez más privilegio, en todas las regiones, a las acciones pequeñas con grupos pequeños en la base. Esta metodología de trabajo se ha extendido considerablemente en los últimos diez años, y ha traído efectos benéficos. Sin embargo, ya se hace sentir el riesgo de perder la visión del conjunto y de no atacar suficientemente las causas profundas de los problemas que corroen los grupos de base.

— La perseverancia.

Es siempre un hecho, aunque de extensión ya un poco más limitada, que la pastoral social, la diaconía, continúa siendo la cenicienta de la pastoral de la Iglesia en todos los niveles. Son numerosas las causas que concurren a este estado de cosas y no es cierto que la perplejidad de la Jerarquía sea la única ni siquiera la principal en muchos casos. Pero es un hecho, que incide en forma negativa en el progreso del trabajo de las Organizaciones Miembros. También es un hecho positivo que las Organizaciones Miembros, apoyándose mutuamente unas a otras, especialmente en el nivel regional, hayan perseverado conscientemente, con gran esfuerzo, a pesar de esta dificultad importante —gracias, a menudo, al sacrificio de un grupo de laicos o de un grupo de sacerdotes fuertemente motivados—. Es una lección de la cual hay que tomar buena nota.

— El testimonio.

En todas las Organizaciones Miembros, desde siempre, ha habido testimonios conmovedores, de extrema generosidad, de personas entregadas al servicio del prójimo. Pero en los últimos quince años ese testimonio ha vuelto a adquirir tonos dramáticos, especialmente en aquellos países en que la Iglesia, con la progresión de los conflictos de todo orden, ha ido perdiendo su antiguo privilegio de ser “intocable”. En nuestras filas ha habido numerosas muertes violentas de colaboradores que desarrollaban en el terreno misionero de Cáritas. Estos sacrificios extremos indican un verdadero crecimiento interior en muchas Organizaciones Miembros, y serán fuente de crecimiento en el futuro.

— Las emergencias.

Ha mejorado considerablemente la intervención de las Organizaciones Miembros en las situaciones de emergencia y en las fases posteriores de la rehabilitación y de la reconstrucción, aun cuando siguen existiendo importantes dificultades para organizar una mejor coordinación en oportunidad de esas intervenciones —como tendremos oportunidad de hacer notar más adelante—. A este resultado positivo ha contribuido, sin duda, una mayor reflexión sobre el papel de Cáritas en las emergencias, reflexión que, por otro lado, se ha ido plasmando en el Manual. Ha crecido la conciencia de que intervenir en las emergencias no es solamente una cuestión técnica o una cuestión de especialización profesional, sino que, sobre todo, es una posibilidad de entrar en contacto con un pueblo en un momento trágico para ayudarle a concebir y a iniciar un nuevo modo de vivir.

— Los estudios de situación.

Hace quince años era excepcional que una Organización Miembro emprendiese estudios globales de situación de ciertos momentos históricos, de determinados complejos sociales o de coyunturas socio-económicas. Actualmente, tales estudios y su oportuna divulgación constituyen elementos más normales del trabajo de numerosas Organizaciones Miembros, lo que indica que existe no sólo un aumento del nivel técnico, sino también una visión más penetrante y más compleja de la problemática social que hay que afrontar.

— La base diocesana.

El crecimiento y la extensión de la base diocesana son tal vez los elementos positivos más vistosos que se presentan en los últimos años. Desde la Asamblea General de 1975, que

llamó la atención sobre este aspecto fundamental del trabajo, se han emprendido grandes campañas en todas las regiones para crear y consolidar la base diocesana, y los resultados son visibles. Es verdad que a menudo esta base diocesana es todavía frágil, limitada y poco definida; pero es un hecho de gran valor la conciencia adquirida, en la mayor parte de las Organizaciones Miembros, de que sin base diocesana que funcione no hay verdadera pastoral social.

b) *De signo ambiguo.*

— La base subdiocesana.

Hay conciencia, en las Organizaciones Miembros, del valor de la base diocesana, y hay un esfuerzo real para crear una red de relaciones de trabajo a lo largo de todo el país; pero no existe un criterio definido sobre la estructura de acción que se debe tener por debajo del nivel diocesano, ni sobre el contenido y la metodología de la animación que debe llevarse en los niveles locales más profundos. Ahora bien, tanto en el Primero como en el Tercer Mundo, existen, en la base popular y en la base eclesial, diversos dinamismos nuevos que llevan en germen los elementos del orden social del futuro; y delante de estos dinamismos nuevos, la mayor parte de las Organizaciones Miembros no ha encontrado un sistema válido de aproximación y se mantiene perpleja y dudosa. Así, tales dinamismos sociales, en el nivel subdiocesano, escapan a la acción estructural de Cáritas, no sólo por la falta de sintonía de ésta, sino también porque tales dinamismos no ven, a menudo, que la Cáritas pueda constituir, así como está organizada, un canal válido para hacer emerger expectativas diferentes de las tradicionales. Esta es una realidad sobre la cual hay que interrogarse muy seriamente.

— La acción social.

Hablamos constantemente de la acción social que nos toca realizar. Pero la Iglesia y sus organismos deben realizar una acción social con contenido pastoral, que no es una acción social cualquiera porque implica necesariamente un contenido de fe y una espiritualidad. Por tanto, nuestra acción, ¿es o no es una pastoral social? Nuestra acción social, ¿está verdaderamente impregnada de una espiritualidad, y ésta es meditada, integrada en lo específico de la promoción humana, difundida, revisada? Es éste un problema de fondo que algunas Organizaciones Miembros se han planteado con seriedad, pero no así la mayor parte —por lo que, cuando hablamos de nuestra acción social, subsiste un equívoco que tiene sus consecuencias—.

— La acción caritativa.

Esta es una expresión corriente en nuestro ambiente, para intentar definir la especificidad de nuestro trabajo. Pero, ¿qué es esta acción caritativa? Curiosamente, quienes más hablan entre nosotros de acción caritativa tienden a caracterizarla en un sentido restrictivo, a simplificarla sin sentido teológico claro, a oponerla sistemáticamente a la acción en favor de la justicia, a descubrirla sólo en las relaciones individuales. Nada más contrario, sin embargo, al pensamiento y a la experiencia profunda de la Iglesia. Hace sólo pocos días, con motivo del 25 aniversario de la creación de Misereor, el Papa alababa esta iniciativa como una verdadera acción caritativa, a pesar de que Misereor había sido creado específicamente “para el desarrollo”. ¿No será que la acción caritativa es algo mucho más profundo y globalizante de lo que nuestra escasa teología nos está haciendo decir? Precisamente éste es otro de los equívocos que necesitamos despejar, si queremos asumir con coherencia nuestra misión.

— La coordinación.

Las dos terceras partes de las Organizaciones Miembros tienen algún mandato de la Jerarquía para organizar algún tipo de coordinación, sea global o sectorial. Generalmente, en todos los estatutos nacionales, esta responsabilidad ha sido explícitamente establecida por la respectiva Conferencia Episcopal, y de ella hablamos constantemente porque ha sido siempre considerada un elemento esencial de la vocación original de Cáritas, como lo mencionaremos más adelante. Ahora bien, resulta, sin embargo, que es la actividad que menos se ejerce y a la cual se dedican menos recursos y menos energías. Es una curiosa ambigüedad, que merecería un estudio específico, pero que, en todo caso, perjudica gravemente la imagen y la misión de las Organizaciones Miembros.

— El servicio a los pobres.

Todas las Organizaciones Miembros hablan enfáticamente del servicio a los pobres, por el cual se reconocen a sí mismas como un elemento distintivo. Pero la colocación de muchas Organizaciones Miembros con relación a los pobres es incierta y equívoca: casi siempre los pobres resultan ser una realidad exterior a la Organización Miembro y a la propia Iglesia, y no un punto de partida interno para la acción en la sociedad. También sobre esta importante cuestión volveremos más adelante; pero, mientras, esta situación ambigua provoca un desequilibrio real en la pastoral de la Iglesia.

— Las ideologías y la política.

Casi todas las Organizaciones Miembros se preocupan por hacer saber que no profesan ideología alguna y que prescinden de toda posición política. Pero en realidad tal afirmación no corresponde ni puede corresponder a toda la verdad. De hecho,

todo trabajo social se mueve dentro de una ideología implícita o explícita, y toca necesariamente las opciones políticas, delante de las cuales difícilmente pueden asumirse posiciones de neutralidad. Esta ambigüedad es contraproducente: no queriendo afrontar el problema, nos refugiamos a menudo en las actitudes menos peligrosas posibles, so pretexto de dejar abierto el camino de la asistencia inmediata, y no nos abrimos a la necesidad de cambio que los pobres sienten a veces más profundamente que otras necesidades; y no afrontando el problema, no nos damos tampoco a nosotros mismos la posibilidad de cambiar en serio.

— La validez del orden social.

Ha aumentado en los últimos años el número de Organizaciones Miembros que discuten abiertamente la validez del actual orden social, tan profundamente determinado por injusticias abismales que condicionan la propia noción de humanidad. Pero la gran mayoría de las Organizaciones Miembros no lo discute realmente, y tiene un gran miedo de tomar posiciones disfuncionales, tanto dentro como fuera del país, y ello, tanto en el Primer Mundo como en el Tercero. Generalmente, la gran preocupación de esta mayoría, es la de no comprometer el trabajo asistencial con posiciones proféticas, que pueden provocar evidentes resistencias y rechazos. Es una preocupación que tiene su razón, pero que es ambigua cuando se piensa en las exigencias profundas de la misión eclesial de Cáritas.

— El Pueblo de Dios.

Muchas Organizaciones Miembros insisten en decir que trabajan en nombre de la comunidad cristiana. Después de la Asamblea General de 1975, esta idea clave se ha repetido aún más clara e insistentemente. Sin embargo, si las relaciones

de numerosas Organizaciones Miembros con la respectiva Jerarquía se han profundizado muy positivamente, todavía se presentan dificultades importantes para establecer una relación verdaderamente orgánica con la comunidad cristiana, en un modo tal que se pueda decir que se trabaja en nombre de ella. Existen en la comunidad fuerzas centrífugas que conspiran contra esta relación orgánica; pero es también verdad que demasiado a menudo las Organizaciones Miembros pretenden organizar servicios sin escuchar y sin comprometer a los grupos y los movimientos de la comunidad cristiana. De esta manera, terminan por convertirse en un movimiento paralelo a todos los demás, aunque sea oficial de la Iglesia. En este mismo sentido, y aunque bajo ciertos aspectos la situación evoluciona, es sintomático que en las Organizaciones Miembros se encuentren relativamente pocos laicos, pocas mujeres, pocos jóvenes, en puestos de responsabilidad, y tantos eclesiásticos.

2

POR QUE SON ASI LAS ORGANIZACIONES MIEMBROS

Los datos que acabamos de recorrer muestran la existencia de una gran diversidad entre las Organizaciones Miembros, y también, a veces, de orientaciones y de objetivos que hasta pueden oponerse entre sí.

Cabe entonces preguntarse cómo se ha llegado a esta pluralidad y a esta variedad dentro de la Confederación, para apreciar después el valor real que puede tener esta situación cuando se trata de organizar una cooperación mutua.

Es claro que esta diversidad ha dependido del contexto diferente en que ha nacido y se ha desarrollado cada Organización Miembro, y también del sistema democrático de la Confederación, que, como lo señalaremos más adelante, se

fundamenta sobre la total independencia de cada Organización Miembro, sujeta únicamente a su Conferencia Episcopal. Pero, al mismo tiempo, la diversidad se ha producido por el juego de numerosas influencias que se han cruzado a lo largo de estos treinta años. Como estas influencias están en el origen de muchas de las notas positivas y ambiguas que acabamos de presentar, conviene que las analicemos en este momento para complementar esta evaluación de las Organizaciones Miembros.

1. La influencia de las Cáritas europeas

Las Cáritas europeas han tenido una influencia decisiva en la constitución de buena parte de las Organizaciones Miembros del Tercer Mundo. Ello es normal, si se considera que son ellas las que crearon C.I., y son ellas las que, con C.I., se empeñaron después en extender la Cáritas en el mundo.

a) Nunca terminaremos de agradecer suficientemente esta acción de las Cáritas europeas, iniciada al comienzo de los años 50. Les impulsó verdaderamente un espíritu “misionero”, en el sentido más auténtico del término; espíritu que, si más tarde decayó o se perdió, fue entonces generoso, intenso y de una visión histórica certera. Un gran número de Organizaciones que hoy llenan esta sala, no estarían aquí, si aquel gran movimiento no se hubiese dado.

b) Es claro que, en el momento en que las Cáritas europeas promovían la creación de Organizaciones Miembros en el Tercer Mundo, transmitían, al mismo tiempo, el modelo y las orientaciones que ellas tenían en Europa. Esto ha producido más tarde tensiones que no siempre han sido superadas, porque los problemas del Tercer Mundo han exigido otros esquemas y otros objetivos inmediatos.

Después de esta fase de creación y hasta el día de hoy, las Cáritas europeas han seguido influyendo en el desarrollo de

las Organizaciones Miembros del Tercer Mundo, a través de la ayuda dispensada a las estructuras, a las situaciones de emergencia y a los proyectos de desarrollo. También a través de esta ayuda ha pasado una filosofía de la acción.

c) La influencia de las Cáritas europeas, contrariamente a lo que muchos creen, nunca ha sido uniforme, porque ellas mismas tienen entre sí grandes diferencias de orientación, de organización y de experiencias. De allí también que esa influencia haya producido, en su conjunto, efectos contradictorios.

Todas han estimulado la intervención en las emergencias, pero algunas lo han hecho desalentando la participación en el desarrollo. Unas han estimulado la participación en el desarrollo, pero a condición de que sea sólo en micro-proyectos; todas han empujado la creación de servicios sociales, pero la mayor parte sin dar importancia alguna al contenido pastoral de la acción; algunas han insistido en la importancia de los programas educativos, pero siempre que fuesen sectoriales o profesionales; y así sucesivamente.

d) El contacto con el Tercer Mundo ha motivado, sin duda, una reflexión interna en las Cáritas europeas. Esta reflexión ha llevado a ciertos ajustes en el modo de ayudar al Tercer Mundo; pero, curiosamente, no ha llevado a estas Cáritas, salvo contadas excepciones, a cuestionar el contenido y la orientación del propio trabajo social que realizan dentro de sus países europeos.

2. La influencia de Catholic Relief Services

Con la política adoptada por monseñor Swanstrom desde los años 50, y con las grandes posibilidades otorgadas por los recursos disponibles y por su vasta red internacional, Catholic Relief Services (CRS) fue, durante más de quince años, un

instrumento de particular importancia para la extensión de Cáritas.

a) El hecho de que CRS hubiese indicado a las Cáritas nacionales como interlocutores privilegiados, favoreció, junto a las Conferencias Episcopales, la creación de las Cáritas. Esta posibilidad se dio en todas las regiones y, particularmente, en América Latina. Esta relación estrecha ha ido decreciendo sensiblemente, desde cuando hace unos ocho años CRS declaró no reconocer ya interlocutores privilegiados.

b) También CRS, naturalmente, comunicó su propia filosofía de la acción a las Cáritas que ayudaba. En esta influencia ha habido elementos positivos: la técnica de ayuda a grandes masas, el sistema administrativo de informes y de proyectos, la infraestructura para grandes distribuciones, los criterios de eficacia, las conexiones internacionales...

Pero, al mismo tiempo, esta influencia ha incidido negativamente en otros aspectos: política pragmática sin doctrina alguna, acuerdos a ultranza con los gobiernos aunque ellos estuviesen persiguiendo a la Iglesia local, ignorancia de todo contenido pastoral...

Mucho daño ha hecho en el Tercer Mundo la acción de un personal que, aun siendo de excelente buena voluntad, carecía de todo sentido eclesial. Tal acción ha dividido a menudo a las Iglesias locales, a veces en forma grave, y ha sembrado confusiones penosas entre la política de los sucesivos gobiernos norteamericanos y lo que hubiera debido ser una pastoral social local.

c) CRS ha continuado siendo una de las organizaciones católicas más importantes que trabaja en el nivel internacional, dentro de la Iglesia y de la Confederación. En esas condiciones, el diálogo que debe llevar con la pastoral social del Tercer Mundo es de capital importancia y, sin embargo, se ve

erizado de dificultades. Es signo de que algo debe cambiar en las condiciones de ese diálogo.

3. La acción de las Congregaciones Religiosas

Sobre todo en los países de misión, pero no solamente en ellos, la influencia de las Congregaciones Religiosas ha tenido mucho peso en la constitución y en el desarrollo de las Organizaciones Miembros.

a) Esta influencia ha sido positiva no sólo por el aporte de personal y de recursos —que tantas veces las diócesis no tienen—, sino sobre todo por haber suscitado una fundamental actitud de servicio en algunos sectores de la comunidad cristiana.

b) Esa actitud de servicio ha carecido, sin embargo, repetidas veces, de un sentido de pastoral de conjunto. Y así, en algunos casos, ciertas Organizaciones Miembros han terminado por ser más unos “feudos” de la Congregación que un instrumento de la pastoral de los obispos y una expresión de la comunidad cristiana.

4. La influencia de los miembros de CIDSE

La acción de los miembros de CIDSE, con los recursos de que disponen, ha condicionado en muchas formas la vida y el crecimiento de las Organizaciones Miembros.

a) Por un lado, ha condicionado la actividad de las Organizaciones Miembros del Primer Mundo, reteniendo, sobre la base de decisiones episcopales, el monopolio práctico de la ayuda al desarrollo del Tercer Mundo. Pero ello no les ha impedido intervenir crecientemente en los socorros de emergencia, a menudo en contra de la posición asumida en este campo por las Organizaciones Miembros.

b) Algunas Organizaciones Miembros del Tercer Mundo han sido ayudadas a consolidarse con el apoyo de algunos miembros de CIDSE. Estas ayudas han sido importantes, especialmente a través de las acciones de emergencia. Pero, para otras ayudas en otros campos, o en forma más substancial, las Organizaciones Miembros han sido dejadas de lado en forma sistemática, o, entonces, algunas han tenido que recurrir a la creación de organismos de fachada para ocultar el nombre de Cáritas... Esta situación, que se prolongó por muchos años y que últimamente ha ido cambiando paulatinamente, tuvo como consecuencia concreta retardar injustamente al acceso de muchas Organizaciones Miembros a las actividades de desarrollo.

c) La creación en Africa, durante los años 70, de las llamadas "oficinas de desarrollo", por parte de miembros de CIDSE, provocó un grave desequilibrio en las Organizaciones Miembros de la región: las limitó en su evolución, las hizo perder el mandato de coordinación que tenían de sus obispos, las creó dificultades artificiales en el campo de la animación, las privó de recursos importantes del mundo católico. Indirectamente, sin embargo, esta difícil situación provocó en numerosas Cáritas africanas una vigorosa toma de conciencia de la propia responsabilidad y de los cambios que debían afrontar para asumirla.

d) La constitución y el funcionamiento de APHD en Asia ha dado a las Organizaciones Miembros de la región una posibilidad valiosa de reflexión y de acción conjunta, aun cuando las orientaciones sucesivamente puestas en juego hayan engendrado en ellas numerosas perplejidades. Es sintomático, al mismo tiempo, que este mecanismo de cooperación, hecho posible con la presencia de algunos miembros de CIDSE, haya ido suscitando en las mismas Organizaciones Miembros una actitud de desconfianza y de separación con relación a C.I.

5. Las iniciativas episcopales regionales

La cooperación entre las Conferencias Episcopales nacionales en el nivel regional, que se ha ido desarrollando considerablemente en los últimos quince años, ha tenido también su influencia sobre la definición de la pastoral social y sobre la evolución de las Organizaciones Miembros.

a) Es indiscutible la importancia que las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano de Medellín y de Puebla han tenido para el cuestionamiento interno de las Organizaciones Miembros de América Latina —en el sentido, sobre todo, de una formulación más clara y específica de una verdadera pastoral social—. Las relaciones con el CELAM, sin embargo, han carecido de funcionalidad, y ello ha provocado dificultades para el trabajo concreto, superposiciones y perplejidades.

b) En Asia, la iniciativa de OHD y las reuniones BISA, han sido decisivas para el replanteamiento de la acción de las Organizaciones Miembros y para la elaboración progresiva de una pastoral social regional.

c) En Africa, la influencia de las instancias episcopales regionales, no ha sido aún decisiva, pero ella se va delineando progresivamente. Es, por su lado, C.I. quien se ha preocupado en los últimos años por seguir de cerca la actividad de esas instancias y de informarlas sobre los problemas y las expectativas de las Organizaciones Miembros de la región.

d) En Europa y en Mo-na, por razones diversas, las instancias episcopales regionales no han jugado hasta ahora una influencia de relieve sobre el trabajo de las Organizaciones Miembros respectivas.

6. Las tendencias eclesiológicas

No es un misterio para nadie que en el mundo católico existen diferentes tendencias eclesiológicas; vale decir, doctrinas diversas para concebir la misión de la Iglesia, que tienen repercusiones de primera importancia en la definición y la programación de un tipo determinado de presencia de la Iglesia en el mundo. Esta relación Iglesia-mundo, que es el campo específico de trabajo de la pastoral social, envuelve directamente la actividad de las Organizaciones Miembros. Todas éstas son, en efecto, tributarias de algún modo de concebir esa relación. Conviene, por eso, que gastemos algún tiempo en recordar ciertas tendencias. Ninguna de ellas se presenta hoy, posiblemente, en estado puro, pero todas ellas ejercen alguna influencia, en grado mayor o menor, sobre la concepción de fondo (generalmente implícita) que subyace en la orientación de las Organizaciones Miembros.

a) Existe la concepción de la Iglesia “ciudad de Dios”, sociedad perfecta, única portadora y realizadora de salvación. Como la salvación sólo pasa a través de ella, se crean obras civiles católicas, explícitamente confesionales y paralelas a las demás de su género (sindicatos, escuelas, hospitales, centros de formación profesional, etc.), para garantizar la presencia de Dios en el mundo. No es ya ésta una concepción generalizada, pero ha dejado huellas profundas en el pensamiento y en la acción de algunas Iglesias locales y de las Organizaciones Miembros ligadas a ellas.

b) Hay otra concepción semejante a la anterior, impregnada de rigor dogmático y de perspectivas jurídicas, según la cual en el patrimonio propio de la Iglesia están anidadas las soluciones de todos los problemas del hombre. Esta Iglesia, fundamentalmente “maestra”, enseña también dogmáticamente en el campo de lo social, forma y educa a los que

tienen recursos para que ayuden a los pobres; así, la pastoral social está principalmente centrada en la creación de una gran red asistencial, no necesariamente confesional, para trabajar “en favor de los pobres”, pero generalmente a partir de la visión y de la sensibilidad de los que tienen poder y medios. También esta manera de ver la acción de la Iglesia tiene, en la práctica, una adhesión no indiferente de parte de numerosos órganos de pastoral social.

c) El Concilio ha propuesto una visión de la Iglesia como signo de salvación. Las realidades terrestres y seculares, para esta visión, son posibles portadoras de la gracia. El cristiano, entonces, debe comprometerse en el mundo, con un empeño teológico, y no simplemente rechazarlo como un lugar de perdición y contraponerse a él con su obra propia.

De esta visión ha surgido una tendencia eclesial de modernizar, mejorar, reformar el mundo para hacerlo progresivamente más justo. Más que un entendimiento con los políticos o con los que tienen recursos, ello se ha perseguido con una influencia más directa y organizada sobre las clases emergentes de la sociedad actual (intelectuales, empresarios, técnicos, hombres de ciencia y de tecnología, etc.), buscando, con ellas, una humanización posibilista. La pastoral social ha penetrado, de esta manera, más profundamente en la problemática contemporánea; pero se ha visto también limitada por los términos dentro de los cuales las llamadas clases emergentes toleran un posible cambio social.

Otra tendencia eclesial surgida de la visión central del Concilio ha sido la de la opción preferencial por los pobres. Ella entiende que el mundo es el mundo de los pobres; que la Iglesia debe, sin duda, dirigirse a todos, pero a partir de los pobres, de la situación y de las esperanzas de los pobres; desde este punto de partida, se ha de buscar una sociedad más participativa y menos elitista; la línea principal de acción de la pastoral social resulta ser, entonces, una pastoral directa

de cambio de mentalidad y de organización de base. Esta tendencia ha colocado a la pastoral social en el corazón del problema del cambio social, especialmente entre las Organizaciones Miembros del Tercer Mundo, pero ha provocado duras reacciones de parte de los regímenes políticos y económicos.

d) La experiencia muestra que actualmente todas las comunidades cristianas acusan, en su propio seno, la presencia de estas diferentes tendencias al mismo tiempo y que, progresivamente, una u otra de esas tendencias adquiere un relieve mayor. Este clima de cierta confrontación interna ha influido y sigue influyendo en la orientación de las Organizaciones Miembros, por lo menos en aquellas, que son la mayoría, que no están enraizadas en una larga tradición.

7. La acción de Caritas Internationalis

Uno de los objetivos centrales dados a C.I. en el momento de su fundación fue el de promover la idea de Cáritas en todo el mundo. Este objetivo ha sido perseguido clara e ininterrumpidamente a lo largo de estos 33 años de vida de la Confederación, con grados diversos, sin duda, pero siempre utilizando los mejores medios que se tenían a disposición. Esta acción de C.I. ha sido determinante sobre todo en un aspecto clave: mientras las influencias que hemos examinado más arriba, y otras que no hemos mencionado, tendían a promover un tipo determinado de Organización Miembro, según el "carisma" propio de quien ejercía la influencia en cuestión, la acción de C.I. insistió siempre y fundamentalmente en la vocación primigenia de Cáritas, aquella que estuvo en el origen de la misión para la cual fue concebida. O sea, que, en todas las etapas que cruzaron estos años, C.I. trató de mantener una influencia que llevase a la unidad, respetando la diversidad y la pluralidad de modelos.

No siempre C.I. consiguió hacer viva y efectiva esa unidad, en medio de las crisis que también se sucedieron a lo largo de los años; pero ella fue siempre un punto de referencia objetivo, una especie de centro de la conciencia esencial de Cáritas en el mundo. Este es un mérito excepcional, sobre todo de hombres lanzados, inteligentes y perseverantes como lo fue, en particular, mi predecesor, monseñor Bayer, que dio todo de sí por esta causa.

3

LA VOCACION ORIGINAL DE CARITAS

Debemos detenemos un momento en la consideración de esta vocación “primigenia”. Ella no sólo explica una orientación principal de Caritas Internationalis; ella también, y sobre todo, cuestiona la misión y la realidad de las Organizaciones Miembros.

1. La motivación central en 1950

En la correspondencia cruzada antes de la creación de Caritas Internationalis, entre aquellas 12 Cáritas nacionales que entonces existían y monseñor Montini, entonces Substituto de la Secretaría de Estado de la Santa Sede, se subrayan dos ideas centrales: la primera se refiere a la naturaleza de Cáritas, y la segunda a la dimensión internacional del trabajo social de la Iglesia.

a) Con relación a la naturaleza de las Cáritas nacionales y diocesanas, un elemento resulta inmediatamente claro: no se trataba de crear en la Iglesia local una organización más de asistencia al lado de las muchas que ya existían en el campo

católico y al lado de las muchas que todavía podrían necesitarse en el futuro. Se trataba, en cambio, de establecer un organismo oficial de la Iglesia que fuese capaz de animar y de coordinar todo lo que la Iglesia local estaba ya haciendo, o tenía intenciones de hacer, en el campo social, y de representar el conjunto de ese trabajo social ante las instancias nacionales y hacia el exterior. Se trataba, entonces, de una idea nueva y específica, promovida con la intención de dar una organización de conjunto, un espíritu eclesial y un funcionamiento coherente a la diaconía de la Iglesia local, sin quitar autonomía, sin substituirse, a las iniciativas de la base y sin competir con ellas, sino, por el contrario, estimulándolas, ayudándolas y dándolas un sentido más fuertemente eclesial.

b) Después, dentro del contexto de un mundo que acababa de salir de la catástrofe general de la Segunda Guerra Mundial, se trataba de organizar la cooperación internacional de las diaconías nacionales, en la conciencia de que “la cuestión social” se había convertido en un “problema mundial”, que la Iglesia debía ayudar a la reconstrucción material y moral de un mundo que se estaba dando además nuevas estructuras.

c) Estas ideas centrales, todavía en germen bajo muchos aspectos pero substancialmente claras, presidieron la creación de Caritas Internationalis en la Jornada de 1950 y, posteriormente, en la Asamblea constitutiva de 1951. Y, desde entonces, han venido siendo expuestas sistemáticamente, en diversas formas, y elaboradas progresivamente a la luz de las sucesivas experiencias pastorales.

2. El artículo tercero de los Estatutos

Aquellas ideas centrales fueron incorporadas en el artículo tercero de los Estatutos de C.I., todavía vigente con la

vieja terminología de hace más de 30 años, para definir las notas que debía poseer una organización nacional que quisiese convertirse en miembro de la Confederación.

Ese artículo tercero recibió posteriormente una ampliación —como tendremos oportunidad de explicar al referirnos a las etapas de vida de la Confederación—; ampliación, no en el sentido de agregar más notas a la definición de la Cáritas nacional, sino en el sentido de permitir también la afiliación a C.I. de otras organizaciones nacionales que no reunían las notas de una Cáritas. En todo caso, ese artículo recoge los elementos esenciales de la vocación original de la Cáritas nacional, poniendo el acento (es la preocupación de la época) en la capacidad de “representación” de lo que la Iglesia local hace en el campo social —concepto éste que envuelve e implica, sin duda, las otras notas esenciales que más tarde fueron explicitadas más claramente—.

3. La situación actual con relación a esa vocación original

Del análisis que hemos hecho al comienzo de esta exposición, sobre las características y los modelos que presentan las Organizaciones Miembros, se deduce que buena parte de éstas sólo responden aproximadamente a aquella vocación original, a los elementos esenciales del artículo tercero de los Estatutos en cuanto definen una Cáritas nacional.

a) Es claro que, después de la mencionada ampliación del artículo tercero, dentro de la Confederación hay organizaciones nacionales que no poseen la vocación original de Cáritas; y ellas están legítimamente formando parte de esta familia, porque aquella ampliación pretendió, en su momento, que C.I. afiliase también a otras organizaciones “de promoción humana”, siempre que fuesen reconocidas por la respectiva Conferencia Episcopal.

b) Pero en lo que se refiere a las Cáritas o a las Organizaciones Miembros que sin llevar el nombre de Cáritas (que no es esencial) tienen esa misión, es claro que en muchos casos se está lejos de aquella vocación original. Las circunstancias históricas han hecho, a menudo, que esa vocación —que está explícita en prácticamente todos los estatutos nacionales, o lo estuvo en su momento inicial— se transformase y se replantease para llegar hoy a modelos prácticos en que resulta difícil reconocerla.

En efecto, muchos de los modelos actuales que hemos analizado más arriba implican Organizaciones Miembros que programan, dirigen y ejecutan servicios y proyectos directos de asistencia, de promoción o de desarrollo. De esta manera, ellas se han puesto en el mismo nivel de tantas otras organizaciones de acción que tiene la comunidad cristiana y, por ese mismo hecho, han limitado e inclusive anulado el título que tenían para animar, coordinar y representar esas otras organizaciones. Es verdad que este “título” lo da la Jerarquía y que la Cáritas no lo tiene por su propia voluntad o su propio derecho, pero es claro que al renunciar, en la práctica, a aquella misión original, o a la posibilidad de ejercerla, la Jerarquía ha tenido que buscar otra organización, o crear una nueva, para absorber esa función, cuando se decidió a promoverla.

4. Los dilemas para el futuro

Delante de esta situación, caben algunas preguntas.

a) ¿Siguen siendo válidos o no, en el día de hoy, aquella motivación central de 1950, aquella vocación original, aquellos elementos definidos en el artículo tercero de los Estatutos?

Si echamos una mirada a cuanto ha ocurrido en los últimos quince años dentro de la pastoral social de la Iglesia, parece ser que animar, coordinar y representar el trabajo social

de la Iglesia local siguen siendo una gran aspiración y una expectativa que tiene tonos de urgencia. En todas las reuniones se habla incansablemente de esta necesidad. El Consejo Pontificio Cor Unum ha insistido a las Conferencias Episcopales para que organicen esa función. Parece ser, entonces, que aquellas ideas de 1950 siguen siendo de una actualidad indiscutible.

b) Pero, suponiendo que aquellas ideas de 1950 no hayan "pasado de moda", ¿es posible para tantas Organizaciones Miembros que, de hecho, se han separado de ellas, recuperar una misión original que por muchos años no han ejercido? Es un dilema que exige una profunda y desapasionada reflexión, porque dentro de él se juega el futuro de las Organizaciones Miembros y la propia razón de ser actual de Caritas Internationalis como centro de cooperación recíproca entre ellas.

4

LA CONFEDERACION

Siempre con el propósito de aportar elementos de juicio para la evaluación que ustedes deben realizar en esta Asamblea, y una vez concluido un análisis rápido de las Organizaciones Miembros, me detengo ahora en algunas consideraciones sobre Caritas Internationalis en cuanto Confederación.

1. Las indicaciones estatutarias

Unos breves apuntes jurídicos, a modo de introducción.

a) En 1951, la Asamblea constitutiva no creó un ente llamado Caritas Internationalis, sino un centro con el nombre de Conferencia Internacional de Caridades Católicas (CICC). Este nombre es expresivo: se trataba simplemente de un lugar de encuentro a nivel internacional.

b) Pero en 1957 la Asamblea dio un paso adelante: transformó esa "Conferencia" en una organización llamada Caritas Internationalis, definiéndola como Confederación de Organos de Acción Caritativa y Social. Se podría hacer una detenida interpretación del alcance de este cambio importante, pero me limito a señalar que una "Confederación", diversamente de una "Conferencia", es ya una estructura compleja, en la que se establecen relaciones jurídicas entre los miembros, y en la que los órganos centrales están dotados de un poder de representación. Esta nueva figura, plasmada en los Estatutos con la aprobación de la Santa Sede, se ha mantenido intacta hasta el presente.

c) Ha habido otros cambios estatutarios importantes, como lo diremos más adelante, pero por el momento sólo menciono que en 1976 el Estado de la Ciudad del Vaticano concedió a C.I. la personalidad jurídica civil, que hasta entonces no poseía.

2. Las etapas históricas

Teniendo en cuenta estas notas estatutarias, que tienen su importancia, conviene ahora que demos una mirada al proceso histórico por el que ha pasado la Confederación, porque él nos ayudará a tener un cierto sentido de las proporciones de la realidad actual.

Podemos distinguir, en ese proceso, tres etapas principales.

a) *1951/1970.*

Esta etapa inicial se caracteriza por algunas líneas de acción que cubren la creación de una infraestructura, y otras que aseguran el “despegue” de la Confederación.

— La creación de Organizaciones Miembros.

Gran parte del principal esfuerzo de esta etapa ha sido consagrado a la extensión de Cáritas en el mundo. Este esfuerzo dio el resultado considerable que señalaba al comienzo de esta exposición: en 1969 existían ya 85 Organizaciones Miembros, y la Asamblea General de ese año fue realmente representativa de todas las regiones, la primera verdaderamente mundial.

— La teología de la caridad.

En este período se fueron creando sucesivamente las Comisiones que ayudaban al Comité Ejecutivo en su trabajo de promoción. Entre ellas, una que ocupó de inmediato una posición central fue la Comisión de Programas, que, sobre todo bajo la presidencia de monseñor Rodhain, reflexionaba sobre la orientación general y preparaba las reuniones de la Asamblea. Todo este trabajo estuvo centrado, en esta época, en una profundización de la teología de la caridad, preocupación que, efectivamente, marcó el pensamiento de las Asambleas Generales e impregnó el aporte que C.I. dio entonces al Concilio Vaticano II.

— La organización para las emergencias.

La primera materia de cooperación internacional de que se ocupó la Confederación fue la intervención en las emergencias. Ella estaba en la línea de las Cáritas nacionales funda-

doras, las cuales constituyeron la Comisión de Socorros de Urgencia y, junto con el Secretariado General, un principio de coordinación. Esta actividad fue ocupando un espacio cada vez mayor dentro de la Confederación y marcó en forma determinante la imagen de Cáritas hacia el exterior.

- El lanzamiento en el desarrollo.

La integración progresiva del Tercer Mundo, con la creación de nuevas Organizaciones Miembros, comenzó a influir, ya durante los años del Concilio, en el sentido de despertar una inquietud por el desarrollo dentro de la Confederación. Esta inquietud recibió un apoyo decisivo en 1967 con la Encíclica "Populorum Progressio" (uno de cuyos ejemplares originales fue entregado personalmente por Pablo VI al Presidente de C.I.) y por el apoyo de un Fondo Papal (sobre el cual volveremos más tarde), que permitió financiar los primeros proyectos de desarrollo.

- La presencia en las estructuras internacionales.

Este es el período en el cual la Confederación pide y obtiene, con el vivo interés y el decidido apoyo de la Santa Sede, los diversos estatutos consultivos que actualmente posee ante las Naciones Unidas y sus diferentes Agencias especializadas, y en el que, para atender estos compromisos, crea las Delegaciones Permanentes en los principales centros internacionales. Esta red de presencia se combina con una estrecha cooperación en el seno de la Conferencia de las Organizaciones Internacionales Católicas (OIC) y con un creciente diálogo ecuménico en acciones concretas.

- La coordinación universal.

En 1967, la Santa Sede otorga a C.I. un mandato específico para coordinar, a nivel universal, el trabajo social de la

Iglesia. Sobre las circunstancias y las condiciones de este mandato nos extenderemos al tratar más específicamente la situación de C.I. en la Iglesia; pero desde ahora se puede decir que este mandato, que no entraba normalmente en la competencia de una OIC como la nuestra, se inscribía, sin embargo, entonces, en la lógica de las ideas centrales que habían presidido en 1950 la creación de C.I. con el fuerte apoyo de la Santa Sede.

En 1969 se ajustan los Estatutos para permitir la realización de ese mandato.

b) *1970/1972.*

Esta etapa se caracteriza por una fuerte crisis institucional. El factor desencadenante es, sin duda, la renuncia, en 1970, de monseñor Bayer, Secretario General desde la creación de la Confederación, producida, de manera inmediata, por el dramático desenlace de la operación de emergencia en Biafra. Pero, en realidad, esta crisis —que se manifiesta en signos de desorientación, tensiones entre bloques, insuficiencia en el funcionamiento de los órganos centrales, incertidumbres y perplejidades en cuanto a las opciones de futuro, sentimientos de insatisfacción en las regiones y presiones exteriores— es el resultado de la acción de múltiples factores.

— En el orden interno, la extensión de la Confederación fue tan rápida y tan grande, y vino a sumarse a la intensa “onda de choque” de las nuevas orientaciones del Concilio, que ni los cauces doctrinarios de que se disponían ni las estructuras establecidas fueron capaces de canalizar adecuadamente todas estas fuerzas nuevas y, por momentos, opuestas entre sí. Por consiguiente, ha sido una verdadera crisis de crecimiento la que fue vivida en esos años, provocada sobre todo por una falta de síntesis de los numerosos factores acumulados por ese crecimiento. Es importante tomar con-

ciencia de este hecho: esa síntesis, en efecto, es todo un proceso que debe ser sostenido y dirigido, y que todavía en este momento está lejos de haber concluido.

— El Tercer Mundo “emergente” en el seno de C.I. fue, así mismo, uno de los elementos disfuncionales que aceleró esta crisis. Para él, la C.I. aparecía en sus orientaciones, en sus planteamientos, en las influencias internas dominantes y en su estructura, demasiado “europea”; sobre todo, América Latina, región más antigua y más organizada, que había pasado por una gran renovación de ideas en la Conferencia de Medellín, discutía el asistencialismo dominante en la Confederación, la falta de perspectivas “liberadoras”, el centralismo de las decisiones, el pragmatismo sin objetivos pastorales. Pero el Tercer Mundo no pretendía, por eso, abandonar la Confederación, sino, por el contrario, tener dentro de ella una mayor participación para determinar un cambio.

— La acción de CIDSE y el gran poder de sus recursos, contribuyeron a acentuar esta crisis. CIDSE, en efecto, había nacido años antes como una “anti-Cáritas” implícita, y su acción había tendido desde el primer momento a dejar de lado a las Cáritas nacionales en el desarrollo y a marginar la C.I. en las emergencias. En su Asamblea de 1970 había decidido, además, abrir la afiliación a organizaciones del Tercer Mundo, embarcándose en la formación de una federación paralela a C.I.

— La creación de Cor Unum, en 1971, dio la impresión a mucha gente, inclusive dentro de la Confederación, de que había llegado el momento final para C.I. Era, sin duda, una impresión equivocada, pero ella, acompañada del hecho de que, con esta creación, C.I. perdía su mandato de coordinación universal, produjo, en su momento, un impacto psicológico considerable. Este malestar se acentuó cuando de inmediato

el nuevo organismo pontificio comenzó a tomar iniciativas de acción directa en campos, como las emergencias, en que C.I. actuaba desde siempre.

— El conjunto de estos factores produjo una gran tensión interna y externa, que desembocó en la Asamblea General de 1972, una de las más complejas y difíciles de la historia de la Confederación. Ella señaló, sin embargo, y al mismo tiempo, el comienzo de una paulatina recuperación.

c) *1973/1983.*

Este período, como consecuencia de todo lo que acaba de explicarse, ha sido de consolidación, de creación progresiva de nuevos equilibrios, internos y externos, y de búsqueda y experimentación de nuevas orientaciones. Señalo brevemente las líneas seguidas con estos propósitos, que luego tendrán un desarrollo ulterior en otros capítulos de esta exposición.

— El reajuste institucional.

Fue necesario reordenar paulatinamente el funcionamiento de los órganos institucionales. La primera adquisición importante en este campo fue la de activar el Buró, que nunca había funcionado, convirtiéndolo en un órgano regular de reflexión y de dirección. Seguidamente fue el momento de la reestructuración del personal, de la organización y del funcionamiento del Secretariado General para darle funcionalidad según los grandes objetivos de la animación y de la coordinación. Más tarde fue el reordenamiento de las Comisiones, poniéndolas al servicio inmediato de la programación del Comité Ejecutivo. Y, por último, fue la revisión global de todas las normas de funcionamiento, que es un esfuerzo que llega a esta Asamblea General con un proyecto de nuevo Reglamento Interno.

— La autonomía financiera.

Al comenzar este período, C.I. había perdido el considerable apoyo que el Fondo Papal, ya mencionado, daba para la administración, mientras, al mismo tiempo, las Organizaciones Miembros contribuían sólo hasta un 23 por 100 de los costos de los servicios centrales de la Confederación. Fue indispensable crear todo un sistema nuevo que progresivamente reordenara las finanzas: paulatinamente, las Organizaciones Miembros fueron contribuyendo regularmente, hasta llegar a que las cuotas estatutarias sostuviesen normalmente el 85 por 100 de los costos de los servicios de la Confederación. De esta manera, hoy, después de un largo proceso, la Confederación se sostiene regularmente sin apoyo alguno del exterior.

— La regionalización.

Se afrontó de lleno la realidad y el futuro del trabajo regional. No sólo, a partir de la Asamblea General de 1975, se le dio dentro de los Estatutos un lugar oficial que hasta entonces no tenía, sino que se utilizaron los mejores recursos para promoverlo y estructurarlo en todos los continentes, dando así a la Confederación una instancia orgánica dentro de la cual las Organizaciones Miembros se reconocían y se integraban en modo funcional.

— La vocación original de Cáritas.

La elaboración y la difusión de los elementos esenciales de la misión de Cáritas han sido objeto de una campaña permanente en estos diez años. Pero es la consideración de estos elementos dentro de una visión global de pastoral social, la que ha sido fuertemente subrayada, con una debida integración de la diaconía, así concebida dentro de la pastoral de conjunto. Esta orientación ha sido marcada no sólo para recuperar

debidamente la vocación original de Cáritas —de la que hemos hablado más atrás—, sino también para poner constantemente en relieve la especificidad de la acción de Cáritas como organismo de Iglesia —y no como una simple “agencia de ayuda”— con todas sus amplias consecuencias.

— La base diocesana.

Como ya hemos tenido oportunidad de decirlo, sobre todo después de la Asamblea General de 1975 se insistió, como otra línea permanente de acción, en la promoción y consolidación de la base diocesana de las Organizaciones Miembros. Esta línea tendía a lograr no solamente una transformación más en profundidad de las Organizaciones Miembros, sino también y sobre todo a resituarse en el centro de la visión y de la acción de Cáritas el valor de la comunidad cristiana como tal, del movimiento colectivo de esta comunidad (y no sólo de algunos grupos) al servicio del mundo.

— La elaboración de criterios comunes.

Para que la Confederación pudiese dar de sí cuanto se esperaba era indispensable que las Organizaciones nacionales miembros estuviesen en condiciones de trabajar conjuntamente en los diversos sectores de la pastoral social y no solamente en oportunidad de las emergencias. Pero, para ello, era, a su vez, necesario que compartiesen algunos criterios comunes básicos. En este propósito se logró ya un gran empuje con la organización y el funcionamiento de los sistemas regionales; pero éstos resultaban insuficientes ante los grandes problemas de la cooperación internacional, como resultaba insuficiente la sola reunión, cada cuatro años, de la Asamblea General. Con este pensamiento se promovieron a lo largo de este período, y por primera vez, diversos seminarios internacionales, con presencia de dirigentes de las diferentes regiones,

de los cuales resultó un diálogo sumamente valioso y un principio de definición de criterios comunes.

— Los temas internacionales.

En este período se insistió en dar más atención a los temas propuestos por el medio internacional, que al funcionamiento de las estructuras internacionales, que fue la preocupación dominante de períodos anteriores. Esto dio mayor apertura a la Confederación, aunque no resolvió adecuadamente el problema de los medios y de los canales de una presencia permanente en el nivel internacional oficial. Sobre esto tendremos igualmente oportunidad de volver más adelante.

3. Algunos principios esenciales

Para comprender cómo ha funcionado la Confederación en su vida concreta de cada día, digamos ahora que en todas las etapas que hemos mencionado ella ha practicado algunos principios esenciales que se desprenden de los Estatutos o que han sido delineados desde el comienzo por las primeras Asambleas Generales.

a) La autonomía nacional.

La Organización Miembro no es una filial de Caritas Internationalis, no recibe órdenes de Roma en ningún sentido, y sólo depende de su propia Conferencia Episcopal, de la cual es instrumento oficial para la pastoral social nacional. Las Organizaciones Miembros, reunidas en el nivel internacional, se autolimitan entre ellas estableciendo modos de cooperación mutua. En ese momento la Caritas Internationalis actúa como impulsora de estos acuerdos asumidos libremente entre ellas.

b) La Iglesia local.

Por consiguiente, C.I. ha considerado siempre a la Iglesia local como sede fundamental de las decisiones de pastoral social. Los órganos de C.I. se sienten ligados a estas decisiones cada vez que una acción internacional toca un país determinado, y se sienten obligados a respetarlas y a hacerlas respetar.

c) La Santa Sede.

Siguiendo estos principios de naturaleza eclesial, C.I. ha actuado, al mismo tiempo, dentro de las exigencias de la acción internacional, en consulta y en acuerdo con los órganos competentes de la Santa Sede. Especialmente en las situaciones delicadas y de conflicto, C.I., sin formar parte de la Curia Vaticana, se impone previamente del criterio de la Santa Sede, busca los consejos de los Nuncios e informa a las instancias vaticanas de los pasos que entiende dar. También repercute hacia las Organizaciones Miembros las líneas de doctrina social definidas en los documentos pontificios.

d) La operacionalidad.

En el sistema de la Confederación, son las Organizaciones Miembros las que son operacionales en el sentido de intervenir en programas, proyectos y campañas. La Confederación, en cambio, no lo es, no se substituye a las Organizaciones Miembros actuando directamente en un territorio determinado, y se mantiene exclusivamente como centro de animación y de coordinación de las mismas en el nivel internacional. Sólo excepcionalmente, C.I. ha sido alguna vez operativa en forma directa, cuando ha recibido un mandato específico de las Organizaciones Miembros para ello, o cuando en un país determinado no existía una Organización Miembro; pero en este último caso ha actuado siempre a través de aquellas estructuras de la comunidad cristiana que la Jerarquía local le señalaba.

e) La consulta a la Organización Miembro.

Como consecuencia normal de los principios anteriores, C.I. ha sentado siempre como norma para todo programa y toda ayuda desde el exterior hacia cualquier grupo o zona de un territorio determinado, que la Organización Miembro de ese país debe ser previamente consultada y servir, en principio, de canal autorizado.

f) El diálogo con las otras OIC.

Para la presencia internacional ha sido siempre una norma mantener estrecho contacto con las otras Organizaciones Internacionales Católicas, consultándose con ellas particularmente a través de los Centros de Información de la Conferencia de las OIC.

g) La política de pequeños pasos.

No siendo una asociación de tipo unitario sino una Confederación de miembros nacionales independientes, C.I. ha procurado siempre proceder por pequeños pasos, con previas y extensas consultas de sus miembros y buscando un consenso lo más amplio posible. Normalmente se han evitado las grandes declaraciones públicas, que podrían no convenir a todos los miembros, así como las transformaciones radicales de las estructuras internas. La Confederación ha guardado siempre su iniciativa, también importante, de sugerir y de formular propuestas, pero se ha cuidado, en el interés de todos, de quemar etapas, aun a riesgo, a veces, de no parecer suficientemente activa.

Este conjunto de principios ha delineado un estilo de trabajo que es muy propio de C.I. y que, con todos sus defectos, ha permitido mantener una fidelidad eclesial que es fundamental para su misión.

4. Tensiones internas

Para terminar de caracterizar la Confederación, y antes de entrar en la consideración de diversos aspectos específicos, tenemos que mencionar la existencia, dentro de ella, de numerosas tensiones. Estas tensiones son parámetros de fuerzas que juegan en la vida cotidiana de la Confederación; ellas no constituyen propiamente situaciones de conflicto —aunque el conflicto puede llegar a producirse—, y, en realidad, siempre que sean bien valoradas y administradas, pueden ser factores propulsores de nuevas síntesis internas. Ya hemos mencionado, de paso, algunas de esas tensiones al analizar la situación de las Organizaciones Miembros; ahora procuraremos identificarlas más directamente.

a) La diversidad de las Organizaciones Miembros es, sin duda, una riqueza; pero cuando ellas confluyen en la Confederación, y ésta necesita, por exigencia ineludible de su propia dinámica institucional, definir una orientación común, surge de inmediato la tensión entre la diversidad que desea mantenerse y la unidad que desea una expresión propia. Hay quienes sostienen, entre nosotros, que C.I. no debería tener una orientación propia y que debería limitarse a registrar y a respetar la orientación divergente de sus miembros, procurando que entre éstos se mantenga un diálogo; hay otros que piensan que una organización como C.I., que está llamada a promover una presencia determinada en el medio internacional, no puede actuar sin la definición de una orientación.

b) La autonomía nacional hace que la Confederación posea miembros “personalizados”, con iniciativa propia, capaces de “negociación” en situaciones concretas; por el otro lado, una presencia internacional, como la encomendada a C.I., exige una cierta coordinación, y esta coordinación implica necesariamente alguna limitación de la autonomía

nacional. “Trabajar juntos” requiere, en efecto, condicionar, en una cierta medida, la capacidad nacional de tomar iniciativa sin haberse consultado con los otros y sin haber intentado un principio de complementación, aun cuando este proceso lleve un cierto tiempo que, aparentemente, conspira en forma inmediata contra la eficacia.

c) En la formulación de las grandes orientaciones de Cáritas, está siempre presente la tensión entre la tendencia que pone el acento en el servicio directo “que hay que dar a los más pobres” y la tendencia que cree que el acento ha de ponerse no en el servicio directo, sino en la actividad de animación y de coordinación del conjunto de la promoción humana que la comunidad cristiana debe organizar. Son, en efecto, dos concepciones diversas que llevan a consecuencias diversas, tanto en el nivel diocesano y nacional como en el nivel internacional.

d) También existe una tensión constante, dentro de la Confederación, entre quienes sólo quieren oír hablar de “acción caritativa” y quienes insisten en que ésta es incomprendible en Cáritas sin una clara “acción por la justicia”. Por artificial que pueda parecer hoy esta contraposición, ella no sólo obedece a tradiciones arraigadas, sino a concepciones divergentes sobre la acción de la Iglesia, que, de hecho, pretenden llevar a C.I. por un camino o por otro.

e) La tensión entre la acción sobre los efectos y la acción sobre las causas de los problemas sociales, tiene la misma raíz que la anterior. Sólo que, mientras prácticamente todos en la Confederación están de acuerdo en que la acción sobre las causas es necesaria, no todos aceptan que ella deba asumirse en los hechos con todas sus consecuencias.

f) Ya hemos apuntado más atrás que el Primer Mundo y el Tercer Mundo confluyen en la Confederación, y que ello constituye también una gran riqueza. Ahora, de hecho, ambos Mundos conviven no sin tensiones —las mismas que, en el fondo, existen en el nivel internacional general—. Sólo que en la Confederación, a más de las dificultades conocidas (problemas de diferencia de recursos y de poder, de la ayuda de uno a otro y sus condiciones, problemas de prioridades y de centros de interés y de influencia, problemas de diversidad de situaciones y de sistemas culturales), existen otras de tipo eclesial, y también de orden interno (el Tercer Mundo decide con el voto y el Primer Mundo paga, y no siempre la voluntad de ambas acciones coincide...).

g) Una tensión que tampoco es específica de C.I., pero que dentro de la Confederación tiene sus reflejos precisos, es la existente entre la cooperación multilateral y la relación bilateral entre las Organizaciones Miembros. Generalmente, pero no siempre, el Tercer Mundo es partidario de la cooperación multilateral y de que C.I. sea la sede organizativa de esa cooperación —porque de esta manera se garantiza, en su opinión, un discernimiento objetivo y no selectivo de las necesidades y de la ayuda—. Por el otro lado, el Primer Mundo, que posee los recursos y que a menudo asume compromisos con los respectivos gobiernos, es partidario, aunque no siempre, de la relación bilateral —porque de esta manera se garantizan mejor, en su opinión, la identidad del interlocutor, el conocimiento y el diálogo recíprocos, la intención de los donantes, la definición de responsabilidades precisas y la motivación oportuna del público contribuyente—. En realidad, en el fondo de esta respectiva posición del Tercer Mundo y del Primer Mundo, existen también otras motivaciones específicas (e inconfesadas) según los casos concretos —pero, de una o de otra manera, tales posiciones pretenden, de parte de la Confederación, actitudes alternativas que a menudo resultan contradictorias—.

h) Existe también otra tensión dentro de la Confederación, a propósito de la importancia que se ha de dar a la presencia en el nivel internacional oficial. Hay quienes sostienen que las Organizaciones Miembros no tienen beneficio alguno que retirar de esa presencia, dadas las condiciones del medio internacional, y que toda inversión en este campo, en esfuerzos y en recursos, carece de una contrapartida eficaz. Pero hay también quienes piensan que esta presencia implica un proceso complejo y creador, y que las inversiones en este campo sólo pueden rendir a largo plazo si se las hace con inteligencia y con perseverancia. Esta tensión tiene sus consecuencias para C.I., que está llamada, específicamente, a “ser” y a “estar” en el nivel internacional.

i) Para concluir, no quiero dejar de mencionar una tensión que es específica porque se produce a propósito de la aplicación de uno de los principios esenciales de la Confederación, que se refiere a la Iglesia local como sede fundamental de las decisiones de pastoral social. Toda ayuda —decimos, en virtud de ese principio— debe pasar por la Iglesia local y según su directiva; pero, ¿qué ocurre cuando esta Iglesia local es una Iglesia dividida o renuente en organizar su pastoral social? Es un caso que se ha estado repitiendo, desgraciadamente, en los últimos años, y que ha producido perplejidades y divisiones en la Confederación. No es posible, por un lado, renunciar a aquel principio; por otro lado, su aplicación produce, en los hechos, dificultades insalvables. Es uno de los tantos desafíos graves que hoy debemos afrontar.

Estas tensiones, todas ellas, plantean así importantes alternativas. Ellas pueden ayudar al crecimiento de la Confederación si son guiadas con decisión y resueltas con compromisos sucesivos. Pero si no son afrontadas con realismo, o si simplemente se las elude, corren el riesgo de paralizar o de neutralizar la Confederación.

5. La regionalización

Como hemos señalado más atrás, la Confederación ha tenido un crecimiento real y decisivo en el nivel regional. La regionalización ha sido un proceso que arrancó paulatinamente desde los comienzos de nuestro trabajo internacional, pero que cobró una aceleración mayor en los últimos quince años, produciendo, al mismo tiempo, una reestructuración de conjunto de la Confederación.

a) *Su realidad actual.*

El proceso de regionalización no tiene, naturalmente, la misma consistencia y el mismo grado de progreso en todos los continentes. La región de Africa del Norte y del Medio Oriente fue constituida formalmente sólo en 1979. Las Cáritas europeas, antes de darse una estructura regional en 1973, ya habían tenido, desde 1955, diez reuniones de consulta y de estudio. Las Cáritas latinoamericanas, luego de varias sesiones parciales de trabajo con CRS, tuvieron su primer Congreso continental en 1964, durante el cual se dieron una estructura regional inicial. Las Cáritas asiáticas realizaron un primer gran encuentro en 1968, pero sólo se dieron una estructura clara de coordinación en 1975. Las Cáritas africanas tuvieron entre sí sus primeros contactos en 1970 y 1971, y a partir de 1973 establecieron un principio de organización regional. Con estos impulsos iniciales, todos ellos estimulados y sostenidos por C.I., las Organizaciones Miembros de cada región fueron, ellas mismas, decidiendo, por propia iniciativa, un sistema determinado de cooperación regional, con características peculiares. Actualmente todos esos sistemas regionales cuentan ya con varios años de experiencia, que constituyen materia suficiente para una evaluación.

b) *Su repercusión en la estructura de C.I.*

Después de haber “practicado” la regionalización en forma progresiva, ella fue oficialmente incorporada en los Estatutos de la Confederación en 1975. En ese momento fueron formalmente establecidas las Conferencias Regionales, a nivel de la Asamblea General, y las Comisiones Regionales, a nivel del Comité Ejecutivo. De esta manera, las regiones participan directamente en todo el proceso de las elecciones y de la toma de decisiones dentro de la Confederación.

El principio de la regionalización se fue incorporando funcionalmente en todas las actividades. El Buró, reactivado a partir de 1972, como lo hemos explicado, se constituye fundamentalmente con los Presidentes regionales, junto al Presidente y al Tesorero internacionales. En el Comité Ejecutivo, las regiones ocupan lugares determinados en la proporción establecida por la Asamblea, y, progresivamente, esos lugares fueron siendo destinados a los coordinadores regionales, de modo que actualmente el Ejecutivo es un gran centro coordinador de coordinadores, lo que facilita grandemente su responsabilidad de programación. Al mismo tiempo, las llamadas Comisiones “sectoriales” del Comité Ejecutivo (Estudio, Desarrollo, Política de las Emergencias, Relaciones Internacionales, Fondo de Ayuda Mutua) han sido organizadas con la participación de todas las regiones. El mismo principio ha sido aplicado al Secretariado General, en el cual el “Servicio Animación” cuenta con una persona originaria de cada región.

c) *Algunos elementos positivos.*

El proceso de regionalización ha producido, sin duda, resultados altamente positivos.

— Creada, ante todo, para favorecer el desarrollo individual de las Organizaciones Miembros, la regionalización ha permitido interesarse más específicamente en el problema de cada una para ayudarla a superarlo con la ayuda de todas las otras. En este proceso, el aspecto tal vez más positivo sea que el diálogo, entre un número limitado de Organizaciones Miembros culturalmente afines, ha permitido un saludable cuestionamiento recíproco en vista de una evolución constante, para un mejor cumplimiento de la respectiva misión. No siempre a partir de ese cuestionamiento ha seguido una evolución en los hechos; pero la posibilidad de ese cuestionamiento, que difícilmente puede darse en niveles más altos, ha abierto, para cada Organización Miembro, grandes perspectivas, a veces impensadas, de cambio y de progreso.

— La regionalización ha permitido también la creación de un sistema de relacionamiento más permanente entre Organizaciones Miembros relativamente vecinas. De esta manera, se ha suplido en parte las dificultades que existen a nivel mundial para la información y el intercambio de experiencias. No siempre ese sistema de relacionamiento ha funcionado con la eficacia deseada, en particular por falta de medios adecuados y tal vez también por falta de precisión en los objetivos prácticos; pero allí donde en particular se ha trabajado por zonas y subzonas geográficas, ese relacionamiento ha conseguido resultados apreciables.

— El trabajo por regiones ha dado a las Organizaciones Miembros una experiencia de lo supranacional, que resultaba difícil desarrollar cuando cada una de ellas sólo podía tenerla en relación directa con los centros mundiales. La regionalización ha constituido así el primer escalón de la cooperación internacional, en el cual se realiza un aprendizaje práctico para la participación en una comunidad mundial. Este resultado ha sido de gran valor para C.I. porque, de hecho, ha sido un

comienzo de escuela de formación internacional para sus dirigentes nacionales.

— La regionalización ha intentado, en fin, en todos los continentes, la elaboración de ideas comunes sobre la misión de la Iglesia en lo social y sobre las responsabilidades sociales del momento, y ello ha permitido avanzar en la cooperación. También, a este respecto, no siempre ni en todas partes se han conseguido resultados en profundidad, por las diversas causas que hemos señalado más arriba; pero, de hecho, con el pasar de los años, se han identificado las dificultades principales que exigen la continuación de esa elaboración en común.

d) *Algunas carencias.*

Es claro que el sistema regional ha acusado también limitaciones, contramarchas y experiencias negativas.

— Un diálogo ha sido ciertamente establecido entre las Organizaciones Miembros de una región, con los elementos positivos que hemos visto. Pero se puede dudar de que de tal diálogo se haya pasado realmente a una coordinación, o a una cooperación, entre ellas, en forma regular.

En las regiones del Tercer Mundo que han trabajado con el sistema de áreas, la comunicación entre las zonas ha sido mínimo o prácticamente inexistente.

En las regiones, como Europa, que han trabajado con el sistema de grupos, ha habido, salvo excepciones, un intercambio entre expertos pero no un intercambio y una cooperación entre Organizaciones Miembros como tales; o entonces se ha logrado una consulta entre algunas Organizaciones Miembros más poderosas en cosas muy concretas (como el programa de alimentos de la CEE), mientras la gran mayoría permanecía periférica con relación al campo de posibles proyectos comunes.

A este respecto, en todas las regiones ha faltado aún una maduración suficiente, en estructuras y métodos de trabajo, y una voluntad más definida de llegar a resultados tangibles con objetivos más precisos. También, en varias de ellas, ha faltado un liderazgo eficaz, debido, pero sólo en parte, a la limitada disponibilidad, en tiempo y recursos, de los responsables regionales.

— Una carencia sensible ha evidenciado el sistema regional en general en el campo de las operaciones, particularmente con ocasión de graves situaciones de emergencia, pero también en una programación más concertada del desarrollo. Algunas importantes excepciones, sin embargo, se han producido, cuando algún coordinador regional o de zona ha tomado espontáneamente iniciativas de acción sin esperar que los hechos se precipiten —pero estas excepciones, que han dado un resultado por encima de toda ponderación, no hacen más que confirmar la situación real y general—.

Esta carencia es debida, sin duda, a la falta de una estructura adecuada, en las regiones del Tercer Mundo, para responder oportuna y coordinadamente a aquellas situaciones, y a la falta de recursos; pero también es debida, al mismo tiempo, a la forma de intervención directa y dispersa de algunas Organizaciones Miembros más fuertes del Primer Mundo, que, ignorando la posible acción de los coordinadores regionales y zonales, se precipitan en búsqueda del propio proyecto para poder responder rápidamente al propio público y también, a veces, al propio gobierno.

— Uno de los objetivos capitales de la regionalización tiende a integrar el esfuerzo de Cáritas en la elaboración y la ejecución de una pastoral social regional, que es responsabilidad de los Consejos o Conferencias Episcopales Regionales. También en este campo, como ya lo apuntábamos más atrás, hay vacíos importantes. Nuestros sistemas regio-

nales han comenzado a tomar, en los últimos años, alguna iniciativa de aproximación y de acción, pero estos pasos son inciertos y poco sistemáticos, y no ayudan suficientemente a una integración adecuada de nuestro trabajo dentro de la pastoral de la región. Al mismo tiempo, es un hecho que, con excepción de Asia y de América Latina, las estructuras episcopales regionales son aún débiles y carecen de una política pastoral claramente definida, dentro de la cual integrarse.

— Mayores vacíos existen todavía en otro sector, que es el de la presencia de nuestros sistemas regionales en la vida intergubernamental regional. Algún progreso, aunque limitado, se ha registrado en Africa junto a la OUA; y posibilidades definidas existen en Europa junto al Consejo de Europa y la Comunidad Económica Europea; pero tales posibilidades han sido mínimamente explotadas. En las otras regiones no se han tomado iniciativas, a pesar de los estímulos de C.I. Esta pérdida de tiempo puede tener en el futuro próximo sus consecuencias.

— Mucho se ha hablado, en los últimos años, de la importancia de crear posibilidades de intercambio entre las diferentes regiones; pero numerosas razones, entre las que las financieras no son las mayores, han limitado las iniciativas en este campo, a pesar de los deseos y de las propuestas. Esta situación ha provocado una carencia sensible para las regiones en particular y para la Confederación en general, que no ha podido tener así toda la amplitud de respiro que su vocación exige.

Esta carencia se ha hecho sentir en las relaciones recíprocas entre regiones del Tercer Mundo, que poseen muchos elementos comunes de situación y de acción; pero ella ha sido más profunda y más grave en un punto concreto: en el largo e ininterrumpido aislamiento de la región norteamericana con relación a todas las otras regiones. El magnífico trabajo de las

Charities diocesanas de los Estados Unidos y de la NCCC, no ha tenido repercusión internacional alguna, y la riqueza de esta gran experiencia de promoción humana no sólo no ha sido debidamente conocida, sino que no ha sido aprovechada ni integrada en una cooperación supranacional.

— Una carencia de relieve, en fin, del trabajo regional ha sido la financiación. No es que los recursos, en definitiva, hayan faltado básicamente —sea por la vía del Fondo de Ayuda Mutua o de los proyectos bilaterales—; ha faltado, a pesar de los largos años de estudio y de debate, un sistema claro, seguro y funcional para sostener regularmente las estructuras y las actividades regionales, las cuales, cada año, han tenido que programarse sin tener certeza alguna de que pudiesen realizarse. El Tercer Mundo había pedido reiteradamente que al menos los gastos esenciales de las estructuras regionales fuesen incluidos en el presupuesto ordinario de la Confederación, si era cierto que ellas constituían un elemento fundamental del sistema internacional, pero este propósito nunca fue conseguido.

e) *Algunos dilemas.*

La práctica y el crecimiento de la regionalización han ido planteando también diversos dilemas que, presentándose hoy como interrogantes, harán sentir sus efectos en el futuro próximo.

— Hay algunos que se preguntan a quién pertenece, en definitiva, el sistema regional. ¿Es una propiedad de las Organizaciones Miembros de la región, o de C.I.? ¿Tiene C.I. algo que ver o que decir en la estructuración y la orientación del nivel regional, siendo éste, por definición, una instancia ya internacional? ¿O es una cuestión puramente particular de un grupo de Organizaciones locales, las cuales, si quieren,

pueden usar ese sistema regional, así entendido, para entrar en relación con C.I., o con cualquier estructura internacional, o no entrar en relación con nadie? ¿Existe un nexo substancial entre el acto de una Organización Miembro, que en un momento dado crea C.I., y el acto de la misma Organización Miembro, que en otro momento crea el sistema regional?

— Este dilema parecerá retórico y artificial, y, sin embargo, ya ha causado, en la práctica, debates y conflictos, como en el caso concreto de la regionalización asiática coordinada por OHD y sus relaciones con C.I., con APHD, con CICM, etc.

Este mismo caso y en esta misma línea plantea otras preguntas. Si una región tiene su propia coordinación en el mismo continente, ¿necesita aún estar representada en el Servicio Animación del Secretariado General? Y, en caso positivo, ¿cómo se distinguen estas diferentes funciones en la práctica?

Y si una región, en estas condiciones, se da a sí misma su propio plan de trabajo, ¿cómo se compagina este plan regional con el plan internacional de trabajos de cuatro años? ¿Debe o no existir una relación funcional entre ellos?

— Dando un paso adelante, se puede todavía identificar este otro dilema de fondo, presentado por la naturaleza de las Organizaciones Miembros. Siendo éstas órganos oficiales de pastoral social de las Conferencias Episcopales, o teniendo tendencia a serlo, parece normal que en el nivel regional tengan como vértice de coordinación el organismo de pastoral social de la Conferencia Episcopal Regional. En estas condiciones, ¿tiene objeto que C.I. cuente con un propio organismo regional de coordinación? Pero, con relación a una Conferencia Episcopal Regional, ¿qué funciones puede cumplir C.I.? O Caritas Internationalis, en esta perspectiva, ¿debe rever la naturaleza de los servicios que está llamada a prestar

y los objetivos que debe perseguir, inclusive en el nivel inter-regional?

— Estas perspectivas de un futuro posiblemente no tan lejano, no deben mientras ocultarnos otros dilemas inmediatos, uno de los cuales es la tendencia de las Organizaciones Miembros de intervenir en las decisiones colegiadas de la Confederación internacional a través de sus bloques regionales. Es normal que en el momento de tomarse esas decisiones juegue activamente la solidaridad regional —¿pero es normal que una región se contraponga, como un bloque, a otras regiones que también reaccionan como bloques?—. ¿No se corre el riesgo, de esta manera, de dividir la Confederación en grupos antagónicos e incommunicables? ¿No se atenta de esta manera contra la personalidad de la Organización Miembro nacional, cuya afiliación a la Confederación es individual? ¿O tendrá que establecerse, en el futuro, que el acceso a la Confederación ha de hacerse por vía regional?

Como puede verse, estos dilemas se presentan por el momento en forma confusa e imprecisa, y ellos no tienen el mismo valor actual para todas las regiones. Pero son desafíos que se van dibujando poco a poco dentro de la dinámica normal que la Confederación va llevando, y que, ciertamente, deben ser recogidos con lealtad y con clarividencia.

6. La vida institucional de la Confederación

Para terminar de caracterizar la Confederación, echemos, en fin, una mirada al movimiento de los órganos y de los organismos que están llamados a expresarla, al juego de relaciones entre la Organización Miembro y C.I. y al omnipresente problema de las finanzas.

a) *Los órganos centrales.*

Como ya hemos tenido oportunidad de hacerlo notar más atrás, la Asamblea General, el Comité Ejecutivo y el Buró han ido adquiriendo con el tiempo, con el crecimiento de la Confederación y con el desarrollo de la regionalización, una fisonomía progresivamente diferente. Es un proceso que no ha concluido y que requerirá en el futuro nuevos ajustes según los objetivos que esta Asamblea alcance a proponerse.

— La Asamblea General.

Ha sido, continúa siendo y no podrá dejar de ser en el futuro, el centro deliberativo, el “momento alto”, de la vida de la Confederación, siendo ésta, como es, una organización democrática que depende de la voluntad de sus Organizaciones Miembros. Sólo que durante años esta Asamblea fue una pequeña reunión de buenos amigos que conversaban sobre el destino de Cáritas en la Iglesia y en el mundo. Hoy, superado el número de cien Organizaciones Miembros y presentes todas las regiones del mundo, ella constituye una gran reunión institucionalizada que exige complejas y rígidas reglas de funcionamiento para garantizar el derecho de todos y, al mismo tiempo, para reflexionar y programar con un mínimo de realismo, para que las diferencias culturales puedan manifestarse y dar una contribución específica, para encontrar un camino común, y cuya preparación y organización exigen grandes recursos. Realizar hoy una Asamblea con estas características plantea numerosas dificultades de todo tipo; dificultades que será necesario superar, posiblemente con nuevas modalidades, pero sin atentar contra la naturaleza representativa que tiene y que le es esencial por encima de toda consideración.

— El Comité Ejecutivo.

También el Comité Ejecutivo fue durante muchos años un grupo de buenos amigos que se reunía dos veces al año para llevar la dirección y la alta administración de la Confederación. Más tarde, también el crecimiento de la Confederación y el extenderse de la regionalización, produjeron un cambio substancial en su composición y en sus funciones prácticas. Hoy, como lo señalábamos en otro capítulo, es un centro de coordinadores regionales que se reúne junto con la Presidencia una vez al año para programar el trabajo del año siguiente, de acuerdo con el plan cuadrienal de la Asamblea. Por consiguiente, sólo en las grandes líneas el Ejecutivo mantiene funciones de dirección y de administración —y en este nuevo contexto su figura debería ser adaptada en función del conjunto—.

— El Buró.

Nunca se reunió formalmente el Buró antes de 1971, y, a partir de 1972, lo hizo regularmente tres o cuatro veces al año. En estos últimos diez años, por consiguiente, ha sido el verdadero órgano de dirección de C.I., dentro de las líneas definidas por la Asamblea y el Comité Ejecutivo. Constituido por el Presidente, los Vicepresidentes de todas las regiones y el Tesorero, el Buró constituye, en efecto, un equipo ágil, representativo en el máximo nivel, que posee toda la movilidad necesaria, dirige las relaciones esenciales de la Confederación, controla el Secretariado General y resuelve las coyunturas económicas. Es evidente, en estas condiciones, que el Buró es el órgano central que da verdadera continuidad y le correspondería, por consiguiente, ser definido con funciones propias, que hoy no están claramente explicitadas.

b) *El Secretariado General.*

Unico órgano permanente, el Secretariado ha sido un pequeño equipo durante muchos años, hasta que creció considerablemente entre los años 1968 y 1971, en momentos que asumía numerosas responsabilidades directas. Después de la Asamblea General de 1972 fue progresivamente reducido hasta llegar a la composición actual de 17 miembros, de los cuales 7 en el grupo de dirección; en este equipo están representadas todas las regiones, con 9 nacionalidades diferentes y un trabajo permanente en 5 lenguas.

— En los primeros tiempos, el Secretariado se organizaba según sectores de asistencia. Posteriormente, y en forma progresiva, esa organización fue siendo substituida por departamentos regionales, a los cuales, hacia el año 1970, se agregó un “Servicio de Emergencia” y otro para las relaciones internacionales.

— Después de la Asamblea de 1975, y con el fin de coordinar mejor las actividades, el Secretariado fue organizado en tres equipos: un “Servicio Animación”, constituido con personas provenientes de todas las regiones, encargado de animar las Organizaciones Miembros y los sistemas regionales, de realizar estudios, de estimular la función educativa y pastoral de Cáritas y de llevar las relaciones internacionales generales, que dispone de una sección de prensa y de un centro de documentación; un “Servicio Operaciones”, encargado de estimular y de coordinar las acciones de emergencia y de desarrollo que realizan las Organizaciones Miembros, de evaluarlas, de registrarlas en estadísticas y de llevar las relaciones internacionales específicas que se refieren a estas acciones; y, en fin, un equipo auxiliar para las traducciones, la correspondencia y la administración.

Esta estructura, que responde más directamente a la misión de Cáritas, a cuyo servicio está el Secretariado, ha permitido dar mayor globalidad a los planteamientos del trabajo, aun cuando está lejos de haber sido explotada en todas sus posibilidades.

— El Secretariado General es un órgano ejecutivo, encargado de llevar a la práctica las decisiones de los órganos centrales de dirección, pero no es una central operativa en el sentido específico del término, como no es tampoco un banco para la financiación de proyecto alguno. A más de su labor normal de secretaría de la Confederación, su trabajo es el de animar y coordinar las Organizaciones Miembros y los responsables regionales, según las líneas decididas en las sesiones estatutarias, a través del diálogo y de propuestas concretas, de estudios, de viajes y de informaciones.

De hecho, el trabajo del Secretariado va más allá y tiene significado mayor de lo que prescriben los Estatutos y los Reglamentos. La preparación de las reuniones y de las decisiones de los órganos centrales, la formulación de propuestas a las regiones y la participación en sesiones internacionales de todo tipo, le otorgan, en la práctica, una capacidad y una representatividad que jurídicamente, sin embargo, no se le reconocen. También en este punto se imponen, para el futuro, ajustes adecuados.

— El futuro del Secretariado, de su organización y de su metodología de trabajo, está, sin duda, ligado al crecimiento y a la importancia internacional de la Confederación y a las condiciones financieras; pero también y sobre todo a la respuesta que se quiera dar a los dilemas que plantea la regionalización. Esta va exigiendo, de hecho, por propia dinámica, una constante descentralización, pero tal exigencia, por otro lado, reclama, al mismo tiempo, una necesidad imperiosa de unidad y de mayor coordinación.

c) *Comisiones, grupos de trabajo y seminarios.*

Diversos organismos e iniciativas auxiliares han apoyado el trabajo de los órganos centrales para elaborar decisiones y proponer modos de cumplir las directivas de la Asamblea General.

— Las Comisiones.

Un total de 13 Comisiones ha trabajado junto al Comité Ejecutivo: 2 técnicas (Finanzas y Asuntos Jurídicos), 5 regionales (Africa, Mo-Na, América Latina, Asia-Oceanía, Europa), 6 sectoriales (Estudio, Desarrollo, Emergencias —Subcomisión para Operaciones y Subcomisión para la Política—, Relaciones Internacionales, Fondo de Ayuda Mutua). El esquema de Comisiones ha ido evolucionando con el tiempo y el actual obedece a las sucesivas iniciativas de las Asambleas Generales, en función de los planes de trabajo de cuatro años. Es indiscutible el valor funcional que todas estas Comisiones han tenido para la programación del trabajo, aun cuando la mayor parte de ellas sólo se han reunido una vez al año en ocasión de la sesión del Ejecutivo. Ha parecido discutible, en cambio, el sistema de las Comisiones sectoriales, en particular por lo que se refiere a las que en forma paralela tratan asuntos que implican ayuda exterior.

— Los grupos de trabajo.

Un grupo de trabajo que se ha reunido con cierta regularidad a nivel del Secretariado General, ha sido el constituido por los Delegados Permanentes de C.I. ante las instancias internacionales, para una coordinación más inmediata en el plano ejecutivo.

Otros grupos ad hoc, formados por expertos, han funcionado en razón de temas internacionales propuestos a la

atención de la Confederación (Minusválidos, Ancianos, etc.). Estos grupos, destinados a preparar estudios y propuestas para las Organizaciones Miembros, se han revelado como fórmulas ágiles y eficaces que podrían útilmente complementar, y aun substituir según el caso, a las Comisiones.

— Los seminarios internacionales de estudio.

Como ya lo dijimos en su momento, la necesidad de habilitar instrumentos que permitiesen a las Organizaciones Miembros elaborar de manera más profunda criterios comunes sobre la misión de Cáritas y sobre aspectos de la vida internacional, llevó a programar en los últimos años diversos seminarios de estudio, realizados todos en Roma con la participación de dirigentes de todas las regiones.

Dos de esos seminarios se refirieron a las situaciones de emergencia: las naturales (1977) y las provocadas por el hombre (1980), y llevaron la elaboración de las dos partes del Manual de Emergencia. Otros dos seminarios abordaron aspectos fundamentales de la misión de Cáritas: uno sobre la Cáritas diocesana (1978) y otro sobre animación y coordinación (1982), que llevaron a la preparación inmediata de las Asambleas Generales de 1979 y 1983. Otro seminario, en fin, abordó (1981) los diversos problemas de la ayuda exterior, especialmente referida al desarrollo: ha llevado al cuestionamiento de los objetivos, de los métodos y de la coordinación que la Confederación lleva adelante en ese campo.

La experiencia realizada con estos seminarios, que por primera vez se han reunido en la historia de la Confederación, es sumamente valiosa. Ellos constituyen una fórmula de trabajo fecunda y que acelera y profundiza una comunicación entre Organizaciones Miembros, de la que se tiene una gran necesidad.

d) *La relación C.I./Organización Miembro.*

La buena marcha de la vida institucional de la Confederación no depende solamente del eficaz enlace de los órganos, de los organismos y de las iniciativas del nivel internacional, que acabamos de presentar. En realidad, esa buena marcha depende mucho más, y en grado fundamental, de la actitud que las Organizaciones Miembros asuman con relación a la Confederación, y entre ellas dentro de la Confederación. Ningún mecanismo puede suplir esta actitud de espíritu, que, por otro lado, ciertamente, los órganos de la Confederación deben motivar, alimentar y, si es necesario, provocar.

— Esta cuestión es tanto más importante si consideramos, como ya lo hemos repetido varias veces, que la adhesión de la Organización nacional miembro, completamente autónoma, es una adhesión moral, voluntaria, dada, en cada caso, con espontánea libertad. Los órganos de la Confederación sólo pueden suscitar con buenas razones esa adhesión, pero nunca pueden estar completamente seguros de obtenerla. Como contrapartida, en cambio, la Organización nacional miembro debe constantemente tener presente, en conciencia, que su responsabilidad de Iglesia no se agota dentro de los límites de las fronteras nacionales.

— Es un hecho, además, que el interés de adherir y de participar, de parte de una Organización Miembro, depende de su situación particular. Generalmente, las Organizaciones Miembros del Tercer Mundo buscan una defensa y un apoyo en el nivel internacional —a veces mucho más grandes de lo que el propio esfuerzo justifica—. Las del Primer Mundo, en cambio, que cuentan con servicios mucho más dotados que el propio Secretariado General de Roma y con recursos muy superiores, no necesitan ni buscan apoyo, prefieren no oír hablar de coordinación y sostienen el canal internacional, por

imperfecto que sea, como un recurso adicional y como una plataforma que permita, en ciertos casos, dar un salto más largo que el permitido por el trampolín nacional. En estas condiciones, los órganos de la Confederación se ven obligados a menudo a buscar con gran dificultad un equilibrio interno entre motivaciones contrarias y hasta contradictorias, con riesgo de ser acusados por unos y otros de parcialidad.

— En este contexto, la adhesión, la participación y la convivencia son sólo posibles si se acepta un código de comportamiento común, que dé un criterio a los órganos de dirección y un sentido al progreso de la Confederación. Ese código existe, ha sido madurado en largas experiencias buenas y malas, pero no ha sido nunca escrito ni institucionalizado. Una propuesta en tal sentido es presentada por el proyecto de nuevo Reglamento Interno que esta Asamblea tiene a su consideración —pero su vigencia real depende, una vez más, no tanto de un voto sino de fuertes motivaciones internas de fraternidad y de verdadero espíritu eclesial—.

— Asociar a las Organizaciones Miembros en empresas comunes concretas dentro de la Confederación, ha sido una de las líneas que los órganos de dirección han procurado seguir a lo largo de todas las etapas. Pero ninguna de esas iniciativas ha tenido éxito, salvo una, que, por eso, merece ser especialmente citada: la del Fondo de Ayuda Mutua. Fue necesario, es cierto, en 1969, el interés decisivo de la Santa Sede para constituirlo, pero progresivamente las Organizaciones Miembros aceptaron participar.

El Fondo ha trabajado desde 1969 hasta el presente, con el fin de ayudar a la consolidación de las estructuras nacionales nuevas y, más adelante, también con el propósito de sostener parcialmente las estructuras regionales. Desde su creación ha distribuido con estos propósitos, la suma total de 2.794.827,37 dólares; de esta suma, el Fondo Papal ha dado,

entre 1969 y 1974, el importe de 1.100.000 dólares; a partir de 1975 el Fondo ha funcionado con el exclusivo aporte de las Organizaciones Miembros.

Se trata, entonces, de un fondo multilateral, en el que normalmente coopera de un 30 a un 50 por 100 de las Organizaciones Miembros cada año, y que distribuye el Comité Ejecutivo escuchando la opinión de las regiones y las propuestas de una Comisión especial. Aunque, en la práctica, las ayudas para las estructuras dispensadas por la vía bilateral han sido y siguen siendo mucho mayores que el fondo multilateral, éste ha beneficiado a áreas geográficas clave en el momento oportuno y, sobre todo, ha sido un signo tangible de la solidaridad de la Confederación en su conjunto.

— En este sistema de relacionamiento interno, compuesto a menudo de adhesiones flexibles y provisionarias según la motivación de las circunstancias, un componente esencial es el flujo de la información entre la Organización Miembro y la Confederación, y viceversa. La cantidad, la calidad, la oportunidad y la interpretación de esta información constituyen el problema clave de la vida internacional y también del trabajo de Caritas Internationalis. Este flujo, en su doble dirección, ha mejorado considerablemente en los últimos diez años, pero está muy lejos de responder a las reales necesidades actuales tanto del nivel nacional como del nivel internacional. Y es así como, en la realidad, los vacíos que se presentan en este campo producen un malestar difuso que mina las relaciones internas dentro de la Confederación. Este es, tal vez, el problema fundamental que tendrá que ser superado en el próximo período con gran prioridad.

e) *Las finanzas.*

Digamos, en fin, algunas palabras sobre el gran condicionante de las finanzas, para completar este análisis esquemático de la vida interna de la Confederación.

— Los costos.

Recién fundada la pequeña Confederación, se dio, en 1951, su primer presupuesto de gastos por un total de 12.000 dólares. Ya hemos hecho notar que en toda esa primera fase no había más que un reducidísimo equipo en Roma (que no tenía siquiera seguros sociales...) y que los gastos mayores estaban constituidos por viajes de extensión de Cáritas en el mundo. Quince años después, en 1965, los gastos habían llegado a 44.000 dólares, en momentos en que la Confederación contaba con 48 Organizaciones Miembros, o sea, que, en la práctica, el sistema de gastos se mantenía substancialmente idéntico, con un aumento limitado de miembros en el equipo del Secretariado. Es a partir de 1966, en que los frutos de la siembra anterior comienzan a aparecer con una sucesiva multiplicación de Organizaciones Miembros (85 en 1969), la creación de nuevos servicios y la subvención de pasajes a los delegados del Tercer Mundo, cuando los gastos comienzan a crecer en ritmo acelerado: 80.000 dólares en 1967, 120.000 en 1968, 216.000 en 1971; también la intervención directa del Secretariado en la gran emergencia de Biafra contribuyó a este aumento significativo en ese período.

La crisis interna de los años 1970/1972 y la sucesiva crisis mundial que comenzó en 1974, impulsaron a la Asamblea General de 1975 a reducir los gastos; de cerca de 400.000 dólares, ellos bajaron, en 1976, a 280.000; desde entonces, revisado a fondo el sistema financiero, los gastos fueron creciendo regular y moderadamente hasta 1980 (427.000 dólares), en que una nueva crisis monetaria general obligó a dar nuevos saltos, llegando, en este año de 1983, a 635.000 dólares.

Estos gastos comprenden, a más del Secretariado y sus servicios, todas las sesiones estatutarias y de los organismos auxiliares, y la previsión de los costos de la Asamblea General. Ellos son, en sí, elevados, pero corresponden básicamente, y

aún en forma limitada, a las exigencias de una gran Confederación internacional.

— Los recursos.

En la financiación de los gastos mencionados, pueden distinguirse tres etapas.

— De 1950 a 1965, C.I. se mantiene al nivel normal de todas las OIC, reprimidas en la más estrecha pobreza, y es sostenida por algunos donativos de algunas Organizaciones Miembros y por pequeños recursos de fuente privada que el Secretario General se empeña en buscar entre sus relaciones.

— De 1966 a 1972, interviene a favor de C.I. el apoyo masivo del llamado Fondo Papal. Este Fondo provenía de una gran colecta de emergencia para la India realizada por la Santa Sede; cubierta aquella emergencia en lo esencial, la Santa Sede autorizó a C.I. a utilizar ese Fondo para el apoyo de su administración, para la creación de nuevas Cáritas nacionales, para la financiación directa de algunos proyectos de desarrollo, para la creación del Fondo de Ayuda Mutua. Esta inyección financiera permitió una gran expansión y está en la base del crecimiento de los gastos que se manifiesta en este período; tuvo, sin embargo, al mismo tiempo, una consecuencia interna negativa: disponiendo C.I. de estos recursos, las Organizaciones Miembros dejaron de preocuparse por el sostenimiento de la Confederación, hasta el punto de que, cuando se agotó el Fondo Papal, a finales de 1972, el aporte de ellas sólo cubría el 23 por 100 de los costos de los servicios internacionales.

— De 1973 a 1983, Cáritas Internationalis se encaminó hacia una estabilización, buscando, junto a una racionalización de los gastos, un empeño directo y preciso de todas las Organizaciones Miembros, de sostener regularmente la Confederación

que ellas habían creado. Este esfuerzo dio un resultado positivo, gracias al impulso inicial de monseñor Vath, Presidente de 1972 a 1974, y a la competencia, sagacidad y vigilancia del Tesorero, Sr. Cirujano, y la ayuda de su Comisión de Finanzas. El aporte regular de las Organizaciones Miembros pasó de un 23 por 100 a un 85 por 100 de los costos de los servicios centrales. En este momento la Confederación se sostiene prácticamente con el apoyo exclusivo de sus miembros.

— Algunas consideraciones.

A pesar de este recorrido creciente y positivo, la situación financiera tiene, sin embargo, sus problemas.

En primer lugar, la repartición actual del peso de la financiación hace que 14 Organizaciones Miembros aporten el 85 por 100 de los recursos, y que las 88 Organizaciones Miembros restantes aporten el 14 por 100. Teniendo en cuenta la actual situación mundial, esta proporción entra dentro de una cierta lógica, pero ella tiene sus consecuencias: es, en efecto, una situación frágil y condicionante, sujeta a sorpresas repentinas y peligrosas. En la práctica, muchas Organizaciones Miembros del Tercer Mundo están en condiciones de contribuir más y de restablecer un necesario equilibrio.

En segundo lugar, aunque los gastos han crecido racional y proporcionadamente, ellos difícilmente podrán continuar creciendo de acuerdo con las verdaderas necesidades si la actual situación mundial de incertidumbre y de recesión económicas se acentúa. Ello pone en un dilema la continuidad y el perfeccionamiento de los servicios de la Confederación, y requerirá, posiblemente, nuevas alternativas.

CARITAS INTERNATIONALIS EN LA IGLESIA

Organización de Iglesia, C.I. ha sido creada en una perspectiva eclesial que le da toda su razón de ser; pero ella ha tenido que buscarse también un lugar en la Iglesia, el cual, como lo enseñan sus treinta años de historia, no es sólo el indicado por algunos textos jurídicos sino sobre todo el resultado de perspectivas movibles dentro de la comunidad cristiana (también en ella existe un juego de fuerzas...). Conviene analizar algunos elementos que han intervenido para esta sucesiva ubicación eclesial de C.I., porque los interrogantes que numerosas Organizaciones Miembros se plantean a este respecto demuestran que esa ubicación no está aún clara, siendo, sin embargo, fundamental para la programación futura de Caritas Internationalis.

1. Etapas recorridas

Se pueden distinguir por lo menos tres etapas en el proceso de la ubicación eclesial de Caritas Internationalis.

a) 1950/1967.

Ya hemos hecho notar cómo el interés y el apoyo directo de la Santa Sede fueron determinantes para la creación de Caritas Internationalis. Pues bien, ese favor explícito y constante de la Santa Sede caracterizó todo este primer período, con importantes consecuencias para su imagen ante los obispos del mundo. Pablo VI repetidamente se refirió en público a "nuestra Caritas Internationalis"; en varias ocasiones delegó en C.I. la solidaridad de la Santa Sede en situaciones de emergencia; la concesión del Fondo Papal, al cual

nos hemos referido, marcó un momento de preferencia y de confianza, de gran valor; y, en fin, la entrega de un ejemplar autógrafo de la "Populorum Progressio" al Presidente de C.I., que también ya hemos mencionado, fue para la Confederación un mensaje y una indicación de primera importancia, teniendo en cuenta el contexto de esos años.

En 1966/67 se concretaba, en efecto, la creación de CIDSE, con el favor de algunas Conferencias Episcopales europeas (Misereor había sido ya creada en 1958), con el propósito —en parte paradójico— de organizar como acción especializada la actividad en favor del desarrollo socio-económico ("asunto de laicos y no de la Jerarquía", decía la CIDSE) frente al conjunto de la acción social de la Iglesia, pero siempre en nombre de la Iglesia. Caritas Internationalis luchó mucho en ese momento para evitar esta dicotomía en el nivel internacional católico, pero la posición "anti-Cáritas", que ya hemos señalado, y que dominaba ciertos ambientes eclesiales europeos, particularmente alemanes, pudieron más que las conveniencias de una concertación y que las propias líneas de programación de la Santa Sede.

Otros hechos singulares intervinieron en este período, que obligaron a C.I. a repensar de muchas maneras su situación y su acción eclesiales. En primer lugar, el Concilio Vaticano II (1962/1965), con todo el replanteo capital que la "Gaudium et Spes" hace para una verdadera pastoral social. Luego, la constitución apostólica "Poenitemini" (1966) sobre la reordenación de la penitencia a la luz del Concilio, y que puede considerarse como la verdadera carta de las Campañas de Cuaresma. Y, en fin, la creación de la Comisión Pontificia Justicia y Paz (1967), llamada, entre otras competencias, a reflexionar sobre la pastoral de la promoción humana, y en la cual el Presidente de C.I. participaba personal y regularmente durante los primeros años.

b) 1967/1970.

La complejidad que de esta manera se había creado en el campo de la promoción humana de la Iglesia en los años siguientes al Concilio, impulsó a la Santa Sede a pronunciar definiciones y a delimitar campos de competencia. La carta del cardenal Cicognani, Secretario de Estado, del 28 de junio de 1967, se refiere, en este sentido, a la Comisión Justicia y Paz, llamándola un equipo de estudio; a la CIDSE, como a un grupo de trabajo (es decir, una sede de consulta entre algunas instituciones, sin poder de representación); y a la Caritas Internationalis, como el ente oficial representativo de todas las actividades de promoción humana de la Iglesia, a través del cual deben pasar todos los organismos católicos en este sector cuando se trata de iniciativas en el nivel internacional e interconfesional.

En esta carta, por consiguiente, la Santa Sede concede a Caritas Internationalis un mandato específico para coordinar, a nivel universal, el trabajo social de la Iglesia. Ya hemos hecho notar que este mandato estaba dentro de la lógica del pensamiento de la Santa Sede expresado durante las jornadas constitutivas de C.I. en 1950 y 1951 —tanto más que las Organizaciones nacionales miembros debían ser, por definición, órganos oficiales de coordinación en las Iglesias de sus respectivos países—. Pero no siendo C.I. un organismo de la Curia Vaticana, y estando, como toda OIC, estructurada sobre base democrática, tal mandato sólo podía ejercerse a través de una afiliación voluntaria de organizaciones católicas de promoción humana, nacionales e internacionales, en su propio seno. Y esta es la posibilidad que C.I. abrió en sus Estatutos, con las modificaciones introducidas en la Asamblea de 1969.

Pero si esta posibilidad fue recibida favorablemente por algunas organizaciones nacionales que no respondían a la misión de Cáritas, como Catholic Relief Services y otras, fue netamente rechazada por las organizaciones internacionales y,

en particular, por CIDSE. Consideraron ellas que tal posibilidad implicaba una absorción y un monopolio dentro de la acción social de la Iglesia.

Curiosamente, mientras C.I. se preparaba a ejecutar el mandato recibido, la propia Santa Sede —realizando, tal vez, una evaluación de la nueva situación creada— dispuso, en septiembre de 1968, que la Comisión Pontificia Justicia y Paz organizara una “Mesa Redonda” de coordinación de organizaciones internacionales católicas activas en el campo de la promoción humana. Así, sin que su mandato hubiese sido revocado (la “Mesa Redonda” era, en realidad, un mecanismo de búsqueda), Caritas Internationalis se veía, de hecho, pasando de la condición de agente de coordinación a elemento coordinado.

Mientras esa “Mesa Redonda” se reunía, sin llegar a resultado alguno apreciable, a pesar de los esfuerzos y de la mediación de Justicia y Paz, y mientras se realizaba la gran reforma estatutaria de la Asamblea de 1969, C.I. entraba en aquel difícil período de crisis que hemos mencionado al analizar las etapas históricas de la Confederación, que comprometía gravemente su situación y su misión dentro de la Iglesia.

c) *1971/1983.*

En julio de 1971, delante de esta situación, la Santa Sede, procediendo por vía de autoridad, creaba un organismo en la Curia Vaticana para “la promoción y la coordinación” en el campo de las actividades de “progreso humano y cristiano”, que, con el nombre de Consejo Pontificio de Cor Unum, recibía el mandato de coordinación de la promoción humana a nivel universal de la Iglesia. Por ese mismo acto caían, de hecho, los mandatos anteriormente concedidos a C.I. y a Justicia y Paz. Mientras C.I. iba renaciendo paulatinamente de su crisis, luego de la Asamblea General de 1972, se encontró, por consiguiente, devuelta a su condición primera,

vale decir, la condición de una OIC llamada a animar y a coordinar sus propios miembros nacionales, sin otras pretensiones. A pesar de la comprensible reacción perpleja y negativa de la mayor parte de estos miembros nacionales, C.I. aceptó lealmente esta situación y aseguró a Cor Unum su plena cooperación —que, como tendremos todavía ocasión de decirlo, no fue fácil, sobre todo en momentos en que el nuevo Consejo Pontificio buscaba a oscuras su propio camino en medio de las grandes desconfianzas y de las acentuadas confusiones del mundo católico de la promoción humana—.

Pero, mientras, como los hechos lo han demostrado, resultaba, en la práctica, que C.I. constituía, a medida que retomaba su acelerado crecimiento, una OIC “sui generis”. En efecto, sujeta a la coordinación de Cor Unum, a su vez coordinaba, por vía de servicios, los órganos oficiales de coordinación de las Conferencias Episcopales nacionales en el campo de lo social. Ninguna OIC en la Iglesia ha llegado nunca a tener esta función de poner en diálogo y en cooperación a órganos oficiales de ejecución de una línea de la pastoral de conjunto. Esta resulta, al mismo tiempo, una situación ambigua, pero que da a C.I., por contraste, toda su originalidad y su valor particular dentro de la Iglesia.

En este período, C.I. fue reconfortada, dentro de la Iglesia, no sólo por los signos de amistad recibidos de tantas Conferencias Episcopales, sino también por algunos actos personales del magisterio de Pablo VI. Uno de ellos, de gran significación, es el conjunto de directivas dadas sucesivamente por él a la Cáritas Italiana, la benjamina de las Cáritas europeas, creada por su propia iniciativa: son una reiteración, en términos modernos, de aquella misión de 1950, en la que él mismo tuvo tanto que ver.

Otro acto de valor inestimable para la orientación de Cáritas fue la promulgación de la Encíclica “*Evangelii Nuntiandi*” (8 de diciembre de 1975), que recogía todos los

desafíos actuales de la pastoral social dentro de su relación con la evangelización. Este documento memorable, tan poco explotado en toda su profundidad hasta el presente, señala con gran lucidez y actualidad el contenido y el alcance pastoral de la acción de promoción humana de la Iglesia.

En fin, el Papa Juan Pablo II ha acompañado con detenido interés el progreso de Caritas Internationalis. En la Asamblea General de 1979 destacó el valor promocional y la misión coordinadora de las Cáritas diocesanas junto a cada obispo. En junio de 1979 visitó personalmente la sede del Secretariado General. Y sucesivamente acompañó la posición y la acción de Cáritas en las grandes emergencias de los últimos años. Renovó, en fin, por dos veces consecutivas, la personalidad jurídica civil vaticana de C.I., que es un instrumento administrativo de particular valor.

2. Cor Unum

Por todo lo que hemos señalado en los apuntes históricos que preceden, la suerte de C.I. ha estado estrechamente ligada al nacimiento y a la posterior actividad del Consejo Cor Unum. De allí que no sea inútil dar en este momento algunos datos sobre él, que, por otra parte, nosotros mismos hemos ofrecido, en oportunidad del décimo aniversario de su institución, a los responsables del Consejo.

a) *La estructura para el diálogo.*

Órgano de la Santa Sede, Cor Unum no ha establecido, para el cumplimiento de su misión, un sistema de afiliación y de federación, como el de C.I., sino un Consejo —representativo de áreas geográficas y de sectores de promoción humana, de organizaciones y de miembros del Pueblo de Dios—, que se reúne anualmente para “aconsejar” a la Secretaría de Estado y al Santo Padre, y una Secretaría ejecutiva. Algunos

grupos de trabajo y algunos grupos ad hoc han completado el esquema de base para emprender un diálogo.

— A pesar de la limitación de personal y de recursos, esta estructura ha realizado un gran esfuerzo para organizar un diálogo sistemático entre los responsables de la promoción humana y para intentar dar a éstos un mayor espíritu de unidad y de Iglesia. En este propósito han sido particularmente útiles los grupos ad hoc, para tratar un problema determinado, y las visitas directas a las Conferencias Episcopales.

— Pero, a pesar de haberse establecido un sistema orgánico de diálogo, en la práctica no se ha conseguido pasar de él a una verdadera coordinación. Esta realidad obedece a numerosas causas.

b) *La coordinación a nivel internacional.*

Esta coordinación fue afrontada en un intenso diálogo entre las Organizaciones interesadas, entre ellas C.I., tanto en el campo general como en los sectores especializados (emergencias, desarrollo, salud, etc.). Sin embargo, diversos factores conspiraron para neutralizarla.

— La reflexión sobre la coordinación se ha hecho pero no se han afrontado clara, directa y concretamente los obstáculos que existen en el campo católico internacional para realizar la coordinación.

— La coordinación ha sido planteada teniendo en cuenta las situaciones que presenta el Tercer Mundo; pero los mayores problemas de la coordinación no se generan en el Tercer Mundo, sino en el Primero, y, con relación a éste, nunca se desarrolló una acción sistemática.

— Un elemento determinante para la coordinación internacional lo constituyen las Congregaciones Religiosas; con ellas se ha dialogado a nivel de Roma, pero, en la práctica, nada se ha obtenido, guardando ellas siempre su propio estilo, disfuncional con relación al conjunto.

— Las grandes organizaciones internacionales, llamadas a la coordinación, han procurado defender por todos los medios su propia autonomía, dando a ésta más valor que a cualquier empeño de unidad; también C.I. siguió esta política en los primeros años de la existencia de Cor Unum, asustada por la incógnita que representaban los objetivos inmediatos del Consejo Pontificio, no suficientemente definidos; pero hay que decir que más tarde, cuando una comunicación más confiante y regular pudo establecerse con él, C.I. fue una de las organizaciones que más espontáneamente estaba dispuesta a plegarse a una coordinación si ella hubiese resultado posible.

— Cor Unum no emprendió nunca una evaluación a fondo de grandes operaciones concretas en que varias organizaciones internacionales hubiesen intervenido, tal vez por falta de recursos adecuados; pero este hecho conspiró contra una toma de conciencia de las condiciones precisas de una coordinación práctica en el terreno.

— En fin, Cor Unum afrontó el problema de la coordinación como si ésta fuese un fin en sí misma; cuando, en realidad, la coordinación no es más que un medio de una auténtica pastoral social y es sólo comprensible y actuable dentro de los objetivos de ésta.

c) *La pastoral social a nivel universal.*

El gran problema, en efecto, es la formulación y la substanciación, en el nivel universal, de una pastoral social

de la Iglesia, por parte de la Santa Sede, en conexión orgánica con las Conferencias Episcopales. Este es, así mismo, uno de los objetivos centrales de Cor Unum, como se desprende de la carta de institución.

Pero, de hecho, en el nivel de la Santa Sede, la materia de la pastoral social está fragmentada en sectores diversos, cada uno de los cuales constituye el objeto de organismos diferentes y paralelos, uno de los cuales es Cor Unum. En estas condiciones, las Conferencias Episcopales reciben orientaciones dispersas y con acentos diversos, en una dimensión pastoral que exige ante todo una visión global.

Cor Unum se ha visto, de esta manera, proyectado en un esquema determinado, explicable históricamente, pero dentro del cual su rendimiento es forzosamente limitado.

d) *La coordinación a nivel nacional.*

Cor Unum emprendió, desde el comienzo de su actividad, una intensa campaña junto a las Conferencias Episcopales del Tercer Mundo para la creación de los llamados "órganos nacionales de coordinación". En esta campaña, preparada a través de un largo diálogo a nivel internacional, Caritas Internationalis opuso objeciones de diverso tipo. En efecto:

— Ella no fue planteada a partir de un estudio de cómo las Conferencias Episcopales habían abordado en el pasado, y abordaban actualmente, el problema de la coordinación, sino a partir de un debate teórico sobre el concepto, para llegar luego a una fórmula de compromiso, forzosamente ambigua, entre posiciones opuestas manifestadas por las organizaciones internacionales dialogantes.

— La campaña se enderezaba al nivel nacional, cuando la oportunidad de la creación de un órgano nacional y la

garantía de su buena salud dependían, en realidad, de la existencia y de la buena marcha de órganos diocesanos de coordinación.

— Ella apuntaba, como contenido esencial, la armonización de la ayuda exterior, aspecto que, por complejo y espinoso, debería ser tratado normalmente al final de un período de asentamiento de una coordinación general de la pastoral social.

— Y, en fin, objeción fundamental de C.I.: Cor Unum, órgano de la Santa Sede, en momentos en que abordaba el problema de la coordinación nacional, desconocía la vocación original de las Cáritas nacionales, enderezada precisamente hacia la coordinación y la animación, según inspiración y apoyo explícito de años anteriores de la propia Santa Sede, e ignoraba, así mismo, la experiencia que tales Cáritas nacionales, aunque sea en forma parcial o limitada, habían estado y estaban llevando a cabo en ese orden de cosas.

e) *Algunas conclusiones.*

Es claro que la creación y el comienzo de la actividad de Cor Unum han sido vividas en forma traumática por C.I. El nuevo organismo había nacido, en cierta manera, en contraposición a C.I., y en los primeros años tendía a invadir imperativamente el lugar que C.I. ocupaba.

La experiencia y el diálogo llevaron, sin embargo, poco a poco, a una mejor comprensión mutua. Para C.I. fue innegable, con el tiempo, que era de gran valor contar en el seno de la Curia Vaticana con un organismo oficial que, aunque limitado, siguiese las vicisitudes del campo de la promoción humana, y que, en ciertos momentos delicados, interviniese ante algunas Conferencias Episcopales con la autoridad de la Santa Sede. Para Cor Unum ha sido posiblemente importante

poder contar en C.I. con una organización no sólo de gran extensión internacional y presente en todos los sectores de la promoción humana, sino sobre todo ligada, estrecha y lealmente, más que otras, a la Jerarquía. De esta manera, se fue estableciendo progresivamente una cooperación, que tuvo momentos de particular importancia, especialmente en algunas graves situaciones de emergencia.

Todo esto no quiere decir que las dificultades de relacionamiento hayan desaparecido completamente. De una parte, por las razones apuntadas y por otras de orden contingente, los objetivos inmediatos y el alcance de la acción de Cor Unum resultan aún de definición poco precisa; también el concepto práctico que Cor Unum se hace de Cáritas está lejos de corresponder a la misión que Cáritas cree que es la suya. De otra parte, la ambigüedad con que muchas Cáritas nacionales afrontan esa misión, y la pragmatividad sin principios pastorales con que otras intervienen en determinadas operaciones —elementos éstos que ya hemos destacado en otra parte de esta exposición—, conspiran contra la credibilidad y la representatividad de C.I. cuando ésta intenta dialogar con Cor Unum.

3. CIDSE

Ya hemos mencionado repetidamente el problema de las relaciones de C.I. con CIDSE. Se trata, sin duda, de la organización católica más vecina y más poderosa que, desde su nacimiento, en 1966, ha cuestionado la ubicación eclesial de Caritas Internationalis. Dificultades persistentes han cruzado estas relaciones; no es, entonces, superfluo mencionar los nudos principales en los cuales se estrangulaban esas relaciones en estos quince años.

a) *Los intentos de acuerdo.*

Entre 1966 y 1970 se escribieron numerosos proyectos de acuerdo entre C.I. y CIDSE en un desesperado intento de evitar una ruptura completa. Pero estos proyectos, en resumen, perseguían, con un sentido práctico exasperado, la partición de la promoción humana de la Iglesia: las emergencias y la asistencia para C.I., el desarrollo para CIDSE. El Comité Ejecutivo de C.I. nunca aceptó estas propuestas. Después, la crisis que atravesó C.I. y la decisión de CIDSE de abrir la afiliación al Tercer Mundo, concluyeron drásticamente esta etapa de negociación.

b) *La búsqueda de complementariedad.*

Inmediatamente después de nuestra Asamblea General de 1972, el diálogo volvió a comenzar con ánimo de explorar otros caminos aun no recorridos. No se trataba ya de repartirse el mundo: se trataba más bien de definir la especificidad respectiva en la acción social de la Iglesia y de buscar, sobre esta base, una complementariedad. Reuniones de Presidentes y Secretarios Generales, reuniones de los dos Burós, reuniones ampliadas con representantes de las diferentes regiones por ambos lados, se sucedieron entre 1972 y 1976, con este propósito. Tampoco esta etapa llegó a conclusiones que pudiesen ser aceptadas por ambas partes; pero el diálogo realizado en esos años sobre la Iglesia local, la dimensión pastoral del desarrollo y la coordinación fue, tal vez, el más útil y el más profundo para llegar a conocerse mutuamente y para llegar a aceptarse... sin pretender cambio alguno de la respectiva posición.

c) *La identidad de CIDSE.*

A finales de 1976, con motivo de una evaluación en profundidad, CIDSE, como grupo, entró en profunda crisis

de búsqueda de identidad. Esta etapa ha pasado por numerosos períodos y se ha prolongado hasta la víspera de esta nuestra Asamblea General. Ella ha llevado a CIDSE a decisiones heroicas, como ser: desistir de las afiliaciones en el Tercer Mundo y volver al esquema original de reagrupamiento de las Campañas de Cuaresma de los países industrializados; centrar la cooperación en un programa elástico de partenariatado; profundizar una eclesiología que dé base teológica a la acción por el desarrollo; y, últimamente, disminuir al mínimo la estructura para convertirse, más que en un centro, en un "programa".

En esta larga etapa, C.I. se mantuvo respetuosamente como un espectador, interesado ciertamente, pero a distancia. Sólo continuaron, esporádicamente, los contactos informativos y una participación atenta en respectivas reuniones, regionales internacionales.

d) *Algunas conclusiones.*

Este largo y estéril conflicto con CIDSE ha dejado huellas profundas en la dirección de Caritas Internationalis. En primer lugar, nosotros somos conscientes de que por causa de él hemos dado escándalo en la promoción humana de la Iglesia, en perjuicio, sobre todo, de las Iglesias locales. Somos también conscientes de no haber sido nosotros los que hemos intentado dividir a las Iglesias locales, sino que, por el contrario, tratando de defenderlas y, con ellas, a nuestras Organizaciones Miembros, hemos perdido, tal vez, la flexibilidad necesaria para concebir soluciones provisionarias y progresivas. Pero, ciertamente, es un gran escándalo que dos grandes organizaciones católicas como las nuestras no hayan conseguido, a pesar de sus principios de base, trabajar juntas.

Pero trabajar juntas, según la penosa experiencia de estos quince años, es también, desde otro punto de vista, una empresa de sentido ambiguo. CIDSE, en efecto, es un grupo sin

poder delegado de representación; los problemas de interferencia que hemos tenido sobre todo en diversas regiones del Tercer Mundo, no resultan, aparentemente, provocados por CIDSE, sino por algunos de sus miembros nacionales; éstos han aplicado su propia política particular de desarrollo y de expansión, que CIDSE, por su lado, no ha estado en condiciones de controlar ni de reorientar en función de una negociación internacional.

En estas condiciones, y teniendo en cuenta este conjunto de elementos, C.I. tendrá que discernir, en el futuro próximo, una nueva estrategia de relacionamiento en este campo.

4. CICM

Caritas Internationalis ha mantenido desde siempre un continuo diálogo con la Comisión Católica Internacional de Migraciones. Así lo requería el campo de acción que poseemos en común. Pero no siempre se ha podido definir con precisión la óptica específica en que ese campo de acción es abordado por cada una de nuestras organizaciones, y ello ha hecho que en más de una ocasión nuestras relaciones respectivas hayan atravesado momentos de perplejidad.

a) Mientras CICM se ocupó preponderantemente de la ubicación de refugiados de un continente a otro, era relativamente claro admitir que CICM se encargaba de las gestiones jurídicas, de los problemas del transporte internacional y de la ubicación, y que Cáritas se encargaba del trabajo social en el terreno y de la integración. Pero cuando CICM comenzó a ocuparse de migraciones intra-regionales y de movimientos de refugiados dentro de una misma región, de las masas de desplazados y de estructuras locales para atender estos problemas, la superposición con Cáritas comenzó a sentirse activamente. Cuando, seguidamente, CICM también comenzó a dirigir

programas directos de asistencia en los campos de refugiados, en países en donde C.I. tenía sus propias Organizaciones Miembros que podían y debían atender esos problemas, los interrogantes aumentaron.

b) Existe, además, una situación singular con relación a CICM: el 50 por 100 y más de las organizaciones afiliadas a ella son Organizaciones Miembros de C.I. Ello ha traído consecuencias por lo menos en tres órdenes de situaciones:

— Las finanzas. Todas las Organizaciones Miembros más poderosas de C.I. deben también mantener los servicios de Ginebra, a más de los de C.I. en Vaticano; es un compromiso, que en más de una ocasión particular ha provocado alguna desorientación.

— La regionalización. En algunas regiones, como Europa y América Latina, CICM ha establecido, con nuestras Organizaciones Miembros, un sistema regional paralelo al de Caritas Internationalis; y, como en el caso de América Latina, con una estructura equivalente: secretariado regional, reuniones continentales, reuniones por áreas, seminarios de formación, etc. Ello ha provocado, en diversas oportunidades, superposiciones lamentables y duplicaciones de gastos.

— Los proyectos. Ocurre en numerosas ocasiones que las Organizaciones Miembros de C.I. del Tercer Mundo envían proyectos a CICM, la cual los cursa a las Organizaciones Miembros de C.I. del Primer Mundo, las cuales, a su vez, interrogan sobre los mismos al Secretariado General de C.I. Realmente no se termina de saber, al final, quién es quién en el mundo católico y quién financia qué cosa y para qué.

c) Debemos rendir homenaje a CICM de haberse avenido siempre a tratar con C.I. estos y parecidos problemas. Cuando

CICM quiso realizar una penetración más a fondo en Africa, buscó un entendimiento explícito y previo con C.I. para evitar la duplicación de estructuras y de iniciativas. Las consultas recíprocas y el intercambio de información han crecido considerablemente entre nuestras dos Organizaciones en los últimos años, con evidente beneficio para ambas partes.

Pero es claro que aquellos problemas de fondo que hemos mencionado, y otros que giran alrededor de ellos, requieren en el futuro una solución para bien recíproco. CICM es una Organización especializada de gran competencia y seriedad, que merece nuestra mejor atención y con la que es necesario cooperar en los términos más eficaces.

5. Las Organizaciones Internacionales Católicas

Caritas Internationalis es una OIC y como tal ha tratado de convivir con la familia de las OIC, que suman aproximadamente 33.

a) *La AIC y la SVP.*

Dentro de esta familia de las OIC, Caritas Internationalis ha tenido relaciones privilegiadas con la Asociación Internacional de Caridades (AIC) y el Consejo Internacional de la Sociedad de San Vicente de Paúl (SVP), que responden a la inspiración vicentina y cuyo campo de acción ocupa un lugar de primera importancia en la pastoral social.

— Ambas Organizaciones han mantenido desde hace muchos años una verdadera asociación moral con C.I. en el plano internacional, sin que por lo mismo se hayan establecido lazos jurídicos. Pero regularmente han participado en las reuniones estatutarias de C.I., en algunas sesiones de comisiones y en algunos congresos regionales. Las consultas recíprocas, sobre la situación de áreas geográficas determinadas

o sobre algunas emergencias graves, han sido, en un momento dado, de mucha importancia, aunque han carecido luego de continuidad.

— En el nivel nacional existen numerosos contactos, de tipo muy diverso según el país, entre la Organización Miembro de C.I. y las filiales de esas Organizaciones. Pero —digámoslo con franqueza— la mayor parte de las Organizaciones Miembros ha tratado, en la práctica, a los voluntarios y a las voluntarias de inspiración vicentina, con un cierto complejo de superioridad, considerando tal vez de poca penetración ese trabajo “del tú al tú” que desarrollan con preferencia en la base. Es cierto que, en no pocos países, estos grupos han tenido dificultad en adaptarse a una pastoral social del conjunto de la comunidad cristiana; pero es igualmente cierto que también en otros muchos países han realizado un gran esfuerzo de renovación y de revisión.

Es también verdad, en fin, que en el nivel regional de C.I. se han hecho pocos esfuerzos para llegar a entendimientos serios con AIC y SVP, a pesar de las insistencias y de las sugerencias del Secretariado General.

— Es llegado, entonces, el momento de que el buen entendimiento que nuestras Organizaciones procuran tener en el nivel internacional, repercuta en iniciativas concretas de cooperación recíproca en los niveles regional y nacional, y aun más hacia la base, si resulta posible. Es el propósito que desea afrontar uno de los grupos de trabajo previstos en esta Asamblea.

b) *La Conferencia de las OIC.*

En la Conferencia que agrupa a todas las OIC, Caritas Internationalis ha procurado tener, durante muchos años, una presencia activa, buscando formas de cooperación con las Organizaciones hermanas.

— Particularmente en los años 60 y al comienzo de los años 70, esa cooperación fue intensa en el campo de la presencia internacional a través de los llamados Centros de Información de las OIC establecidos en las principales sedes internacionales. De hecho, estos Centros fueron siempre los servicios más competentes y más útiles de la Conferencia, y hasta el presente ofrecen una posibilidad de consulta y de coordinación que tiene particular valor.

— Menos suerte ha tenido C.I. por lo que se refiere a los grupos de trabajo organizados por la Conferencia. Siendo muy pocas las OIC de acción social —casi todas son estrictamente de apostolado seglar—, pocas también han sido las oportunidades de asuntos concretos que estimularon la competencia de Caritas Internationalis.

— Es claro también que la crisis de las organizaciones de apostolado seglar, después del Concilio, y la creación del Consejo Pontificio para los Laicos, afectaron la capacidad de convocatoria y de propuestas de objetivos de parte de la Conferencia. Una renovación de fondo se impone en ésta, en que la C.I. debe contribuir con su propia experiencia, pero cuya orientación está lejos de parecer clara.

6

LA CONFEDERACION Y LA VIDA INTERNACIONAL

Concluimos este análisis con algunas apreciaciones sobre nuestra presencia internacional. No por ser el último, este capítulo es el menos importante. Por el contrario; Caritas Internationalis ha sido creada para asegurar la actividad inter-

nacional de sus Organizaciones nacionales miembros, dentro de la cual una presencia organizada en el medio internacional oficial es un objetivo capital. Por consiguiente, esta actividad específica toca la propia razón de ser de C.I., tanto en su condición de Organización No-Gubernamental (“la cuestión social se ha vuelto hoy internacional”) como en su condición de OIC (“la vida internacional es hoy un lugar de evangelización”).

1. Líneas centrales

Ya hemos señalado en otra parte de esta exposición que la actividad propiamente internacional de la Confederación ha pasado por dos etapas principales, distinguibles sobre todo por el acento que ha sido puesto en uno u otro aspecto.

a) *Hasta 1970.*

Los primeros veinte años han sido especialmente dedicados a prestar una atención particular a las estructuras del sistema internacional general. Es la época en que C.I. se empeña, como casi todas las otras OIC, en conseguir el estatuto consultivo ante las Naciones Unidas y sus diferentes Agencias especializadas. Caritas Internationalis lo obtiene ante la central de Naciones Unidas, ante el Consejo Económico y Social, la UNESCO, la FAO, el UNICEF, la OIT. Y luego, para corresponder debidamente a este estatuto consultivo y para acompañar de cerca la actividad de estas instancias, se crean las Delegaciones Permanentes: en Nueva York, Ginebra, París y Roma.

Esta presencia en las estructuras, aunque con menor intensidad y de otra manera, ha continuado siempre hasta el presente. En 1974 se obtiene el estatuto consultivo ante el Consejo de Europa, y se crea la Delegación Permanente en Estrasburgo para atenderlo. Por la misma época se enlazan

relaciones más estrechas, en el sector de refugiados, con la Organización de la Unidad Africana, particularmente atendida, en Addis Abeba, por nuestra Organización Miembro de Etiopía. En 1978, ante la descentralización de las actividades del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, se crea la Delegación Permanente en Viena. Ante la Comunidad Económica Europea, las Cáritas europeas establecen, en conexión con el Buró de C.I., un sistema coordinado de negociación de programas.

b) *Desde 1971.*

Aun sin abandonar la presencia específicamente estructural, como hemos visto, en esta segunda etapa el acento es puesto preferentemente en los problemas del ambiente internacional. Esto, de hecho, no hubiese sido posible si durante los veinte años anteriores C.I. no hubiese creado sus propias estructuras de presencia, si no hubiese acumulado a través de sus Delegaciones una rica y pluriforme experiencia, y si gracias a ellas no hubiese ocupado un lugar calificado entre las Organizaciones No-Gubernamentales.

La preocupación por los problemas del ambiente internacional ha tenido dos vertientes principales:

- Los grandes temas de la vida internacional.

Caritas Internationalis trató de elegir, a través de la decisión de sus órganos estatutarios, entre los asuntos que estaban en debate en el ambiente internacional, aquellos que, por una razón u otra, tocaban más de cerca la actividad y la competencia de las Organizaciones Miembros. En primer lugar, y por mucho tiempo, los temas incluidos en las Décadas por el Desarrollo fueron particularmente explorados. Posteriormente, y en forma sucesiva, fueron abordados otros: Población, Hábitat, Reforma Agraria y Desarrollo Rural, la Mujer, el

Voluntariado, los Países Menos Desarrollados, el Niño, los Minusválidos, los Ancianos.

- La reflexión con las Organizaciones No-Gubernamentales.

Caritas Internationalis fue integrándose, cada vez más activamente, en las coordinaciones establecidas por las ONG en cada centro internacional. Tales coordinaciones no fueron nunca eficaces al punto de suscitar posiciones comunes ante determinadas Organizaciones Intergubernamentales; pero fueron centros en donde se ventilaron las grandes preocupaciones internacionales y se expusieron, con motivo de los temas ventilados a nivel mundial, las ideas centrales de los diversos sistemas políticos y culturales. Estos foros han dado oportunidad a C.I. de exponer sus propias convicciones, en nombre de sus Organizaciones Miembros.

2. Los instrumentos utilizados

Es conocido el sistema seguido normalmente por C.I. para preparar las decisiones, tomarlas y ejecutarlas; sistema que también ha sido utilizado para la presencia en el medio internacional.

Conviene recordar, sin embargo, que en este campo, en la preparación de las decisiones, han trabajado, en particular, la Comisión de Relaciones Internacionales —que se reveló como un instrumento verdaderamente oportuno—, las Delegaciones Permanentes y el Secretariado General. Pero la base a partir de la cual toda esta actividad fue meditada, ha sido el conjunto de las Delegaciones.

a) *Los Delegados.*

Los que están ejerciendo sus funciones hasta esta Asamblea son: el Dr. Longarzo (Nueva York), monseñor Bouvier

(Ginebra), el Sr. Durel y la Sra. Morellet (París), el Sr. Calvani y la Sra. Cerbella (Roma), el Sr. Walter y el Dr. Kopf (Estrasburgo), el Sr. Krinzinger (Viena). No es posible dejar de mencionar en este momento a quienes en el pasado permitieron con su esfuerzo que estas Delegaciones ocupasen un lugar importante dentro y fuera de la Confederación: el Sr. Szmitkowski (Ginebra), el Sr. Gomart (París), los Padres Pasini y Tricarico (Roma).

b) *El trabajo de las Delegaciones.*

Un documento especial, que está a disposición de cada uno de los participantes de esta Asamblea, presenta las actividades realizadas por las Delegaciones Permanentes desde la anterior Asamblea General. No me detendré, en consecuencia, en explicar ese trabajo, pero, en cambio, señalaré algunos puntos que no se mencionan explícitamente en esos informes y que tienen importancia a los efectos de una evaluación.

— Las condiciones de trabajo de las Delegaciones son limitadas. Algunas, como la de Nueva York, no disponen de recurso alguno. Las otras están a cargo de la respectiva Organización Miembro de la sede internacional, pero, en este caso, sus responsables comparten la actividad de la Delegación con otras de su Organización nacional.

El problema de los recursos para las Delegaciones no ha encontrado hasta ahora una solución adecuada. Hasta 1972, algunas Delegaciones, como las de Nueva York y Ginebra, tenían sus gastos previstos en el presupuesto ordinario de Caritas Internationalis. A partir de entonces, ningún recurso ha sido previsto en esos presupuestos ordinarios, a causa de decisiones sucesivas de la Asamblea y del Comité Ejecutivo. Se ha creado, así, una situación que es contradictoria y penosa, que requiere una detenida reflexión.

— A pesar de estas circunstancias, las Delegaciones han realizado un enorme trabajo, paciente, perseverante y delicado. Han observado detenidamente la evolución de la política y de las tendencias de las Organizaciones Intergubernamentales, sometiendo a cuidadoso análisis la inmensa documentación que se acumula en estos aspectos; han intervenido en forma escrita y oral, previo acuerdo del Secretariado General, para manifestar la posición de C.I. en reuniones que la requirían; han llamado la atención sobre los aspectos programáticos que más podían interesar a las Organizaciones Miembros; han hecho presente el pensamiento de C.I. en los debates de las ONG.

Y, sin embargo, este trabajo meticuloso, serio y de largo respiro, ha sido generalmente ignorado y muy poco valorado por las Organizaciones Miembros. No por falta de información: los informes periódicos de los Delegados han sido siempre puntualmente enviados con la debida traducción. A las Organizaciones Miembros ha faltado, por un lado, una clave adecuada para interpretar esa información; ha faltado, por otro lado, un sentido de las perspectivas y del valor de la vida internacional.

El hecho es que, sin este trabajo de las Delegaciones, C.I. hubiera operado a ciegas en el medio internacional y no hubiera podido, sobre todo, hacer visibles la existencia y la capacidad de las Organizaciones Miembros.

c) *Los estudios y el sector operativo.*

El Secretariado General se fue reservando progresivamente, por razones prácticas, aunque manteniéndose en consulta con las Delegaciones, los aspectos propiamente de estudio de los temas internacionales y de coordinación de la información en el área de las operaciones.

En el campo de los estudios, una experiencia positiva, ya señalada, ha sido la de los grupos ad hoc con expertos de diversas Organizaciones; así se ha procedido en el campo de los

minusválidos, de los ancianos, de la mujer. Es una línea de trabajo que, por sus buenos resultados, convendrá, posiblemente, organizar en forma más permanente en el futuro.

En el área de las operaciones, a más de los contactos directos y de las consultas periódicas con las Organizaciones que en ellas intervienen, se ha participado en el Grupo Licross/Volags (Cruz Roja, Oxfam, CRS, Consejo Mundial de Iglesias, Federación Luterana Mundial), para el intercambio y la profundización de todos los aspectos de una política en los socorros de emergencia.

3. Los resultados

Los resultados de nuestra presencia en la vida internacional son discutibles y relativos; y, en todo caso, a propósito de ellos, es necesario hacer oportunas distinciones.

a) Son limitados, si se piensa en el beneficio inmediato que las Organizaciones Miembros hayan podido retirar; sólo que, a este respecto, hay que recordar que una OIC como la nuestra no está presente en el medio internacional sólo para retirar de él algún provecho rentable, sino sobre todo para dar algo de su patrimonio eclesial en beneficio de toda la comunidad humana.

b) Son aceptables en aquellos casos en que el mundo intergubernamental, reconociendo el valor específico de las ONG, o teniendo interés en valerse del concurso de ellas, les ha abierto alguna puerta de colaboración como, por ejemplo, algunos programas CEE, algunos programas PAM, algunos proyectos de alfabetización, el estudio del futuro de algunos servicios sociales que pesan excesivamente en los presupuestos gubernamentales.

c) Son ilusorios en cuanto a las posibilidades reales de influencia para transformar o mejorar las instancias internacionales; éstas son propiedad de los gobiernos, que no entienden compartir, ni siquiera los más democráticos, las condiciones de una política de cambio.

d) Son, al mismo tiempo, globalmente importantes, porque esta actividad ha permitido proyectar una imagen de Cáritas como organización internacional presente en todas las áreas geográficas y en muchos sectores clave y sensibles de la promoción humana.

Ahora, hay que admitir con extrema franqueza que, a pesar de los esfuerzos hechos, esta presencia en la vida internacional, en su conjunto, ha sido llevada por C.I. en forma inorgánica, discontinua y a un nivel secundario, de tono bajo. Las grandes potencialidades que la Confederación posee, están lejos de haber sido explotadas en serio y a fondo en la rica y compleja trama del medio internacional —medio éste que, si por un lado, carece de adecuadas estructuras de participación, ofrece, por otro lado, posibilidades impensadas para una iniciativa sistemática—.

4. Causas de estos resultados

Este estado de cosas obedece a causas de diverso orden, de las que hay que dejar constancia para los propósitos de una programación futura.

a) *Imputables al medio internacional.*

Los condicionamientos del propio medio han sido, en primer lugar, poderosos.

— Ya hemos dicho que la organización del medio depende de la voluntad de los gobiernos. Estos han reservado siempre un espacio limitado a las ONG, las cuales, sí, son consultadas en ciertos momentos, pero cuyas opiniones nunca han sido tenidas seriamente en cuenta, a pesar de representar moralmente el sentimiento de una base popular.

— Una politización extrema de todas las relaciones en el medio internacional ha neutralizado, así mismo, el aporte específico de las ONG. Más aún: los gobiernos han hecho grandes esfuerzos para instrumentalizar las ONG, promoviendo, inclusive, la creación de cantidad de ellas para apoyar la respectiva ideología que profesan.

— Ya hemos señalado al comienzo de esta exposición cómo el número de países que realmente poseen un verdadero régimen democrático es mínimo. Esto ha traído como consecuencia práctica una gran dificultad de cooperación con los gobiernos de la mayor parte de los países cuando se afrontan problemas fundamentales de la promoción humana —y esa cooperación es forzosamente obligada cuando se trata de programas que se originan en las instancias internacionales oficiales—.

— La propia crisis del sistema de cooperación entre las OIC ha disminuido, así mismo, la capacidad de cada una de ellas para afrontar los problemas del medio internacional y para intentar una influencia más coordinada y más a fondo.

b) *Imputables a las Organizaciones Miembros.*

También las Organizaciones Miembros de C.I. han tenido, en estos resultados ambiguos de la presencia internacional, sus propias responsabilidades.

— Es claro que buena parte de nuestros dirigentes nacionales tienen una muy limitada formación para tratar asuntos internacionales. Ello, por un lado, es normal, ya que la función cotidiana que ejercen se lleva en otro nivel. Pero en el mundo de hoy no es posible tratar problema alguno de la promoción humana sin una perspectiva internacional; y esta visión supranacional debe ser adquirida con medios adecuados, que no se ponen en práctica.

— Las Organizaciones Miembros del Primer Mundo, dominadas por el espíritu pragmático que es característico del propio esquema cultural, evidencian una marcada indiferencia hacia los grandes problemas de fondo de la vida internacional; ellas se preocupan por la vida internacional sólo en la medida en que puede ofrecer ventajas para determinados programas asistenciales.

— Las Organizaciones Miembros del Tercer Mundo, que, por el contexto en que viven, pueden ser más sensibles a aquellos problemas de fondo, generalmente no alcanzan tampoco a seguirlos a causa de las condiciones muy limitadas que poseen para aprovechar la enorme y especializada información internacional que podría introducirles en ellos; pero, al mismo tiempo, son pocas las que han pensado en cómo ir corrigiendo esta situación.

— En general, en el conjunto de las Organizaciones Miembros, existe un recelo de penetrar en sectores conflictivos de la vida internacional, en los que se juegan, sin embargo, importantes valores cristianos, por temor —una vez más— a comprometer la acción asistencial. Esta reserva no es, por cierto, despreciable, sobre todo en algunas situaciones altamente delicadas; pero cuando se piensa, por ejemplo, que prácticamente casi todos los esfuerzos emprendidos desde los órganos centrales de la Confederación en el campo de los

derechos humanos han encontrado una actitud pasiva de silencio o de indiferencia en las Organizaciones Miembros, uno puede preguntarse, con ansiedad, qué tipo de solidaridad internacional y eclesial nos domina.

— También los sistemas regionales en los diferentes continentes han demostrado una gran cortedad y una inexplicable limitación para organizar una presencia seria en las respectivas instancias intergubernamentales regionales, aun en el caso en que los canales para realizarla se hubiesen abierto. Es cierto que nuestros sistemas regionales, relativamente nuevos todavía, han preferido ocuparse con mayor intensidad en un consolidamiento interno; pero es igualmente verdad que entre las Organizaciones Miembros falta aún ese sentido político de la promoción humana que debería impulsarlas a colaborar en la construcción de las unidades regionales, que hoy aparecen tan evidentemente, en el nivel civil, como una etapa urgente y necesaria de la reestructuración mundial.

c) *Imputables a Caritas Internationalis.*

Hay que discernir igualmente responsabilidades en el nivel de los órganos centrales de la Confederación, cuando se trata de saber por qué nuestra presencia internacional no ha llegado a tener los alcances deseados.

— Por de pronto, es un hecho evidente que, en el curso del último decenio, ha existido una preocupación principal y dominante por tratar de superar la crisis institucional desencadenada a comienzos de los años 70 y por consolidar y estructurar mejor el gran crecimiento de la Confederación. Las mejores energías han sido empleadas para “arreglar la casa por dentro”, mientras “lo de fuera” pasaba a ser, por el momento, un apéndice secundario. Sólo que ese “momento” ha durado excesivamente y, tal vez, no se ha tenido el rea-

lismo suficiente para ver que, para la propia recuperación interior, era precisamente necesario comprometerse más a fondo con las vicisitudes del mundo que nos condicionaba.

— Las limitaciones financieras que sobrevinieron en momentos de gran presión interna se hicieron pesar en este sector. Como lo hemos explicado más atrás, los pocos recursos que se destinaban a la presencia internacional fueron progresivamente retirados y, forzosamente, los instrumentos con que se contaban quedaron reducidos a proporciones excesivamente modestas para la amplitud de los compromisos internacionales. Desde entonces, los esfuerzos emprendidos con ahinco por Delegaciones y Secretariado General sirvieron al menos para mantener las posiciones ganadas, pero no para nuevas progresiones decisivas.

— En el nivel de los órganos estatutarios hubo una falta de acuerdo explícito para definir una política y sus prioridades en este campo. Ya hemos mencionado más atrás que una de las tensiones internas de la Confederación residía precisamente en el lugar a dar a la presencia internacional. En el juego de estas tensiones, prevalecieron las posiciones que juzgaban esta actividad como “menos rentable”... Más tarde, a partir de la Asamblea de 1979, la creación de la Comisión de Relaciones Internacionales dio un comienzo de razón a las posiciones contrarias.

— En el nivel del Secretariado General hubo, así mismo, dificultades específicas para organizar una corriente adecuada y continua de información y para explotarla más a fondo y más útilmente. Ya hemos señalado que éste es un punto capital: sin una información tejida cuidadosamente según opciones bien precisas, no hay presencia internacional que pueda llevarse adelante con provecho en una Confederación como la nuestra.

APRECIACIONES FINALES

Llegando al final de esta llamada “introducción para una evaluación”, creo que no puedo librarme de la responsabilidad de ofrecer algunas conclusiones de conjunto, pero siempre en plan de suscitar una reflexión. Mis conclusiones estrictamente personales irían, sin duda, más lejos, pero pienso que lo que aquí interesa es más que nada la evaluación de las Organizaciones Miembros, a la cual nada puede substituirse válidamente.

1. Elementos positivos y negativos de la situación global de Caritas Internationalis

De todo lo dicho en esta larga exposición, me parece que cabe afirmar los siguientes extremos:

- a) *Caritas Internationalis es hoy un gran centro internacional, que ha crecido en forma sostenida, a pesar de sus recursos limitados.*

— Este crecimiento no ha sido espontáneo; ha requerido el esfuerzo y el sacrificio de mucha gente, con un trabajo difícil y perseverante, realista y de gran visión de los momentos de la historia. A menudo tendemos a olvidar esta verdad, al mismo tiempo sencilla y grande, y a la gente que ha sufrido para permitirnos a nosotros estar aquí y luchar con una convicción adquirida. Nuestro Presidente ha citado, al comienzo de la Asamblea, los grandes nombres de nuestro pasado, que no repetiré aquí; pero mencionaré, una vez más, a mi predecesor en el Secretariado, monseñor Karl Bayer, que fue el constructor incansable de esta realidad que está entre

nuestras manos —y al equipo del Secretariado, el que fue suyo y el que fue mío, cuya capacidad múltiple y silenciosa eficacia han constituido la verdadera garantía de fidelidad—.

— En el futuro, este centro internacional no se sostendrá y tampoco progresará sin gran esfuerzo. Para ello será necesario que las Organizaciones Miembros le destinen no aquellos dirigentes que sobran en el nivel nacional, sino los más capaces y los más clarividentes. En el nivel internacional ninguna seguridad está definitivamente adquirida, por el contrario; y en este nivel se juega hoy, el futuro de las mejores esperanzas de la humanidad.

b) *Caritas Internationalis es una de las OIC más grandes y representativas que tiene hoy la Iglesia Universal.*

— Esta realidad ha hecho y hace que en no pocos ambientes suscite, a más de un cierto respeto, también miedo y sospecha, por un exceso de poder que se le atribuye y por supuestas pretensiones de dominación y de monopolio.

— Pero la verdad es que su gran volumen y su gran extensión encubren una fragilidad y una vulnerabilidad indudables, provenientes de la delicada cohesión moral que la mantiene en pie, y que, al mismo tiempo, mientras subsista, es su gran valor.

— En todo caso, es un hecho que se trata de un instrumento de particular importancia, un “juguete peligroso”..., que sólo usado con inteligencia y mucha generosidad puede producir los buenos frutos eclesiales para los cuales fue creado.

- c) *Caritas Internationalis* está sometida a la presión de grandes tensiones internas que, bien dirigidas, pueden todavía hacerle crecer, pero que, no afrontadas o mal orientadas, pueden disminuirla gravemente.

— La tensión más seria está en la búsqueda de una orientación que sea común a todas las Organizaciones Miembros, y que sea, al mismo tiempo, explícita, clara y moderna para cumplir una misión de Iglesia, hoy.

— Otra tensión fundamental es la búsqueda de un sistema de colaboración orgánica y leal entre sus Organizaciones Miembros, especialmente entre las más pobres y las más poderosas.

— Otra tensión importante, en fin, es la provocada por el crecimiento de la Confederación, que exige un ajuste más funcional, de modo que todas las Organizaciones Miembros participen más a fondo en objetivos comunes.

- d) *Caritas Internationalis* está también sujeta a presiones externas provenientes de dentro y de fuera de la Iglesia, para definirse en un sentido o en otro.

— Hay quienes desearían que C.I. eliminase definitivamente, o al menos transformase, en forma significativa, la llamada vocación original de Cáritas dentro del contenido substancial de su animación.

— Hay quienes, en cambio, en el otro extremo, pero con las mismas consecuencias, quisieran que C.I. extendiese su acción a una multitud de sectores pulverizados de la acción social.

— Dentro de C.I. hay complicidades disponibles para unas u otras presiones; si éstas llegan a imponerse, la Confederación habrá perdido definitivamente su oportunidad histórica.

e) *Caritas Internationalis ha usado hasta ahora en forma insuficiente el gran potencial de que dispone.*

— Para ayudar a organizar una pastoral social a la altura de los desafíos actuales que debe afrontar la Iglesia, superando modos de presencia puramente tradicionales, inconexos y no suficientemente evaluados, como los que aún perduran en tantas de nuestras actividades.

— Para contribuir a afrontar los grandes problemas internacionales de la comunidad humana, en un modo más consciente, más seguido, más competente, sintiéndose co-responsable de una situación mundial que se deteriora gravemente.

2. Opciones urgentes y necesarias

Ante estos desafíos, creo que no podemos dejar de ponernos ante algunas opciones mayores:

a) *Caritas Internationalis necesita una teología más segura y más clara.*

Que ayude a suscitar una espiritualidad de compromiso, de toda la comunidad cristiana y particularmente de los laicos. Compromiso más clarividente, más audaz y con mayor sentido de Iglesia. Yendo más allá de la filosofía barata de una simple “agencia de ayuda”.

- b) *Caritas Internationalis debe saber optar en favor de la construcción de una pastoral social verdadera y global.*

Y no agotarse en una aspiración vaga y ambigua de “ayudar a los pobres”, sin amplitud de miras y sin discernimiento de los signos de los tiempos, que son los que van indicando el dinamismo actual que tiene la ascensión de los pobres en la historia.

- c) *Caritas Internationalis debe proponerse conscientemente ayudar a realizar una coordinación de la pastoral social a nivel universal.*

Que sea seria y viable, y ello con urgencia.

Porque aunque C.I. no es la responsable de tal coordinación, si ésta no se va logrando, todos, en la Iglesia, corremos hoy el riesgo de neutralizar los mejores esfuerzos. Y Caritas Internationalis y sus miembros nacionales se encuentran en las condiciones más ventajosas para favorecer lealmente un buen resultado en este campo.

- d) *Las Organizaciones Miembros deben evolucionar seriamente.*

Esto presupone un espíritu abierto al cambio, más allá de ciertas seguridades locales tradicionales, que, especialmente en el Primer Mundo, frenan la asunción de responsabilidades nuevas.

Evolucionar, para numerosas Organizaciones Miembros, significa realizar cambios radicales de fondo y no de simples detalles de funcionamiento o de estrategias menores.

La evolución de C.I. depende de la evolución de sus Organizaciones Miembros. Son éstas la verdadera substancia de C.I., su única razón de ser —en ella, todo, en definitiva, depende de la buena salud eclesial de sus Organizaciones Miembros—.

La acción
caritativo-social
en el mundo

LA SOLIDARIDAD FRATERNAL EN AFRICA

1. La orientación pastoral de la caridad

La caridad tiene la edad de la Iglesia. Se ha manifestado desde su implantación en los países del continente. Los misioneros la han practicado desde el principio, aportándola a menudo en respuesta inmediata y pragmática a la manera de San Martín o de San Vicente de Paúl.

Pero es sobre todo la toma de conciencia de los grandes problemas del país y el convencimiento de los cristianos de que la Iglesia debe comprometerse de una manera más concreta en un verdadero trabajo de promoción humana, lo que hizo evolucionar esta primera concepción de la caridad, sobre todo en el momento de la independencia de estas jóvenes naciones.

La mayor parte de las Cáritas de Africa han nacido en los años 60 y 70. He aquí cómo presentaban ellas sus objetivos ya en esta época:

a) *Promover el espíritu de ayuda*, velando para que esta ayuda esté siempre inspirada por la caridad, que es la esencia misma de la religión de Cristo.

b) *Animar y sensibilizar* a los católicos en relación con los problemas de la miseria y del desarrollo.

c) *Luchar directamente contra los efectos de la miseria* (hambre, enfermedad e ignorancia) *y atacar sobre todo sus causas*.

d) *Iluminar esta caridad*, no permitiéndola limitar sus horizontes a los problemas locales de la miseria y del subdesarrollo, sino orientándola hacia los problemas del mundo entero introduciendo así a los católicos en una verdadera economía de compartir, bien sea porque ellos mismos aporten a otras naciones la ayuda en la medida que sean capaces de dar, bien aceptando con toda sencillez la ayuda que otras naciones deben y quieren dar.

e) *Asegurar la coordinación* entre las obras y servicios de inspiración cristiana que persiguen, incluso a título subsidiario, un fin de ayuda material, social y moral.

(Extracto de los Estatutos de una Cáritas africana creada en 1970).

La organización de Cáritas en Africa es un servicio de la pastoral social de la Iglesia. Se inspira esencialmente en la caridad, virtud teologal. Este amor fraterno en Cristo se concretiza por el compartir. Cáritas quiere ser expresión e instrumento de la caridad cristiana presidida por el obispo y encargada por él de estimular la solidaridad entre los hombres para una mayor justicia social.

Los documentos pontificios, desde León XIII hasta Juan Pablo II, han contribuido a la evolución de Cáritas como

organismo permanente de promoción y de transformación para una sociedad más justa y más humana. Pero es sobre todo la encíclica de Pablo VI sobre el desarrollo de los pueblos, la que responderá todavía más a las expectativas de las Iglesias de los países en desarrollo y confirmará a Cáritas en su misión de evangelización al desarrollo.

Mientras tanto, las grandes urgencias del continente, especialmente los conflictos políticos, las sequías, el hambre, las inundaciones, los ciclones, las epidemias..., dan a Cáritas ocasión de solidarizarse con los sufrimientos humanos y de aportar una respuesta de Iglesia a los problemas de los hombres.

Solicitadas por los Gobiernos, las Conferencias Episcopales estimularon a sus Cáritas a comprometerse todavía más en las obras sociales y en el desarrollo de los países. Los obispos indicaron a Cáritas el marco en el que ésta deberá efectuar su acción de transformación en un espíritu de complementariedad y suplencia.

La caridad está vinculada a la justicia, y para promover la paz hace falta practicar la justicia. Ya en 1981, el simposio de las Conferencias Episcopales de Africa y de Madagascar (SCEAM), habiendo tomado conciencia de los grandes problemas políticos, económicos y sociales con los que se enfrentan las poblaciones del continente, piden a las Iglesias de Africa ocuparse de "sensibilizar la conciencia de sus miembros en una justicia social y económica verdaderamente humanas; nada es más importante que desarrollar las virtudes interiores de justicia, de bondad y de devoción al bien común, porque el progreso técnico no puede contribuir a la promoción de todos sin la justicia".

Por su parte, las Cáritas de los países francófonos de Africa, reunidas en el Senegal, para su cuarto seminario de estudio y evaluación, fijaron como tema de trabajo el de "La Cáritas Diocesana, diaconía de la pastoral del compartir, de la justicia y de la promoción humana", dando así una continuación positiva a las preocupaciones de sus obispos.

2. Los grandes problemas

Entre los grandes problemas del continente, se podrían citar: los conflictos políticos, la guerra, la discriminación racial, cultural y religiosa, la dictadura y la represión, las catástrofes naturales, la caída de los términos de cambio y la recesión...

Algunas consecuencias: la inseguridad, el éxodo (refugiados y personas desplazadas), el paro, la miseria, la pobreza, el hambre, las epidemias, el crecimiento de la deuda de los países pobres, la inflación, la ignorancia, etc.

Estas son las situaciones que alienan los derechos del hombre y que le rehúsan en estas circunstancias la posibilidad de desarrollarse, según la plenitud de su vocación, en una sociedad de la cual es miembro.

En la medida que Cáritas puede intervenir, aporta su respuesta de Iglesia a estos problemas, ayudando a las comunidades en la base a organizarse e invitando a sus miembros a tomar por sí mismos la carga de sus responsabilidades de hombre y de mujer.

Se cita la cifra de siete millones de refugiados en el continente africano. Numerosas Cáritas se han comprometido en programas de asistencia y rehabilitación en favor de las familias siniestradas. Desgraciadamente, la situación política, climática y económica en el continente continuará provocando el éxodo.

La intervención de Cáritas como organismo de Iglesia, es cada vez más solicitada, y a menudo por los Gobiernos incluso, en situaciones de urgencia, rehabilitación y desarrollo.

Las Cáritas, por su parte, se han encontrado a menudo con grandes problemas:

a) Una concepción de la caridad organizada, que encuentra dificultades para evolucionar. Ciertas personas, más que nada tradicionalistas, piensan que las Cáritas deberían

ocuparse de los socorros de urgencia y de la asistencia directa a los pobres y a los marginados.

Esta concepción viene de los países más avanzados de Europa, donde existe una dicotomía entre asistencia y desarrollo. De hecho, en los países de Africa, donde esta división ha sido propalada, ha habido a menudo conflicto entre las nuevas estructuras de desarrollo que han sido creadas por la demanda de las agencias de ayuda y Cáritas, organismo autónomo de la Iglesia local.

b) Estructuras inadecuadas en las Cáritas de países menos avanzados que querían comprometerse en el desarrollo integral.

c) La falta de renovación en los cuadros y la ausencia de jóvenes en las Cáritas.

d) La armonización de iniciativas y la concertación entre organismos de ayuda en el seno de la Iglesia local de los países menos avanzados y de los países más avanzados, e incluso a nivel de Iglesia universal, está todavía lejos de ser una realidad. A veces, se tiene incluso la impresión de que se ignoran.

e) En ciertos países de inspiración socialista marxizante, los Gobiernos desconfían de la Iglesia y no aceptan la colaboración de Cáritas en los programas de desarrollo nacional.

f) Las dificultades para las Cáritas de llegar a autofinanciar sus presupuestos de funcionamiento.

g) La falta de fondos para financiar:

— Los proyectos de desarrollo.

- La formación de cuadros.
- Los salarios del personal técnico y cualificado.

h) El financiamiento de las agencias de ayuda de la Iglesia universal queda a menudo condicionado, bien sea por la situación política de los países en desarrollo, bien sea por las relaciones que los representantes de esas agencias mantienen en esos mismos países.

i) Las Cáritas de Europa no tienen los suficientes fondos (¡o no los quieren emplear!) para responder a las necesidades de las Cáritas de los países en desarrollo, en las áreas de formación y desarrollo.

j) El cofinanciamiento de los proyectos por los organismos católicos de ayuda, queda en un deseo piadoso emitido durante el seminario de C.I. sobre la ayuda exterior en 1981. En efecto, en la realidad, las Cáritas y las Campañas de Cuaresma en Europa, muy difícilmente se ponen de acuerdo para cofinanciar los grandes proyectos que provienen de las Cáritas de los países menos avanzados.

3. Algunas experiencias

a) *La Cáritas Diocesana de Kigoma en Tanzania.*

La diócesis de Kigoma (42.532 km. ²), al borde del lago Tanganica, tiene una población de 272.500 habitantes. Cáritas Kigoma fue creada en 1975, y en 1980 se nombró un director (de profesión maestro) de Cáritas a tiempo pleno, asegurándose su salario por tres años, por una agencia de ayuda.

Los fines de la Cáritas son promover el amor y el compartir; organizarse, aconsejar y asistir a las comunidades locales en sus esfuerzos para mejorar sus condiciones de vida a través del "autodesarrollo".

Las estructuras de la Cáritas Diocesana son:

- Comité Diocesano de Desarrollo. Este comité se compone de 12 personas, entre ellas el obispo.

- Comité Parroquial de Desarrollo. Los comités parroquiales de desarrollo o de Cáritas (14) trabajan en conexión con las 87 pequeñas comunidades cristianas de base en toda la diócesis.

- Comité de Evaluación. Es un comité técnico para estudiar y evaluar proyectos y programas de asistencia y de desarrollo que provienen de las parroquias y de los grupos católicos en la diócesis.

La Cáritas Diocesana ha comenzado su trabajo por un censo y un inventario del efectivo de la Iglesia en la diócesis, en las áreas de asistencia, educación, promoción y desarrollo.

Cáritas de Kigoma ha redactado un programa trienal de desarrollo para el período 1982-85. Los campos prioritarios de la diócesis, cuyas fronteras corresponden aproximadamente a la circunscripción administrativa, son particularmente: la formación, los minusválidos y el desarrollo.

Cuarenta y dos proyectos han sido integrados en un programa de desarrollo global para la diócesis en las áreas siguientes: educación, agricultura y ganadería, salud, administración, pequeñas industrias, comercio, transporte, comunicación y promoción rural.

b) *La formación de los cuadros o la africanización.*

Una experiencia interesante ha sido realizada en el área de la formación de animadores africanos de las Cáritas de los países francófonos en Bobo Dioulasso, en el Alto Volta, de septiembre a octubre de 1980. Veintidós participantes de

diez países, siguieron la preparación que fue organizada por el coordinador de las Cáritas de los países francófonos de Africa, en conexión con el Servicio de Animación de Cáritas Internacional, con el concurso del personal del Centro de Formación del CESAIO (Centro de Estudios Económicos y Sociales del Africa Occidental) y algunos organismos de ayuda al exterior.

En el Africa anglófona, después de una experiencia similar con mucho éxito realizada en octubre de 1978 en Tanzania y la apertura del "Centro Nacional de Pastoral y Desarrollo Social" de Kenema, en Sierra Leona (centro patrocinado por la Conferencia Episcopal regional de Sierra Leona, Liberia y Gambia, en Africa Occidental anglófona), se decidió alentar la participación de las Cáritas de la zona en estas preparaciones, para la formación del desarrollo integral. Este año, los cuadros formados han venido incluso del Océano Indico, particularmente de las Cáritas de Seychelles y Mauricio.

c) *De la rehabilitación al desarrollo en Guinea Ecuatorial.*

Desde la caída de Macías Nguéma en 1979, Guinea Ecuatorial ha mejorado sus relaciones internacionales. Gozando de la estima del nuevo Gobierno y de la población, la Iglesia se lanzó a un vasto programa de asistencia de urgencia y de rehabilitación, con el concurso de la ayuda exterior.

Estimulada por Cáritas Española y sostenida por Cáritas Internacional y algunos organismos de ayuda, la Cáritas reemprende vida y afronta los grandes problemas del sub-desarrollo, pero constata también la ausencia de estructuras indispensables para responder a ello concretamente. A este respecto, el pasado hacía sentir su peso. Varios proyectos de desarrollo, así como la estructuración de la Cáritas de Guinea Ecuatorial, son estudiados en las visitas de los representantes

de Cáritas Española y de Cáritas Internacional, en los dos años siguientes. Después siguió un período de desánimo.

Pero al comienzo de 1983 dos acontecimientos vinieron a relanzar a la Iglesia. El primero es el nombramiento por Roma de dos nuevos obispos, a quienes les son confiadas la nueva diócesis de Ebebiyin y la de Bata. El segundo es la organización, a petición de Cáritas Internacional, de una Mesa Redonda entre los organismos de ayuda y los dirigentes de la Cáritas de Guinea Ecuatorial, en presencia de la jerarquía de la Iglesia y de los representantes del Gobierno. Esta reunión especial tuvo lugar en febrero de 1983, en Malabo. Ella permitió la evaluación del trabajo de las Cáritas Diocesanas y de los proyectos realizados o en curso de realización, la constatación de los problemas a superar y el estudio de la estructuración de una Cáritas nacional presidida por los obispos para la animación y la coordinación de las actividades de asistencia, de formación y de desarrollo, en el cuadro de un plan de desarrollo fijado por el Gobierno.

Esta reunión tuvo éxito. Había estado precedida por visitas a las experiencias que se estaban llevando a cabo en los pueblos, que permitieron a los participantes, sobre todo del exterior, familiarizarse con las realidades de este país "olvidado". Además, este encuentro relanzó el diálogo indispensable para una mejor cooperación futura entre socios.

Los organismos de ayuda y Cáritas Internacional siguen con un interés particular esta experiencia y la continuación que la jerarquía y las Cáritas Diocesanas tienen intención de dar a las conclusiones de este encuentro, para una mayor solidaridad con un pueblo que hace mucho tiempo que sufre y que espera el compartir.

4. La red de Cáritas en Africa/Sur-Sahariana

La región se compone de:

- Cuarenta organizaciones miembros.
- Cuatro países miembros correspondientes.

Estos 44 países están reagrupados en cuatro zonas de trabajo lingüísticas y geográficas: zona anglófona, zona francófona, zona lusófona y zona de las islas del Suroeste del Océano Indico.

La animación y coordinación de las Cáritas de estas cuatro zonas están confiadas, respectivamente, a las Cáritas de los siguientes países, vinculadas estrechamente con el Servicio de Animación de Cáritas Internacional en Roma:

- Zona anglófona: Secretariado Católico de Etiopía.
- Zona francófona: Cáritas de Togo.
- Zona lusófona: Cáritas de Angola.
- Zona del Océano Indico: Cáritas de Isla Mauricio.

El vicepresidente de Cáritas Internacional para Africa y los coordinadores de los cuatro países encargados de la animación, constituyen la Comisión Regional de Africa y pertenecen al Comité Ejecutivo de la Confederación.

El Servicio de Animación de Cáritas Internacional en Roma, tiene como objetivos:

a) Promover y ofrecer asistencia técnica a las estructuras y a los programas educativos de las organizaciones miembros.

b) Favorecer los encuentros entre las Cáritas para el estudio del programa cuatrienal aprobado por las Cáritas en el curso de la última Asamblea General de C.I., y de los problemas comunes en la región.

c) Coordinar las actividades comunes en las zonas que componen la región y facilitar su realización y vinculación con las otras organizaciones y otros grupos o instituciones.

d) Estar constantemente atento a los acontecimientos y experiencias del continente, y tener en cuenta las preocupaciones pastorales de las Conferencias Episcopales de la región en el trabajo de la Confederación.

e) Estimular y armonizar la acción de los coordinadores de las zonas y ayudarles en el cumplimiento de sus tareas.

5. El mañana de Cáritas

Es de prever que las consecuencias de los grandes problemas que continuarán confrontando a los países africanos, condicionarán siempre el compromiso social de la Iglesia en el continente: éxodo, pobreza, hambre, enfermedad, discriminación, represión, ignorancia...

Cáritas, organismo oficial de la Iglesia, constituida para combatir las causas mismas de la opresión, y cuyo mandato es promover la caridad y la justicia, deberá, por esto, equiparse para aportar respuestas de Iglesia, respuestas concretas a los problemas de los hombres.

Esto supone que la Cáritas africana deberá seguir, desde hoy mismo, diversas etapas:

a) Evaluar la calidad de compromiso de Cáritas para ver en qué medida su acción contribuye a transformar la sociedad en un mundo más justo y más humano.

b) Confrontar las realizaciones de Cáritas con las exigencias del programa nacional de desarrollo en el país.

c) Tener el valor necesario para hacer cambios en la Cáritas, viendo la manera de responder a una nueva orientación con estructuras más adecuadas.

d) Africanizar los cuadros, de manera que los mismos africanos, como primeros responsables de su desarrollo, puedan decidir por sí mismos sus prioridades.

e) Buscar en el propio país todos los recursos disponibles, antes de apelar al extranjero.

f) Estudiar la posibilidad de que cada diócesis tenga su propio programa de desarrollo trienal, sin olvidar las prioridades fijadas por el Gobierno y la Iglesia.

g) Crear fondos aparte para hacer frente a operaciones de urgencia y al financiamiento de pequeños proyectos.

h) Buscar y promover una coordinación eficaz con los otros organismos de pastoral de la Iglesia y las diversas instancias apropiadas en el país.

i) Recordar que la búsqueda de soluciones a los problemas de hoy día debe pasar necesariamente por la renovación de los cuadros; dar lugar a los jóvenes, que responderán del porvenir.

En fin, se admitirá que los grandes problemas de los países menos avanzados están vinculados a las decisiones políticas y económicas de los países más avanzados. El compromiso social de las Iglesias está igualmente condicionado. También pertenecerá a las Cáritas y a los organismos de ayuda, animar a la sociedad a contribuir a la construcción de un mundo basado en la justicia y en el amor.

Denis Cangy

**Responsable del Servicio de Animación en Africa,
en el Secretariado Gral. de C.I. en Roma**

LA ACCION SOCIAL EN EL ISLAM

I

LA ACCION SOCIAL EN LA DOCTRINA Y EN LA LEY MUSULMANA

1. El Corán

Los primeros textos del Corán están llenos de llamadas insistentes dirigidas a los ricos y a todos los creyentes verdaderos, para que ayuden a los más pobres. Una de las más antiguas sunnas del Corán dice: "Mira quien considera mentira el Juicio, el que rehúsa al huérfano y no alienta a nadie a alimentar a los pobres" (107/1-3). Uno de los textos más bellos sobre este tema es el de la sunna 93; en ella se relaciona la invitación a la beneficencia hacia los pobres con la experiencia que el Profeta tiene en su propia vida de la bondad de Dios para con él: "Tu Señor... no te ha considerado huérfano y te ha proporcionado un refugio... te ha considerado pobre y te ha enriquecido... Al huérfano no le molesta. Al mendigo no le rehúsa" (93/3-10).

La riqueza es un favor de Dios y el rico debe recibirla como tal, cuidando de que el pobre participe de sus bienes. En ciertos versículos del Corán se critica a los ricos injustos, fraudulentos o usureros (s. 83, 89, 90, 92, 104); las riquezas endurecen el corazón (83/14), nos vuelven injustos con los pobres (89/18-20, 107/3); el que se complace en ellas rehúsa el Mensaje de Dios, se cree inmortal, niega el Juicio y acaba por negar al mismo Dios (Caspar, p. 15).

2. La vida de los primeros musulmanes

Los “hadiths” nos cuentan los hechos y las gestas del Profeta, y la “Sira” o biografía oficial del Profeta y de sus compañeros nos trae también muchos ejemplos tomados de la vida del Profeta, de los primeros califas y de los compañeros del Profeta, a través de los cuales el verdadero creyente se siente incitado a escoger un modo de vida sencillo, a dar abundantemente a los más pobres, a respetar escrupulosamente el derecho y la justicia, aun con respecto a los que no son musulmanes.

Algunos compañeros del Profeta, como Abu Dharr Ar Rifa’i, han sido presentados en nuestro tiempo como enteramente socialistas.

Uno de los textos del Profeta citado más a menudo en los Estados actualmente, es el siguiente: “Ved cómo los musulmanes en su bondad, sus afectos y sus sentimientos recíprocos, forman como un cuerpo que, cuando uno de sus miembros sufre, ve que el resto del cuerpo comparte a porfía su insomnio y su fiebre” (cf. Arnaldez, p. 135).

La descripción idílica de la ayuda mutua entre los musulmanes en Medina y la del reino del califa Omar, recuerdan desde un cierto punto de vista lo que se dice de la primera comunidad cristiana en las Actas de los Apóstoles (cf. Bammatte, pp. 45-47).

Estos recuerdos religiosos tienen una poderosa fuerza de atracción en el corazón de los creyentes. Se reavivan cuotidianamente por las representaciones que se hacen anualmente en las televisiones de los países musulmanes, especialmente con ocasión del Ramadán y de las fiestas religiosas.

3. El cuadro legal de la beneficencia en el derecho musulmán

Como se sabe, el Corán no se contenta con dirigir al creyente llamadas generosas para hacer el bien, sino que le propone también obligaciones precisas para encuadrar su voluntad. El derecho musulmán ha organizado estas obligaciones.

La primera de entre ellas es el *Zakat* o limosna legal que el creyente debe retirar cada año voluntariamente de sus cosechas, sus rebaños, sus riquezas, en objetos preciosos o en dinero. El Corán (9/58-60) precisa que los recursos así obtenidos deben destinarse a socorrer a los indigentes, a remunerar a los hombres encargados de administrar estos recursos, a ganar los corazones, a la comunidad musulmana, a pagar las deudas, a socorrer a las viudas y a los huérfanos, a pagar el rescate de los esclavos, a la guerra contra los infieles y al alivio de los viajeros (Pareja, p. 656).

La segunda de las instituciones musulmanas sobre la que se ha apoyado largo tiempo la acción social de beneficencia, es la de los *Waqfs*. El Corán invita al creyente a reconocer el dominio soberano de Dios sobre todos los bienes que posee. Sobre esta base, un hadith del Profeta cuenta cómo el califa Omar constituyó en bien "waqf" una tierra que había adquirido y cuya renta se daría a los pobres (Gardet, p. 85). El waqf consiste, en efecto, en inmovilizar un bien que se ha ofrecido a Dios y cuyas rentas deben entregarse a una institución piadosa.

Más de cien versos coránicos hablan de la *limosna*. Casi siempre se trata de la limosna legal, de la que se ha hablado antes. Pero pueden existir otras muchas formas de limosna, como la que se da con ocasión de la fiesta del Ramadán, o también la limosna voluntaria hecha sin que exista una obligación estricta, o la limosna destinada a obtener la remisión de una falta, a expresar el reconocimiento a Dios por un favor obtenido, etc.

II

LA ACCION SOCIAL EN LA SOCIEDAD MUSULMANA EN LA EPOCA CLASICA

De hecho las sociedades musulmanas han puesto muy pronto a punto instituciones sociales; a menudo estas instituciones han precedido cronológicamente a las que con el tiempo nacerían en Occidente.

Las rentas del “*zakat*” y de los “*waqfs*” (llamados “*habous*” en Marruecos), o la generosidad de los príncipes o de los comerciantes ricos, han permitido la realización de una multitud de obras sociales abiertas a los necesitados o a todos los transeúntes, de acuerdo con sus necesidades: fuentes públicas (el agua es la primera caridad en los países cálidos), hospitales (maristan en el período turco), caravasares, escuelas gratuitas con comida asegurada para todos los estudiantes pobres, etc.

En muchos países musulmanes las costumbres tradicionales de ayuda mutua de la sociedad rural han tomado también una connotación de obligación religiosa, como la “*Twiza*” de Africa del Norte, o todo el aduar o fracción de aduar tomado como prestación voluntaria en cada trabajo agrícola

o recolección o trabajo importante (construcción de una casa, terminación de un campo), o también la colecta o “Taw-sa”, con ocasión de un matrimonio o de un duelo (Gardet, p. 237).

Las cofradías religiosas hicieron también de sus casas comunes (zaouias, en Marruecos), lugares de acogida para los viajeros, los pobres, los ancianos, y organizaron regularmente fiestas en el curso de las cuales todos podían tomar una comida más consistente, etc.

III

EL COMPROMISO SOCIAL EN LAS COMUNIDADES MUSULMANAS EN LA ACTUALIDAD

1. La evolución de las instituciones tradicionales de la acción social en el Islam

Evidentemente, la evolución de las sociedades modernas ha modificado de un modo profundo la significación concreta de realidades musulmanas como el *zakat*, los *waqfs*, las costumbres tradicionales de ayuda mutua o las instituciones de las hermandades.

En la doctrina musulmana, el *Zakat* hubiera debido ser el principal modo de compartir entre ricos y pobres. De hecho, se establecieron muy pronto otros impuestos por los príncipes, no sin encontrar oposición en los medios religiosos que consideraban tales impuestos como contrarios a la ley coránica. Actualmente, todos los Estados musulmanes establecen impuestos que de hecho aseguran la redistribución más importante entre ricos y pobres. Pero no faltan musulmanes, partidarios de una vuelta a la sociedad musulmana de los

orígenes, y reclaman que el zakat sea la base total del compartir las riquezas entre los musulmanes. Por otra parte, los musulmanes piadosos continúan en todos los países entregando el zakat y distribuyendo sus frutos entre los pobres, bien directamente o por medio de instituciones musulmanas de beneficencia (incluso también no específicamente musulmanas).

Los waqfs han proporcionado muchos problemas a los Estados modernos. Se estima que en 1935, en Turquía, los bienes waqfs representaban las tres cuartas partes de la superficie cultivada; en Egipto, la séptima. La mayor parte de los Estados han tenido que tomar diversas disposiciones para reducir los abusos a los que conducían la constitución de waqfs privados, y para controlar (y aun suprimir como en la URSS) la de los públicos. Por otra parte, la carga de las instituciones sociales recae cada vez más en los mismos Estados, por el intermedio de los diversos ministerios implicados (Educación, Sanidad, Asuntos Sociales, etc.).

Del mismo modo, el urbanismo y la entrada en las estructuras estatales modernas han reducido en numerosas regiones la importancia y la significación de las formas tradicionales de ayuda mutua en los pueblos. Lo mismo sucede con el papel jugado en este aspecto por las hermandades religiosas.

2. La conciencia del vínculo necesario entre la fe y la beneficencia

Sin embargo, todos los creyentes musulmanes continúan estableciendo un fuerte vínculo entre la fe y la beneficencia social. La limosna individual es muy frecuente, y no hay apenas familia rica o pobre que no procure sostener, de una forma o de otra, a una institución social, a familias más pobres, etcétera. Entre otras circunstancias, los matrimonios y los duelos son ocasiones de ejercer la solidaridad, que, de alguna manera, ocupa el lugar de una "seguridad social".

Por otra parte, se trata muy frecuentemente de una ayuda mutua entre los miembros de una misma familia patriarcal. Se mantiene a los parientes menos favorecidos, a los huérfanos de la familia, a las viudas o divorciadas, etc.

Cada uno tiene también deberes particulares en relación con los vecinos o las personas originarias de la misma región.

Un observador no musulmán podrá quizá considerar esta ayuda mutua como una solidaridad familiar o regional. De hecho, se trata también de vivir de una manera concreta la obediencia a una inspiración religiosa.

3. El choque entre la acción tradicional de la beneficencia y la nueva ideología social

Evidentemente, el progreso de las ciencias sociales y la difusión del marxismo, han arrastrado a muchas personas y grupos a emprender una crítica sistemática acerca de la beneficencia por motivos religiosos. En numerosos países se encuentra el mismo debate que en las sociedades de tradición cristiana, entre los que querrían ejercer la beneficencia en provecho de los más pobres y los que insisten en la necesidad de establecer estructuras sociales nuevas que reduzcan la pobreza e impidan el nacimiento de desigualdades demasiado grandes entre individuos y grupos.

Este debate se alimenta de argumentos religiosos. Los partidarios del socialismo islámico hacen notar que la primera sociedad musulmana era igualitaria, que las palabras del Profeta (hadiths) afirman la comunidad de los bienes fundamentales necesarios para la existencia de todos (pastos, agua, etc.). Sobre esta base tratan de criticar el derecho de propiedad. Los medios más tradicionales piensan encontrar en el Corán un fundamento de la desigualdad entre las fortunas de los hombres: Dios distribuiría a cada uno su parte (rizq) de los bienes de este mundo y pediría a los ricos el compartirlos sobre la base de un deber moral y no bajo el apremio del Estado.

4. La diversidad de las condiciones concretas de la acción social en la sociedad musulmana actual

El mundo musulmán se extiende al Africa negra, a la Indonesia. Es imposible hacer una descripción exhaustiva de las situaciones extremadamente diferentes en las que puede concretarse la acción social hoy en tierras del Islam. A lo más se podrán sugerir por algunas notas que describan los principales tipos de situaciones en las que se ejerce hoy la acción social de los musulmanes. Por otra parte, no debe olvidarse que la diversidad se encontrará también en el interior de cada país, según el medio social, las ideas religiosas del interlocutor, o las regiones: ciudades o aldeas remotas.

IV

ENSAYO DE UNA TIPOLOGIA DE LOS CONTEXTOS DE LA ACCION SOCIAL EN PAIS MUSULMAN

1. La sociedad musulmana clásica sobrevive

en ciertas regiones de Africa y de Asia, en las que el Estado moderno no ha establecido todavía sus estructuras de intervención. En los pueblos o en las provincias alejadas, la mayor parte de las instituciones sociales continúan teniendo su base en el compromiso voluntario no solamente de los más ricos, sino también en todas las familias que suministran lo necesario a los maestros de las escuelas coránicas en los pueblos, organizan comidas comunitarias, toman a su cargo a las familias a quienes ha acaecido alguna desgracia, etc.

2. En los países modernos de estructura liberal,

las comunidades musulmanas se organizan, con independencia de la acción del Estado, para asegurar la creación y el funcionamiento de diversas obras sociales. Se puede encontrar un buen ejemplo en el Magasid del Líbano, que sirve de base a numerosas instituciones: orfanatos, centros de formación femenina, hospitales, etc. En este caso y en muchos otros se considera generalmente que una parte importante del presupuesto de estas asociaciones musulmanas está satisfecha por las rentas petrolíferas de los países musulmanes del Golfo o por la Arabia Saudita.

3. En los países modernos de estructura socialista,

el Estado tiene tendencia a asumir cada vez más ampliamente todas las necesidades sociales. Los particulares están invitados a compartir por medio de campañas nacionales organizadas en determinadas circunstancias (inundaciones, afluencia de refugiados...). Algunas veces, estas participaciones están retenidas directamente sobre los salarios o recogidas por los sindicatos o las organizaciones nacionales.

El compromiso social de los creyentes musulmanes tendrá que hacerse entonces por mediación de las instituciones estatales o para-estatales (Cruz Roja, Unión de Mujeres, Unión de Minusválidos, etc.), frecuentemente ligadas a un Ministerio o al Partido.

Muchos creyentes tradicionales preferirían otras formas de compromiso social. Lo mismo sucede con aquellos ciudadanos que no suscriben las prioridades definidas por el Estado o por los modos de acción utilizados para llevarlas a la práctica.

Algunos Estados no aceptan con gusto la existencia de grupos de acción social con base confesional. En todo caso, es preciso que esté claro que la acción que se lleva a cabo

beneficia a todos los necesitados sin distinción de origen entre los ciudadanos.

4. Acá y allá comienzan a verse nacer asociaciones de acción social

que sobre una base de voluntariado reúnen a cristianos y musulmanes, o, para ser más exactos, asocian a los ciudadanos sin distinción de confesiones (cf. Osrat Al Pkha en Siria, Movimiento Social en el Líbano).

V

CONCLUSION

Algunas pistas de reflexión para Cáritas Internacional

En las perspectivas de la Cáritas Internacional, se pueden proponer, por el momento, las siguientes pistas de acción o de reflexión.

1. Existe la posibilidad de una reflexión religiosa común

sobre los lazos estrechos que existen entre nuestra fe en Dios y el compromiso social. El Corán y la tradición musulmana han hecho muchos llamamientos en este sentido, que podrían ser sugestivos para los cristianos, y viceversa. Citemos sencillamente esta bellísima palabra del Profeta (hadith): "Dios recompensará al céntuplo la bondad: de ella se ha reservado el noventa y nueve por ciento y ha dejado solamente un uno por ciento sobre la tierra. En virtud de este uno por ciento, todos los seres están animados con un cierto senti-

miento de bondad; tan es así, que el caballo apartará su pezuña del niño por miedo a herirle”.

2. La reflexión en común debería tomar en consideración particularmente todo lo que en las dos tradiciones religiosas compromete a la acción social sin discriminación de personas.

En efecto, ¿se trata de servir al hombre en tanto que es hombre, o de ejercer simplemente la solidaridad confesional? Esta cuestión es muy importante en todos los países en los que la historia ha establecido a las dos comunidades en una cierta situación de concurrencia.

3. Otro aspecto ampliamente abierto a la reflexión en común es el de las relaciones a establecer entre la acción necesaria del Estado, primer responsable del “bien común”, y el compromiso personal y responsable de las personas y de los creyentes, en particular.

Esta cuestión es difícil de tratar en todos los países de orientación política única, y en los cuales es de desear que la acción de los ciudadanos pase a través de los cuadros definidos de antemano por el Estado.

4. En el plano de la acción común,

todos los aspectos están igualmente abiertos. La colaboración para una respuesta común a necesidades concretas, crea, a menudo, las condiciones mejores para una estima recíproca y un descubrimiento mutuo por encima de los prejuicios acumulados por las generaciones pasadas. Es particularmente significativo que este acercamiento se realice a través de un compromiso por el hombre en tanto que es hombre y sin distinción de origen.

5. Durante el decenio de la ONU por los minusválidos,

se podría dar una prioridad de acción en común en provecho de los minusválidos, y buscar las condiciones y los lugares para un diálogo sobre este tema con las organizaciones musulmanas internacionales, regionales o locales.

† Enrique Teissier
Arzobispo de Argel
Vicepresidente de Cáritas Internacional
por MONA

Obras citadas como referencia:

- Las traducciones del Corán están tomadas de: *El Corán*, Masson, Paris, Pleiade, 1967, p. 1086.
- GARDET, Luis, *La ciudad musulmana*, Paris, Vrin, 1954, página 404.
- BAMMATTE, Haidar, *Rostros del Islam*, Lausana, Payot, 1958, p. 427.
- PAREJA, F.M., *Islamología*, Beirut, Imprenta Católica, 1957-1963, p. 1148.
- CASPAR, Roberto, *Curso de teología musulmana*, Roma, IPEA, 1968, p. 134.
- ARNALDEZ, Roger, *Mahoma*, Paris, Seghers, 1970, p. 187.

LAS ESTRUCTURAS DE CARITAS EN UN PAIS MUSULMAN, SOCIALISTA Y DE PARTIDO UNICO

(El caso de los Servicios de Cáritas en las diócesis de Argelia)

I

EL CONTEXTO SOCIO-POLITICO DE NUESTRA ACCION

La acción de Cáritas en Argelia debe insertarse en un contexto que a primera vista no debería dejarla ninguna posibilidad de trabajar ni aun de existir.

Argelia, en efecto, es:

1. Un país musulmán

Un país musulmán en el que los cristianos, grupo muy minoritario (80.000 entre 20 millones de musulmanes), son casi todos de origen extranjero y considerados como herederos del período colonial o representantes del neocolonialismo a través de la ayuda extranjera. A los ojos de las autoridades musulmanas tradicionales, las estructuras de la Iglesia deberían normalmente limitar su acción únicamente a los beneficiarios cristianos, y los cristianos deberían mantener sus relaciones con los musulmanes en un plano estrictamente profesional.

2. Un país socialista

Un país socialista en el cual el Estado organiza directamente todos los proyectos de desarrollo y todos los campos de la acción social. El Estado planifica, asimismo, las tres revoluciones: agraria, industrial y cultural, y reúne a las clases menos favorecidas de la sociedad a través de sus propias estructuras: asambleas populares comunales, sector sanitario para la medicina gratuita, pueblos socialistas para los aldeanos sin tierras, formación profesional para todos, a la salida de la escuela básica obligatoria y gratuita, casas públicas especializadas según las diferentes dificultades de las personas (ciudad de la infancia abandonada, centro para minusválidos, casa de ancianos, etc.).

3. Un país de Partido único

Un país de Partido único en el cual el trabajo de animación y concienciación está a cargo exclusivamente del Partido y de sus organismos de masa: unión nacional de agricultores, unión de mujeres, unión de estudiantes, unión general de trabajadores, etc. La acción social está distribuida, sobre todo, entre el Ministerio de Asuntos Sociales, el Ministerio de Sanidad y la Media Luna argelina, con exclusión de todas las organizaciones cuya iniciativa escaparía al control del Estado o del Partido.

4. La Cáritas en este contexto

En un contexto semejante, el trabajo de Cáritas no puede situarse mas que en campos escogidos muy cuidadosamente y de un modo muy especial.

Ni Cáritas, ni la Iglesia, ni ninguna otra estructura privada, pueden considerarse responsables del desenvolvimiento del país, de la concienciación de las comunidades de base, o de

la respuesta a las necesidades sociales, si no es estrechamente unidas a los respectivos responsables públicos. Y, sin embargo, los servicios de Cáritas de Argelia continúan su acción limitada, ciertamente, pero creemos que significativa.

En los párrafos siguientes nos esforzaremos en hacer comprender las peculiaridades de nuestra acción presentando sucesivamente:

- La evolución del marco jurídico de nuestro trabajo.
- La acción de los servicios de Cáritas sobre su propio terreno en cuatro diócesis.
- La acción del bureau nacional.

II

EVOLUCION DEL MARCO JURIDICO DE NUESTRA ACCION

Nuestro propósito no es hacer una historia de la acción de Cáritas, sino mostrar cómo la evolución del contexto sociopolítico nos ha llevado a modificar el marco jurídico de nuestro esfuerzo para adaptarlo a las nuevas condiciones de trabajo que nos habían dejado.

1. El Socorro Católico (1951-1962)

Hasta la independencia de Argelia (1962), el territorio argelino era considerado como territorio francés. Las diócesis de Argelia organizaron al principio su acción como la de una delegación diocesana del Socorro Católico francés, a partir de

1951 para la diócesis de Argelia, y desde 1952 para las otras diócesis. Desde 1956, estas delegaciones diocesanas del SOS tuvieron que trabajar estrechamente unidas con el CRS/NCWC, que ponía en pie un programa de 6.000 t. anuales de productos alimenticios para responder a las considerables necesidades de las poblaciones a las que la guerra de la independencia había privado de sus medios habituales de subsistencia.

2. La Cáritas argelina (1962-1978)

Con la independencia, las delegaciones diocesanas del Socorro Católico formaron juntas la "Cáritas argelina", reconocida rápidamente por las nuevas autoridades. Centrada al principio sobre las urgencias, la nueva Cáritas argelina multiplicó sus iniciativas en todos los órdenes: micro-realizaciones, sesiones de formación para trabajadores sociales, apoyo a un gran número de servicios privados animados por la Iglesia: centro de formación profesional, centro de alfabetización, obradores, jardines de infancia, dispensarios, hogares para jóvenes, etc. Pero, con el progreso de la socialización, todas estas instituciones debieron integrarse progresivamente en las estructuras del Estado, con excepción de las casas de ancianos de las Hermanitas de los Pobres y de algunos secretariados populares. El 16 de enero de 1978, la misma Cáritas argelina fue informada de que le había sido denegado el nuevo permiso exigido desde 1972 para todas las asociaciones.

3. Los Servicios de Cáritas en las diócesis de Argelia (1978-

¿Debe la Iglesia católica de Argelia renunciar del todo a la acción social y limitarse únicamente a la animación cultural y espiritual de sus fieles? Los obispos de Argelia y los responsables de Cáritas estimaron que no era posible que una comu-

nidad cristiana adoptase este punto de vista. No se cuestionaba, sin embargo, el obrar en el marco de la Cáritas argelina, asociación declarada ilegal; por otra parte, las comunidades cristianas, como tales, tenían que seguir pudiendo expresar su compromiso para con los más pobres. El cardenal Duval, arzobispo de Argelia, tomó contacto con los responsables al más alto nivel y pidió que el compromiso social de los cristianos pudiera continuarse, no en el marco de una asociación, pero sí como una acción que procedía directamente de la Iglesia católica de Argelia; de ahí la nueva denominación de nuestros equipos: “Los Servicios de Cáritas en las diócesis de Argelia”.

Desde entonces, los “Servicios de la Cáritas de Argelia” se continuaron a dos niveles:

— Por una parte, los “Servicios de Cáritas de las cuatro diócesis”.

— Por otra, el bureau nacional.

III

LA ACCION DE LOS SERVICIOS DE CARITAS EN LAS CUATRO DIOCESIS

Cada diócesis ha puesto a punto la estructura de animación de su acción social según correspondía a sus necesidades particulares.

1. La diócesis de Laghonat

Desde hace tiempo, la acción social en la diócesis de Laghonat reposa sobre dos puntos permanentes: formarse en

la acción social y estar dispersos por los principales oasis del Sahara. Las distancias considerables (casi dos mil kilómetros de Norte a Sur, y casi otro tanto de Este a Oeste) hacían imposible el establecimiento de una estructura diocesana central. Cada “permanente” (enfermera, asistente social, educadora, animadora, etc.) obra en nombre y en relación con la comunidad cristiana local, pero siempre, evidentemente, bajo el control y de acuerdo con las autoridades locales. Los compromisos concretos son, por orden de importancia: la formación de la mujer y de la joven, la ayuda a los niños minusválidos, el sostén de las familias que tienen dificultades y, localmente, la promoción de los pequeños agricultores del oasis. Es el obispo quien sigue directamente esta acción. Las comunidades locales se interesan en ellas a través de compromisos permanentes.

2. Los Servicios de Cáritas en la diócesis de Constantina

Estos reposan sobre un pequeño equipo central:

— Un capellán diocesano encargado, sobre todo, del contacto con los sacerdotes animadores de la comunidad, a los que reúne regularmente y con los que estudia los gestos concretos de solidaridad vividos en las comunidades cristianas y los que podrían serles propuestos.

— Un argelino musulmán “permanente” que recoge las necesidades sociales, ya directamente, ya visitando las “comunidades”, ya por medio de las asistentes sociales de los diversos servicios oficiales que acuden a él.

— Un sacerdote, antiguo director nacional de la Cáritas argelina, que sostiene la acción de los dos precedentes y asegura la gestión, la compatibilidad y la presentación de los proyectos.

Las acciones que se llevan a cabo son, por orden de importancia: la promoción de la mujer y de la joven, la ayuda a los niños minusválidos, la ayuda a las familias que tienen dificultades y la intervención en los casos de urgencia. El obispo sigue directamente el trabajo de Cáritas, cuyos despachos están, además, situados en el mismo obispado. Las comunidades cristianas se mantienen a través del compromiso de estos animadores.

3. La diócesis de Orán

La diócesis de Orán ha puesto a punto, desde hace cuatro años, un comité de acción social animado por el capellán diocesano de los Servicios de Cáritas. Este comité reúne mensualmente a las personas comprometidas en los diversos sectores de la acción social, sea en los estamentos públicos, sea en nombre de las comunidades cristianas. Estos encuentros aseguran el intercambio de las informaciones útiles, la evaluación de las necesidades percibidas por los unos o por los otros, la elección de los proyectos que se van a presentar al exterior, la búsqueda de los medios a emplear para comprometer más a las comunidades cristianas en una dinámica del compartir.

Las parroquias de Orán, sede del arzobispado, y algunas parroquias del interior están representadas en este comité. Sin embargo, el esfuerzo que se hace con ocasión de la campaña anual del compartir, alcanza a muchas comunidades.

Las acciones llevadas a cabo son semejantes a las de las otras diócesis: formación de la mujer y de la joven, ayuda a los niños minusválidos, a las familias que tienen dificultades, etcétera. Los miembros del comité son los intermediarios habituales entre las comunidades, la Cáritas y las necesidades de las personas.

4. La diócesis de Argel

La diócesis de Argel ha seguido un camino un poco diferente, gracias a la acción perseverante del capellán animador. Este último ha tomado contacto, directamente ante todo, con cada comunidad cristiana, convencido de que en ellas ya se estaba compartiendo y que, en consecuencia, era más importante ayudar a las personas a descubrir lo que se vivía ya en este plano en su sector, que suscitar acciones que hubieran sido pensadas desde el exterior. Hay que hacer notar en particular el esfuerzo hecho en este campo para ayudar a los cristianos a unirse por la simpatía y aun, eventualmente, por una participación directa en los gestos de solidaridad ya vividos en la misma comunidad musulmana.

IV

LAS ESTRUCTURAS DE ACCION DEL BUREAU NACIONAL DE "SERVICIOS DE CARITAS"

El bureau nacional de los "Servicios de Cáritas en las diócesis de Argelia" asume, al mismo tiempo, varias misiones:

1. **Asegura el compartir ideas, medios y esperanzas entre los servicios diocesanos, tomando la iniciativa en los encuentros trimestrales que reúnen a los delegados de las diócesis con los responsables de los servicios nacionales.**
2. **Ayuda a los servicios diocesanos a elaborar los proyectos locales y busca, si se presenta el caso, los financiamientos exteriores.**

3. Se esfuerza en establecer una relación regular con los responsables de los ministerios o de los organismos a los que concierne la acción social y la promoción. Hace comprender a las diócesis las orientaciones del país en lo que respecta a la acción social.
4. Anima directamente diversos proyectos de dimensión nacional, que están abiertos siempre, por otra parte, por un organismo argelino (programa de formación de jardines de infancia con un boletín mensual de formación, programa de formación de personal especializado para hacerse cargo de niños minusválidos, publicaciones de fichas sociales, programa de ayuda a refugiados saharauis, etc.).
5. Organiza sesiones de formación para trabajadores sociales de la comunidad cristiana.
6. Busca nuevos terrenos de compromiso (por ejemplo, en este momento, en el campo de la ayuda a los pequeños agricultores), buscando contactos a la vez con los cristianos que encuentran a las personas implicadas y con los responsables de los ministerios o de los organismos públicos.
7. Organiza el lanzamiento de la campaña anual del compartir, en la Cuaresma, sobre la base de las proposiciones hechas por los equipos diocesanos.
8. Asegura la administración, el financiamiento de los gastos comunes, el sacar de la aduana y el almacenamiento de los materiales recibidos de las Cáritas exteriores.
9. Establece los lazos de unión con las Cáritas exteriores y con los demás organismos que comparten nuestra acción social.

10. Los lazos entre el bureau nacional y las comunidades.

Existe siempre el riesgo de ver al bureau nacional como una agencia de desarrollo que funciona independiente de la Iglesia local. Puede ser ésta la situación para algunos programas. Sin embargo, de una manera global, parece que se puede decir que existe un intercambio regular y fecundo entre las sugerencias de la cumbre (que tienen en cuenta los programas nacionales, los de los ministerios y organismos, etc.) y las reacciones de las comunidades cristianas que, desde la base, perciben mejor las necesidades reales de las poblaciones y las posibilidades de responder a ellas. Este intercambio tiene lugar en los encuentros trimestrales entre los animadores y los responsables del bureau nacional, y también en las visitas de nuestros Servicios en las diócesis y comunidades. La campaña sobre el compartir juega también un papel importante de concienciación y dinamización del compromiso social de las comunidades.

V

CONCLUSIONES

1. Las modestas dimensiones de nuestro trabajo

Como se ha dicho, el contexto socio-político de nuestro trabajo, la pequeñez de la comunidad cristiana y su carácter de ser extranjera, limitan considerablemente las posibilidades de nuestro compromiso. El desenvolvimiento del país y el tomar a su cargo las necesidades sociales, es obra del Estado y de la comunidad musulmana mayoritaria. Es muy frecuente que las comunidades cristianas tengan dificultades en reunir a las per-

sonas realmente necesitadas. La mayoría de los laicos sitúan su compromiso en el país en el plano profesional, que es, por otra parte, el terreno de su aportación principal al desarrollo. Los servicios de Cáritas deberían poder unirse más a los laicos en este terreno, para desempeñar con ellos las dimensiones humanas y espirituales de su trabajo profesional. De hecho, esta reflexión se prosigue, sobre todo, en cada comunidad cristiana, en el cuadro de la celebración eucarística o por la reflexión en pequeños grupos. La Cáritas participa en ellas desde su puesto con el mismo rango que las otras.

2. Los Servicios de Cáritas en la comunidad cristiana

Los Servicios de Cáritas tienen, sin embargo, un papel importante en la comunidad cristiana:

— Sostienen a los miembros de la comunidad que profesionalmente están comprometidos en un trabajo social. Muy a menudo éstos son religiosas o laicos permanentes de la acción social. Cáritas organiza para ellos encuentros y sesiones. Aportan la ayuda necesaria en materiales o en dinero, para facilitar el lanzamiento de una acción que de todas maneras será más pronto o más tarde tomada a cargo por las autoridades responsables.

— Despiertan a las comunidades cristianas a las dimensiones del compartir y de la solidaridad, por medio de la campaña anual del compartir, durante la Cuaresma, por la presentación de sugerencias concretas de acción, por la visita de los que trabajan sobre el terreno y oyen las nuevas llamadas, etcétera.

3. Los Servicios de Cáritas en su colaboración con los servicios públicos

Pertenece a las categorías del pensamiento musulmán el que una comunidad religiosa pueda tomar a su cargo a los pobres de su propia comunidad.

Admitido este punto de partida, se acaba por aceptar igualmente, si no de derecho al menos de hecho, que nosotros no nos encerremos en los límites muy estrechos de nuestra comunidad religiosa y que beneficiemos con nuestros servicios a las personas que nos los solicitan.

Nuestras acciones en favor de los no cristianos no se ejecutan bajo nuestra responsabilidad directa nada más que de una manera muy excepcional. De una manera habitual preferimos ayudar a las personas o a los organismos a ayudarse a sí mismos. Intervenimos como fuerza de apoyo (sea simplemente consejo, sea ayuda a nivel de información y también, evidentemente, con ayuda material...).

— Intervenimos para responder a necesidades urgentes; son intervenciones de tipo puramente caritativo.

— Paralelamente cuidamos de suscitar el mayor número de solidaridades posibles localmente para las responsabilidades comunitarias.

— Nuestro objetivo es que cada uno llegue a ser lo más autónomo posible y el agente de su propio desarrollo.

¿Qué es lo que permite que nosotros podamos continuar existiendo?

— Una larga camaradería con las amistades que se anudan y que duran. Esta es la mejor garantía de nuestra duración.

— La buena calidad, pero muy discreta, de los servicios hechos.

— La percepción por muchos de nuestros interlocutores de que estamos en relación con una red internacional de solidaridad humana. Lo cual representa muchas ventajas: poder adquirir información sobre la manera de responder a ciertas necesidades (por ejemplo: minusválidos); posibilidad de procurarse un material adecuado; servicios de personas competentes y desinteresadas...

Los Servicios de Cáritas buscan, pues, incansablemente compañeros entre los responsables locales (ayuntamientos, etcétera) o nacionales (ministerios, etc.). Se ha dicho que los Servicios de Cáritas no tienen ningún título oficial para intervenir; por tanto, es preciso que nuestros compañeros nos acepten libremente, porque han reconocido el desinterés de nuestro compromiso y comprenden que los más pobres podrán beneficiarse de la intervención voluntaria de los cristianos. Es preciso también que estos responsables oficiales asuman entonces personalmente los riesgos de esta colaboración, que será siempre susceptible de revisarse por el cambio del funcionario al que concierne o por una nota del servicio dando nuevas instrucciones. Sin embargo, a pesar de la precariedad de esta situación, las colaboraciones se han establecido y han podido sobrevivir aun a los cambios de los responsables. Ciertas acciones han podido incluso desembocar en convenciones oficiales definidas por escrito entre las dos partes..., de las cuales, una, sin embargo, no tiene más existencia que la de la Iglesia católica. Es el caso, por ejemplo, de la construcción del importante centro de reeducación para minusválidos víctimas del temblor de tierra de El Asnam.

A través de estas colaboraciones, las personas más pobres se han unido y las fronteras entre los hombres se deshacen. El

servicio a los más pobres es, por tanto, al mismo tiempo, la puesta en marcha de un dinamismo de comunión entre personas a las que las estructuras de la sociedad y los prejuicios de la historia querían separar entre sí cuidadosamente.

Enrique Teissier
Presidente de C.I. para el Oriente Medio
y África del Norte

CARITAS EN ESTADOS UNIDOS

La Conferencia Nacional Católica de Caridad (NCCC) en Estados Unidos es un movimiento de quienes trabajan conjuntamente para llevar el mensaje evangélico de Caridad y Justicia. Formado por personas, difiere en estilos y programas, pero, sin embargo, tiene una propuesta común: servir a Dios, sirviendo al pobre y al oprimido. Este papel describe a la gente, sus servicios y actividades.

La Conferencia Nacional Católica de Caridad representa 156 agencias diocesanas de Caridad y las oficinas de sus 410 ramas. También hay 180 instituciones que se cuidan de los ancianos, de los disminuidos físicos o psíquicos, o de "niños dependientes". Unas 140.000 personas contribuyen con su tiempo y su talento en un servicio pagado o voluntario a esta acción, a través de estas agencias americanas. Algunas de estas personas, junto con otras, forman los 3.000 miembros individuales que mantienen la Conferencia. La Conferencia está asociada con la Sociedad de San Vicente de Paúl, la Asociación de Damas de la Caridad en EE UU y con la Sociedad de Cristo Niño.

En 1972, agobiados los miembros de NCCC, se plantearon a sí mismos un estudio titulado "Hacia una renovación del Movimiento Católico de Caridad". Desde entonces, este documento ha venido siendo la idea fuerza para las agencias católicas de Caridad. El documento tiene un triple contenido para la Conferencia y los miembros que trabajan en la realización de estas metas. Las tres partes son:

- Continuar comprometidos en el servicio.
- Humanizando y transformando la defensa del orden social.
- Concienciando al Pueblo de Dios.

Cada diócesis aportó sus puntos de vista, según sus propias experiencias y formas de ser.

Algunas corrientes internas habían dirigido a las agencias por distintos rumbos. Estas corrientes incluyen: ministerio social de la parroquia, identidad y desarrollo de un código ético. Cada cual discutirá ampliamente sobre esto. Un extenso punto de vista de los servicios y actividades de las agencias miembros, de las instituciones y de la Conferencia como un todo, dará al lector un básico entendimiento de alcance de la Caridad en la Iglesia católica en América.

El servicio directo a las personas en necesidad, ha sido desde hace tiempo el principal y primer objeto de las agencias e instituciones de Caridad en América. La mayor parte de las actividades de los miembros está dirigida a aliviar los sufrimientos de individuos y de grupos. En 1982, la Supervisión de los Servicios y Actividades de la NCCC, Agencias miembros e Instituciones (“Supervisión 1982”), informó que el 100 por 100 de los servicios sociales diocesanos habían sido revisados, mientras que otras funciones de las agencias de Caridad Católicas (Catholic Charities) lo habían sido menos frecuentemente.

El grupo mayor que recibe servicios es “Familias y Niños”. Catholic Charities tiene una tradicional dedicación a la protección del niño como el más vulnerable miembro de la sociedad. El valor de la familia liga a ella todos los servicios que ayudan a los niños, porque esto tiene una especial importancia para el niño en particular y para la sociedad en general.

En 1982, las Agencias Católicas de Caridad Americanas atendieron a más de 1.900.000 personas en 625.000 familias. El principal servicio para la mayoría de las personas fue el consejo; sin embargo, muchas también recibieron otro tipo de ayuda: adopción, cuidados familiares de nutrición, servicios domésticos, cuidados diarios, atenciones institucionales, emergencias de comida, alojamiento y asistencia financiera, cuidados médicos, servicios de empleo y servicios legales.

Estos servicios eran también proporcionados a otros grupos de población aun cuando no fueran familias o niños. La tabla incluida a continuación nos muestra el total de personas en cada categoría. Una exposición por partes de cada servicio, sería un informe de muchas páginas; así que damos un punto de vista global:

Número de personas

Familias y niños	1.899.438	en 622.144 familias
Jóvenes	501.603	
Ancianos	460.181	

Poblaciones de alto riesgo

Enfermos físicos o disminuidos	67.138	
Enfermos mentales o disminuidos	82.664	
Alcohólicos	36.740	
Padres no casados	68.608	
Niños maltratados	21.988	
Adultos maltratados	10.510	
Personas divorciadas o separadas	56.664	
Refugiados y emigrantes	216.832	
Familias de militares	7.953	en 4.486 familias
Indios americanos	17.512	
Presos y en libertad provisional	36.261	
Personas sin domicilio	63.051	

Hay varios grupos de personas que están consideradas como de alto riesgo, con especiales necesidades, a las cuales Catholic Charities concede una particular atención. Reciben básicamente los mismos servicios; sin embargo, la profundidad y metodología del tratamiento puede ser diferente a causa de las particulares necesidades de las personas de estos grupos, y los métodos preventivos tendrán que ser ajustados de acuerdo a ello.

Catholic Charities ha provisto siempre de servicios a las madres solteras y a sus bebés. En 1982, 68.608 padres no casados buscaron asistencia en alguna agencia o institución de Catholic Charities. De ellos, 7.082 eran padres que, junto con las madres, fueron aconsejados y decidieron una mejor acción para el futuro. Cuatro mil jóvenes madres decidieron ceder a sus bebés para ser adoptados, y los niños fueron colocados con parejas que, en muchos casos, habían esperado durante años un hijo propio. La mayoría de las jóvenes madres se quedaron con sus bebés y muchas continuaron necesitando ayuda después del nacimiento del hijo.

Además, para proporcionar directamente servicios a los padres no casados, la Conferencia Nacional de Catholic Charities tiene concierto con trabajadores especializados, los cuales tratan los problemas de las embarazadas solteras hasta la fecha del nacimiento, teniendo especial destreza en el área. Hay un "Instituto para Padres no Casados", para el cual los profesionales de todo el país recogen y participan con conocimientos, técnicas y experiencias. La NCCC viene también cooperando con la Joseph P. Kennedy, Jr. Foundation, que es una organización filantrópica privada, en la formación de trabajadores en "Una Comunidad de Cuidados", consistente en un programa para ayudar y prevenir la conducta sexual del adolescente mediante una educación válida de base. El programa se esfuerza por incrementar el compromiso de la familia en la "edificación" de la propia estima de los jóvenes. La oficina nacional ha tenido también instrumental para la orientación

legal, que afecta en este campo tan sensible, asegurando que el valor de la familia esté preservado y que no sea fuerte el énfasis pro-aborto en los programas del Gobierno.

Otro amplio grupo de servicios en los EE UU es el de los refugiados políticos de otros países. El 90 por 100 de las agencias de Catholic Charities tienen contratos con el Gobierno de USA, a través de los obispos católicos, para el asentamiento de los refugiados de Cuba, Sudeste asiático, América Central y del Sur, Este de Europa y Africa. Los servicios incluyen todas y cada una de las cosas que les serán, individual y familiarmente, necesarias para emprender una nueva vida en un nuevo país: alojamiento, material directamente asistencial —alimento, ropa, etc.—, cuidados médicos, formación profesional y colocación, lecciones de inglés e integración social en América. Las agencias de Catholic Charities han tomado bajo su responsabilidad los menguados presupuestos del Gobierno para los nuevos ciudadanos de América, ya que las necesidades de la gente continúan aumentando.

Estas necesidades que atiende Catholic Charities son grandes y numerosas. No es suficiente proveer directamente a la ayuda individual de quienes se acercan a las agencias. Catholic Charities está también acometiendo el cambio social y político de estructuras que les afectan negativamente. Trabajadores pagados o voluntarios y miembros del Consejo, están activamente comprometidos en asegurar que los valores cristianos estén representados en la formulación de la política a todos los niveles. Esto se hace trabajando por cambiar la legislación, participando en los comités gubernamentales, suministrando consultas a los legisladores o a las agencias gubernamentales implicadas en las regulaciones del desarrollo. Las áreas en las que Catholic Charities ha estado más abierta incluyen: economía nacional, vida familiar, aborto, hambre y nutrición, vivienda y justicia internacional. La lista sigue todavía. Catholic Charities se implica en general en cualquier cuestión que afecte a la condición humana a conseguir un orden social más justo y humano.

El tercer componente de Catholic Charities en USA es construir una comunidad fuerte del Pueblo de Dios y capacitar a los laicos para vivir su llamada al Evangelio. Este esfuerzo de concienciación se muestra en variedad de términos y a muchos niveles: parroquial, diocesano, estatal y regional. Generalmente, mover a la gente de los tópicos que le son válidos, como se ha mencionado más arriba, requiere un cambio político y legislativo. Es alentador ver que cada año hay un incremento sustancial sobre el anterior de personas comprometidas.

En los años 70 comenzó un movimiento de la Iglesia en general y de Catholic Charities en particular, a través de la renovación parroquial y de programas concentrados en las parroquias. En el Vaticano II se reconoció que los seglares en la Iglesia tienen el privilegio y la obligación de hacer el trabajo de Cristo, y que una fuerte comunidad es la esencia de la Iglesia. Muchas agencias de Catholic Charities comenzaron a implantar programas para capacitar a la gente a tomar la responsabilidad de amar a su prójimo. Mientras muchas personas, buscando el servicio de Catholic Charities, requieren ayuda profesional por la naturaleza de sus dificultades, muchos de los problemas a los que tienen que hacer frente pueden ser resueltos por una comunidad que desinteresadamente les apoya. El ministerio social de la parroquia es un proceso comprometido que ha tenido éxito utilizando los recursos naturales dentro de la comunidad eclesial. El sentido de la pertenencia y cumplimiento que viene a hacer participar a la gente, es a menudo curativo en sí mismo y de sí mismo.

Los programas y las actividades de cada agencia de Catholic Charities en USA son necesariamente diversos, según las diferentes necesidades de cada grupo de población. Los Estados Unidos tienen grandes diferencias por las diversas áreas geográficas, condiciones socio-económicas de la gente, y gran variedad de tradiciones étnicas. Las similitudes, sin embargo, sobrepasan las diferencias y así cada Catholic Charities trabaja hacia la justicia social.

La Conferencia Nacional de Catholic Charities está muy interesada en que sus servicios y actividades estén realizados no sólo de manera agradable, sino que también tengan una alta calidad, de modo que las personas que buscan asistencia se beneficien del mejor servicio posible disponible para enfrentarse con sus necesidades.

La Conferencia está fundada para enlazar con los cuidados profesionales suministrando unos y otros y enseñanza. La propuesta original de la Conferencia fue expuesta en los "Procedimientos de la primera Asamblea anual" en 1910.

"La Conferencia ha sido creada para hacer frente a una definitiva situación. Aspira a preservar el carácter orgánico y espiritual de Catholic Charity. Aspira a buscar y entender las causas de dependencia. Aspira a aprovechar la maduración y experiencia en asistencia y trabajo preventivo que los hombres, donde quiera que sea, han logrado, y servir de esta manera como lazo de unión de innumerables organizaciones en EE UU que están haciendo trabajos de caridad. Aspira, finalmente, a llegar a ser el 'abogado de los pobres' en la sociedad moderna, para presentar su punto de vista y defenderles hasta los días en que la justicia social pueda asegurarles sus derechos".

Setenta y cuatro años más tarde, la propuesta sigue siendo la misma. Las agencias privadas y las organizaciones están encontrando necesidades en la gente y en sus comunidades. La Conferencia Nacional les da mecanismos para actuar juntos en un renovado esfuerzo que impacte en el sistema. Actos aislados de caridad son esenciales en la asistencia individual del que sufre, pero son ineficaces en el logro institucional y en el cambio social, que tendrá más amplio efecto. Según se reconoció en 1910, es importante tener fuertes conocimientos

como fundamento de la acción. La Conferencia comenzó a enlazar con la Universidad Católica, con servicios ya ofrecidos. La Conferencia ha continuado alentando las relaciones con los "colleges" católicos y con las universidades, particularmente con las escuelas de trabajo social. El intercambio entre el conocimiento teórico y práctico ha beneficiado a ambas comunidades, y en general al Estado, en el desempeño de la caridad. NCCC publica, en colaboración con la Escuela Nacional Católica de Servicio Social y con la Universidad Católica de América, una revista trimestral —"*Social Thought*"— que proporciona un foro de discusión de teoría y de práctica. Otra publicación de la Conferencia —"*Charities USA*"— es una revista mensual que pretende captar miembros individuales y grupos, informando de los asuntos corrientes y de los programas de la oficina nacional y de diversas diócesis.

Hay una Asamblea anual de los miembros cualificados, cada otoño. Es una oportunidad para los directivos, voluntarios y cuadros de todas las agencias e instituciones para cambiar ideas y aprender nuevos métodos de servicio, y para tenerles informados de lo que está sucediendo en este campo. Posiblemente el más importante servicio que la Asamblea anual proporciona es el contacto de los miembros de esta red de trabajo con otras personas que están haciendo cosas similares y verse ellos mismos como parte de un todo. Es, entonces, cuando el sentido de la Conferencia se ve más evidentemente como un "movimiento vivo".

Uno de los mayores componentes de la Asamblea anual es el Congreso. Cada año, uno o dos informes políticos sobre principios importantes de justicia social, son presentados a los altos miembros. Se gasta mucho tiempo en los informes para asegurar que el lenguaje sea tan adecuado que haga el mayor impacto posible. Algunos ejemplos de informes políticos son:

- Inmigración en USA y refugiados políticos.
- Política pública y necesidades de encuentros humanos.

- Personas minusválidas y disminuidos.
- Declaración política sobre la familia.

En la actualidad, un comité está redactando un documento sobre "Justicia criminal", el cual será votado en 1984. Junto con el Departamento Político, el Congreso es también el lugar donde se introducen resoluciones para ser aprobadas por sus miembros. Estos son más específicos en sus propuestas que el Departamento Político; sin embargo, ellos también presentan una ancha gama de principios de justicia social. Son generalmente recomendaciones para los directivos de las oficinas nacional o local, para que puedan llevar a cabo sus específicos cometidos o políticas. El proceso del Congreso permite a los miembros unirse todos en una sola voz para tomar una posición sobre soluciones sociales importantes.

Dos procesos han comenzado para dar respuesta al constante esfuerzo expresado por los miembros para proveer de un servicio de calidad. En 1980, la Conferencia Nacional unió dos diferentes redes de servicios sociales en USA, para formar el Consejo sobre Acreditación de Servicios a Niños y Familias. El Consejo ha desarrollado normas para el servicio profesional, y muchas agencias de NCCC están en proceso de estudiar sus estructuras y programas para ver cómo deben medir el desarrollo objetivo de las normas en el trabajo de base en general. Las agencias que han completado el proceso han sido todas "certificadas" y han pasado admirablemente. No sólo se certificó el proceso de su excelencia y ejecución, sino que también dio a las agencias una oportunidad de hacer un análisis de sus misiones y servir con una renovada experiencia.

Con la acreditación, Catholic Charities estableció su excelencia en el sistema de bienestar social. Esto interesó a los miembros, porque, ateniéndose a los principios seculares, las agencias de Catholic Charities perdían su identidad católica. En respuesta a esto, se estableció un comité para redactar

un código de éticas, el cual articularía principios que guiarían las actividades de Catholic Charities, asegurando que las agencias estén firmemente cimentadas para llevar a cabo el trabajo de Cristo. Una redacción enviada a todos los miembros como comentario y consulta, se recibió por parte de los teólogos, moralistas y prácticos. Después de un año y cinco revisiones de la Junta de Directores de NCCC, se aceptó el documento en octubre de 1983. Actualmente, las agencias de Catholic Charities están en proceso de implantar el código a los educadores (directivos), voluntarios y miembros de la Junta, sobre los principios y valores de Catholic Charities. Pero, como es un documento vital, debe tener diferente sentido para diferentes gentes, de acuerdo con sus necesidades y con las necesidades de su comunidad. Sin embargo, los principios permanecerán siendo los mismos, pero las interpretaciones pueden diferir de acuerdo con las circunstancias particulares.

Es éste un tiempo inquietante para Catholic Charities en América. Las agencias miembros están en proceso de reevaluar sus programas y sus misiones, para asegurarse de que están llevando a cabo las más altas normas de Dios y de la comunidad. Lo que ellas están encontrando es un renovado cometido y entusiasmo para el trabajo que desarrollan en nombre de Dios.

Thomas J. Harvey
Director Ejecutivo de Cáritas de EE UU
Vice-Presidente de C.I.

CARITAS Y LA PASTORAL SOCIAL EN AMERICA LATINA

Cáritas, llamada a hacer presente el Amor de Dios en nuestro mundo, debe sentirse vinculada a la Historia de la Salvación.

Dios anuncia y realiza la salvación de un mundo sumergido en el pecado, y hace presente su Paternal Providencia. Desde Jesús, todo hombre es llamado a pasar de esclavo a hijo, convocado a vivir la verdadera fraternidad en Cristo y a transformar el mundo con la novedad del Amor.

Precisamente la tarea social de Cáritas se convierte en PASTORAL, porque no sólo vela por la dignificación humana de la persona, sino que trata de ser instrumento del Amor de Dios y conduce al hombre desde condiciones menos humanas a más humanas, hasta abrirlo a lo trascendente; de lo temporal a lo eterno; de la injusticia y esclavitud a la libertad de hijo de Dios.

Cáritas habla el lenguaje universal del Amor y está más cerca de los pobres, a menudo olvidados de los hombres, pero presentes siempre en el Corazón de Dios.

La acción de Cáritas es “pastoral social”, porque nace de Cristo y termina en El; porque es evangelizadora y porque —inspirada en la Buena Nueva— colabora con Jesús en hacer presente su Mensaje de Amor construyendo un mundo más

justo, humano y fraterno. Sabe que ya no se comprende a Dios sin el hombre, ni al hombre sin Dios.

1. Cáritas en América Latina

Es necesario conocer la realidad que evangeliza Cáritas con su Pastoral Social. Veamos cómo está nuestro Continente.

Quiero presentar una visión de la creciente pobreza en América Latina con su proyección al año 2000.

a) *Brecha.*

Juan Pablo II nos habla a menudo del tercer milenio que ya está cerca. ¿Cómo llegará a él América Latina? ¿Qué mundo de pobreza evangelizará Cáritas con su Pastoral Social?

Salta a la vista la existencia de una creciente brecha entre ricos y pobres, producida por estructuras que generan y mantienen desigualdades entre naciones y, al interior de éstas, entre grupos sociales.

Estados Unidos de Norteamérica con sólo el 6 por 100 de la población mundial utiliza el 40 por 100 de los recursos del mundo. El 5 por 100 del crecimiento de PNB de USA, en 1976, fue igual al PNB combinado de 70 países del Tercer Mundo (datos de "The Economic Challenge: Dialogue or Conportation").

Otro índice es la renta per cápita, que en los países industrializados oscila entre 5 y 12 mil dólares, y en nuestros países "en desarrollo" oscila entre 260 y 3.000 dólares.

La esperanza de vida era, hace tres años, de 58 años en los países en desarrollo y de 74 en los industrializados. La relación de mortandad infantil es de 12 a 1, y del analfabetismo del 1 al 44 por 100.

Cuando diferencias parecidas se dan al interior de los países, la situación se vuelve dramática, por las situaciones de extrema pobreza y miseria que veremos a continuación.

b) *Pobreza en América Latina.*

Existen 435 millones de personas gravemente desnutridas en 86 países “en desarrollo”. De continuar esta tendencia serán 510 millones en 1990 y 590 millones en el año 2000 (“Horizonte 2000”. FAO-Roma).

¿Cuánto corresponde a América Latina?

La existencia de la pobreza masiva en América Latina no es una novedad. Lo nuevo es que el notable crecimiento económico logrado en los últimos decenios “no ha tenido repercusiones equivalentes sobre los ingresos de los pobres, que son muy numerosos” (CEPAL-Informe Económico-enero 1979).

De la misma fuente (CEPAL) extraemos los siguientes datos:

— El 40 por 100 de familias en situación de extrema miseria, y el 19 por 100 por debajo de la línea de indigencia (1970).

— 115 millones —el 38 por 100 de la población— en situación de extrema pobreza (1979).

— Brasil —en el más alto proceso de industrialización— tiene la mitad de los pobres del Continente: en 1979, 47 millones; ahora, 59 millones, y para el año 2000, 81 millones.

Están en situación de extrema pobreza:

— El 60 por 100 en Honduras.

— Del 35 al 50 por 100 en Brasil, Colombia, Perú y Panamá.

— Del 15 al 35 por 100 en Chile, México y Venezuela.

- Menos del 10 por 100 sólo Argentina.
- No se incluyen las islas del Caribe, cuya situación es grave, hasta considerar a Haití como país del Cuarto Mundo.
- Sólo en los países mencionados, el número de latinoamericanos en pobreza absoluta se elevará a 163 millones para el año 2000.
- Según las proyecciones que hace CEPAL, para el año 2000 sólo México podrá reducir su índice relativo de pobreza del 34 al 28 por 100; sin embargo, el número absoluto de pobres se incrementará de 23 a 33 millones.
- A pesar del crecimiento económico de América Latina, resultará dramático pensar que, para el año 2000, el 37 por 100 de la población tendrá como ingreso promedio unos 400 dólares anuales, es decir, casi un dólar diario.

c) *Reflexión.*

Esta situación no se puede atribuir a factores inevitables y ajenos a la conciencia y voluntad humanas. Tampoco se puede legitimar el status quo como si escapara a la intervención del hombre y de la sociedad.

El hombre, al construir su historia, produce condiciones y estructuras culturales, económicas y sociales —justas o injustas— y es responsable de lo que produce.

La Pastoral Social tiene una tarea histórica, un desafío moral y una responsabilidad evangelizadora. Así lo exige el Señor de la historia, que “hizo al hombre a su imagen y semejanza” y le encomendó dominar la tierra.

Cáritas tiene la Palabra de Dios como inspiración, la vigencia de los valores evangélicos como tarea y como camino la luz del Magisterio, especialmente de la *Laborem Exercens*.

Es negación de Dios, de los valores del espíritu y de la dignidad humana, seguir construyendo el mundo contra el mismo hombre.

Por otro lado, las cifras señaladas más arriba no pueden reducir nuestra acción social a la búsqueda de soluciones puramente económicas y materiales, o a la de modelos políticos y sociales.

Para que la acción de Cáritas sea verdadera “pastoral social” tiene que ser evangelizadora; “debe abarcar al hombre entero, en todas sus dimensiones, incluida su apertura al Absoluto, que es Dios. Va, por tanto, unida a cierta concepción del hombre, a una antropología que no puede nunca sacrificarse a las exigencias de una estrategia cualquiera, de una praxis o de un éxito a corto plazo” (EN n. 33).

El mundo nunca puede quedar huérfano del aporte de la Iglesia, con toda la originalidad y novedad de la Buena Nueva, en especial del Mensaje de Amor que trae Jesús (cf. EN ns. 31 a 39).

2. Objetivo de la pastoral social

En mi concepto, podemos inspirarnos en S. Pablo cuando nos invita a volver al plan de Dios y a restaurar todas las cosas en Cristo: “Todo es vuestro; vosotros de Cristo; Cristo de Dios” (1 Cor 3, 23).

a) “*Todo es vuestro*”.

Dios ha entregado la tierra a todos los hombres para que vivan con dignidad.

Pero en el corazón del hombre anidan el egoísmo y el afán de lucro; por ello, de él nacen situaciones y estructuras que degradan al hombre y condenan a las inmensas mayorías a condiciones de extrema pobreza y miseria.

El Magisterio Social de los Papas y de los Obispos de América Latina denuncia situaciones estructurales que privilegian a unos en detrimento de otros, que “hay ricos cada vez más ricos, a costa de pobres cada vez más pobres” (Juan Pablo II en Puebla), y que dan prioridad al capital sobre el trabajo, reduciendo a éste a una especie de mercancía o “fuerza anónima necesaria para la producción” (LE n. 7).

Los millones de hombres en situación de pobreza absoluta podrán decir: nada es nuestro, ni siquiera tenemos aquello que cubra nuestras necesidades más fundamentales para subsistir.

Pensemos en todo el sector informal de la ciudad y el campo, en los que subsisten dentro de una economía subterránea; en los emigrantes y en las minorías raciales. Ellos ni siquiera tienen trabajo, ¿cómo podrán realizarse como personas?

Hay otra innumerable multitud de niños, minusválidos, enfermos, ancianos abandonados, que no tienen recursos para subsistir, ni posibilidades de atención médica o vivienda decente.

¿Es ésta una visión pesimista?

No, es real y dolorosa. Y repugna a la conciencia cristiana, porque es la negación del plan de Dios que ha dado a todos los hombres el derecho y la capacidad de trabajar y mediante su trabajo realizarse como personas y como hijos de Dios.

La actual situación del Continente, marcada por el misterio del pecado, no debilita la acción de la Iglesia. Al contrario, su Fe en Jesucristo vencedor del Mundo (Jn 16, 33) la compromete a una pastoral social más decidida —misión que el Señor confió a Cáritas—, para ser portadora y animadora de la esperanza del Reino.

Esta esperanza se alimenta y sostiene en la predilección del Señor por los pobres y en la Fe y sufrimiento de nuestros hermanos (Puebla 132, 437, 452 y otros), en cuyo seno brotan

continuamente movimientos solidarios para superar la marginación y la miseria a que están sometidos.

La acción de Cáritas debe hacer sentir y amar al Dios Liberador, cuya presencia es creída y testimoniada en pequeñas comunidades eclesiales que reciben la Palabra, anuncian su Fe, alimentan su esperanza y se comprometen solidariamente en el amor fraterno que nace de Cristo muerto y resucitado. En medio de su pobreza, compensada por el amor, sientan la verdad de que “todo es vuestro”.

b) “*Vosotros de Cristo*”.

La pastoral social debe “arrancar el corazón de piedra” —causa de toda injusticia— para infundir con el Señor “un corazón de carne”.

Ya Pablo VI recordaba que es “importante y urgente la edificación de estructuras más humanas, más justas, más respetuosas de los derechos de la persona, menos opresivas y menos avasalladoras; pero que aun las mejores estructuras y los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos, si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas, si no hay una conversión de corazón y de mente de quienes viven en esas estructuras o las rigen” (LE n. 36).

Por lo mismo, Juan Pablo II, en su mensaje para la Jornada de la Paz de 1984, insiste en la necesidad de cambiar el corazón, porque la injusticia nace del espíritu del hombre y la paz brota de un corazón nuevo. Todo nuestro trabajo social será ilusorio sin un auténtico cambio del corazón.

“Es preciso renovar el corazón del hombre para renovar los sistemas, las instituciones y los métodos. La Fe Cristiana posee una palabra para designar ese cambio fundamental del corazón ‘conversión’ ” (LE n. 3). Sólo así se avanzará por el camino de la justicia, de la solidaridad, de la confianza mutua y el amor fraterno.

Noble tarea la de la pastoral social: crear un corazón nuevo, a la medida del Evangelio, para decir a cada creyente y a cada comunidad: ¡Vosotros sois de Cristo! Así, nosotros con Cristo somos de Dios y juntos queremos avanzar hacia nuestra salvación.

Conclusión

La Pastoral Social de Cáritas debe inspirarse en la extraordinaria Encíclica *Laborem Exercens*, reconociendo en el trabajo “la clave esencial en toda la cuestión social”. Esto ilumina nuestra opción preferencial por los pobres, que no es otra que la opción por “los hombres del trabajo” y por las “masas inmensas de desempleados y subempleados”.

Esta opción se concreta en la solidaridad, porque “la Iglesia se halla vivamente empeñada en esta causa, porque la considera su misión, su servicio y como una verificación de su fidelidad a Cristo, para ser así verdaderamente la Iglesia de los pobres” (LE n. 8 y cfr. 1, 3, 18).

A partir de Cristo pobre y Dios, Cáritas transmite sus mensajes a todos los hombres. Sabe que los pobres, cuando se abren al Evangelio son fuerza apostólica y transformadora.

La Pastoral Social, con sus acciones de formación de la conciencia, de promoción y de conversión, es fermento que transfigura con Cristo un mundo inhumano en un mundo más humano.

Así, Cáritas contribuirá a movilizar las energías latentes en el pueblo de Dios, con todo el potencial creativo que inspira el Espíritu.

+Luis A. Bambaren
Obispo de Chimbote - Perú
Vice-Presidente de C.I.

LA OPCION DE LOS POBRES, ¿QUE SIGNIFICA?

Como todos y cada uno de los obispos en el mundo, he tratado de entender mi particular responsabilidad hoy en día en nuestra Iglesia local de Asia. Nosotros, aquí, tratamos de comprender lo que los obispos asiáticos hemos proclamado oficialmente en 1975 en nuestro encuentro en Manila: "Dios está llamando a las Iglesias en Asia a llegar a ser la *Iglesia de los pobres*". Nos llenó de complacencia el saber que nuestros hermanos, los obispos de Latinoamérica, habían hecho una *opción preferencial por los pobres*. Nos dimos cuenta que su opción reflejaba nuestra propia vocación en Asia.

A mi entender, esto me lleva a pensar que esta opción, si la hacemos, está tan llena de imprevistos y profundas consecuencias para la Iglesia y para los obispos, como la decisión de los primeros cristianos a dejar sus tradiciones judías y su medio y aventurarse dentro del mundo greco-romano.

Algunos de los cristianos de Jerusalén sentirían probablemente que esto era más arriesgado que muchas de las prescripciones de la Ley mosaica, pero no tenían otro camino de conocimiento que la opción que entendían para la Iglesia y la

historia de la humanidad. ¿Podían ellos imaginar a sus descendientes discutiendo las categorías platónicas de Cristo? ¿O un hombre como Constantino? Ellos fueron adelante, porque pensaron que Jesús era el Señor y todos podían tener acceso a El. Entendieron definitivamente el mandato del Señor: “Id a todo el mundo; proclamad el Evangelio a toda la creación” (Mc 16, 16). Fue la más grande decisión eclesial en toda la historia.

Esta decisión al lado de los pobres, es un salto similar que afectará cada aspecto de nuestras vidas. Cuánto y en qué profundidad, no lo sabemos. Estamos llamados a hacerlo por un cúmulo de razones —religiosas, sociológicas, históricas— que se unen unas a otras, y finalmente presente la opción de los más pobres como la conclusión del argumento que es básicamente un acto de fe: es la opción de Jesús, el Evangelio hecho por El mismo. Haciendo esto, uno siente que vuelve a las raíces.

Dios está entre los pobres

Pero la principal razón que nosotros tenemos para optar por los pobres es porque Dios está con ellos. Dios —y Cristo— ya han optado. Mi amigo el P. Samuel Rayan, un jesuita indio, teólogo, nos hace las siguientes consideraciones:

“Es en la lucha del pobre en la que Dios habla y se revela. Esto es lo que se pone de manifiesto en la Biblia. Pero es diferente desde Constantino, con la idea de que Dios está al lado del rico. El privilegio del pobre no es un factor nacional o social. El pobre no es un privilegiado en base a su raza, virtud o instrucción. Ellos son amados de Dios, porque son víctimas del sistema, reducidos a nada, marginados por los poderosos (1 Cor 1, 26-31; Mc 12, 10-12). Son los elegidos y el Verbo se dirige

a ellos. De esta manera se levantan apretadamente a Dios y organizan la lucha. Ellos, y Dios a través de ellos, están ahora invitándonos a la conversión” (Vidyajyoti, marzo de 1982).

La opción por los pobres no se tiene que entender como que el pobre es mejor que el rico; ninguno de ellos es santo, y el rico no lo es, mucho menos lo son la mayoría. Simplemente hay que entender que Dios tiene predilección por ellos.

Las elecciones que Dios hace parecen siempre arbitrarias. No acierta quien insiste en esto sobre algo más apropiado. Recordemos la historia de Elías: Dios no estaba en el viento, ni en el terremoto, o en el fuego, sino en la suave brisa. El lugar privilegiado para encontrar a Dios es en la lucha del pobre. Siempre ha sido así. Este acto de fe en la presencia de Dios en el pobre es tan difícil de hacer como lo que hicieron Tomás y Nicodemo, que fueron llamados a encontrar al Dios del Nuevo Testamento en un hombre mortal.

Hay razones sociológicas para alinearse con los pobres —la participación de los pueblos pobres en la toma de decisiones, ha sido pedida incluso en la Asamblea General de Naciones Unidas—; pero, para los cristianos, la opción por los pobres es en el fondo la opción por Jesús. Es la opción a la fiel búsqueda de Dios, hoy día, en la lucha del pobre; su lucha para solucionar los problemas de su vida, con la atroz verdad de cada día en mi país Filipinas, con cerca de 1.000 niños que mueren desnutridos o por infecciones, lo cual podría ser remediado. Dios se encuentra en la ayuda que mutuamente se dan uno a otro. Se le encuentra en sus esfuerzos organizados para mejorar sus vidas apuntando en sus aspiraciones a una vida total.

Pongamos otro camino. Si la Biblia se hubiera escrito hoy, hubiera sido acerca de la lucha de algún pueblo pobre por la tierra en algún pequeño país muy poco conocido por nosotros. El escritor sagrado describiría el amor de Dios a ese

pueblo y sus líderes, y se encontraría la mano de Dios en todo lo que les aconteciera, bueno o malo. Se diría poco de las superpotencias; no más se dijo de Roma o de Egipto en el pasado; poco de los problemas o de las prioridades de las superpotencias, de sus puntos de vista e ideologías, de sus misiones históricas.

Teólogos y pastores nos dicen que es el pobre quien nos enseñará acerca de Dios y Cristo. Sobre esto, ellos serán quienes nos evangelizarán. El P. James Carney, un jesuita americano que se piensa que ha sido asesinado por los militares hondureños en septiembre de 1983, escribe:

“Los campesinos pobres de Honduras me han revelado el evangelio. Yo no conocía al verdadero Jesús, al paisano de Nazaret, hasta que reflejé en la biblia al líder campesino de aquí. Yo no entendería nada de la vida humilde de María, la mujer campesina de Nazaret, hasta que contemplé en Honduras a la mujer campesina cortando leña para el fuego y acarreándola a su casa sobre su cabeza para cocinar”.

El P. Carney no ha dicho que tenemos que aprender de los pobres; no, en tanto en cuanto a lo que tiene de doctrina especulativa, sino en lo que tiene de válido para actuar como cristianos hoy. En el pasado obteníamos la espiritualidad de diferentes fuentes, incluyendo las contemplativas —monjes y monjas—, como Santa Teresita de Lisieux. Hoy día tenemos que sentarnos a los pies de los pobres.

Punto de vista de los pobres

¿Qué es lo que se entiende por la opción por los pobres? Se entiende ver el mundo, su realidad y su historia, a través de los ojos del pobre. Pero no de cualquier pobre, sino de aquel

que ha llegado a abrir los ojos a su dignidad humana y a su destino y está preparado a hacer algo por sí mismo, si todavía no tiene su destino en sus manos.

No estoy igualando el modo de ver el mundo el pobre, con el modo de ver correcto, y mucho menos diciendo que ese es el “espíritu de Cristo”. Esto es, por supuesto, pecado e ignorancia de los pobres.

Cuanto digo es la aspiración por una mayor justicia; un mundo más humano y fraternal resonará más urgentemente y con más fuerza del corazón del pobre, de los desposeídos y oprimidos, que son las víctimas deshumanizadas de la avaricia y la codicia.

Así, la constitución pastoral sobre “La Iglesia en el mundo de hoy” (*Gaudium et Spes*), inspirada en la fe de Cristo, lo impulsa en sus primeras líneas: “Las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez las alegrías y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo” (n. 1).

Así como el pobre que no tiene todavía conciencia de su propia dignidad humana, ni de su destino, y mucho menos hace algo por él mismo, la tarea de los cristianos encuentro que es darles el conocimiento de sí mismos y de su responsabilidad para actuar en favor de su dignidad humana y de su destino.

La opción por el pobre nos llamará a vivir con el pobre como así lo hizo Jesús muchos años; así llegaremos nosotros a ser sensibles a la voz de Dios y en él a los pobres. Jesús oyó la llamada del Padre y entendió su voluntad para él en el contexto de los pobres: el destino que El abrazó —escarnios, muerte violenta aceptada, aparente fracaso— podía no haber tenido sentido para El en otro contexto.

Participación del pobre

A menos que nosotros deseemos ser de los faraones de hoy, tenemos que permitir a los pobres actuar como Dios les inspira a tomar parte en las decisiones que afectan a su futuro. Esta actitud es igualmente cierta para la sociedad civil y para la Iglesia. En las Escrituras, Dios no hace distinción en esto entre las dos esferas.

A este fin, los mecanismos son válidos en las organizaciones del pueblo (civiles) y en nuestras comunidades de base. Semejantes mecanismos han nacido de nuestra fe de que Dios está en el pobre. Nosotros alentamos el crecimiento de estos grupos y tenemos muy en cuenta lo que dicen en la decisión y elaboración de los procesos.

Muchos, en otros campos, están de acuerdo con este *modus operandi* (procedimiento), como científicos sociales, planificadores del desarrollo y trabajadores en esto. Pienso que ya hemos tenido todo lo que ha habido de parecido a las posibilidades de participación de la gente después del fallo de la experiencia de otras aproximaciones. Después de tantos años de planificación de arriba a abajo y de decisiones hechas en el Tercer Mundo, tenemos los mismos irresolubles problemas que antes: pobreza, injusticia, malnutrición, enfermedades, torturas y miseria de vida. Tradicionalmente, las planificaciones de la Iglesia y las decisiones hechas, han sido también de arriba a abajo. Durante siglos, ha sido así en Asia, hasta incluso en una pequeña minoría del 2 al 3 por 100; una minoría lamentablemente alienada en esto. No tenemos por qué decir que todas las decisiones hechas en el pasado estuvieran equivocadas; pero sí podemos afirmar que, según el sistema de planificación y decisión, eran tristemente inadecuadas. Simplemente, no se ha trabajado efectivamente bien. Y la participación de la gente, particularmente de los pobres que con un sentido de su dignidad humana han tomado su destino en sus manos, es una alternativa de un precio muy molesto.

Ningún gobierno que yo conozca, comunista o capitalista, es abogado genuino de la participación del pueblo; mucho menos, de la participación de los pobres. Ellos guardan celosamente el tesoro de su autoridad. Piensan que el pueblo, y más los pobres, carecen de sabiduría para tomar decisiones prudentes. Además, el pueblo es vulnerable y puede fácilmente ser manipulado por el enemigo. Tampoco se puede confiar en el pueblo. Consecuentemente, el gobierno se defiende y se protege del pueblo, según sus propios principios y leyes. De ahí que se racionalice conveniente y arbitrariamente su actitud en declaraciones, y de ahí su solicitud por la seguridad del Estado. Desgraciadamente, las autoridades de la Iglesia no son excepción en estas relaciones de principios, particularmente en lo que se refiere a los pobres.

Implicaciones de la opción por los pobres

¿Cuáles son las implicaciones de la opción por los pobres? Las implicaciones que para nosotros tiene esta opción, me parece que son las siguientes:

- 1) Tenemos que admitir que estamos en la clase media y que nuestra perspectiva, por ello, es diferente de la del pobre. De ello resulta que, como desde hace tiempo no hemos compartido su perspectiva, no podemos enfatizar con él sobre la urgencia y "violencia" de su aspiración a la justicia, verdad, libertad, compañerismo, amor y paz. El riesgo que corremos en este punto es que caigamos en el lujo de hablar separadamente de los problemas del pobre, formar comités de estudio de ellos, hacer planes para los pobres que no gocen de gran prioridad y conformarnos pensando que, al fin y al cabo, hemos hecho algo por los pobres. Así nos quedamos insensibles a su necesidad.

2) ¿Nos hemos abierto al clamor de los pobres y les hemos oído en orden a aprender de ellos? La tentación que nos acecha en este punto es pensar que no tenemos nada que aprender de los pobres, que su ignorancia les hace fácil presa de los comunistas y que no tenemos que confiar en ellos. Exactamente la misma actitud es asumida por los gobiernos dictatoriales en sus principios y leyes.

3) No podemos por menos que tomar la misma actitud que Jesucristo, el Evangelio, abierto a todas las posibilidades y formas al advenimiento del Reino de Dios en el contexto de situaciones concretas y yendo con el proceso histórico, poniendo toda nuestra confianza y esperanza en el Dios de la alianza, cuyo sueño para su pueblo es frustrado en la actual condición del pobre, del hambriento y del afligido. Este espíritu de pobreza se manifiesta por sí mismo en un simple estilo de vida libremente abrazado por la causa del Reino. Esta pobreza voluntaria asegura una justa compasión, misericordia, distribución equitativa, pasión por la verdad, justicia y libertad y generoso amor. Al mismo tiempo, es un poder acusador y una protesta para aquellos que viven según las normas del exaltado prestigio, injusto e inmerecido poder y fortuna acumulada.

El desafío de los pobres

Hoy en día gran número de pobres en Asia y en otros continentes del Tercer Mundo han despertado a la violencia hecha a la dignidad humana o a las violaciones cometidas contra los derechos humanos. Se han levantado en lucha por una liberación de los brutales actos y opresivos sistemas que les condenan a la pobreza, miseria, desesperanza, fatalismo y dependencia colonial.

¿Cómo vemos nosotros —la Iglesia— su lucha por la liberación? ¿Racionalizamos convenientemente nuestra falta

de compromiso bajo el pretexto de permanecer fuera de la política? El hecho es un resultado de pobreza e injusticia, y así ese camino se parece a ello. ¡Es una salida política! Una cosa es tomar la acción política para remediar la pobreza y corregir la injusticia, y otra cosa es meterse en política para cubrir nuestra falta de fe en el pobre carpintero de Nazaret y nuestra incapacidad para hacer la opción de los pobres.

¿Estamos dispuestos a levantarnos por los pobres, soportarlos, incluso juntarnos a ellos en su lucha por la liberación de las trabas que les mantienen en esclavitud y perpetúan los atropellos de su dignidad? ¿Iría la liberación del pecado directamente unida al pecado que está en el corazón humano? ¿No sería también la liberación de todas las consecuencias del pecado, estructuras y sistema, la liberación de cada situación opresiva?

Probando alternativas

Hay alternativas atractivas para un optar lleno de sentido por ponerse al lado de los pobres. Dos de ellas son particularmente adecuadas ahora en Filipinas.

Hay un fuerte movimiento de la clase media con la Iglesia, apoyando para quitar al presidente Marcos, que despierta después del asesinato del antiguo senador Benigno Aquino. Sus seguidores y líderes son de clase media. Mucha gente ha apostado por dar a esto todo el soporte y se confía en que la ausencia de los pobres en el movimiento es sólo temporal.

Tenemos también una creciente y fuerte revolución de líderes comunistas que también tiene el apoyo de alguna parte de la Iglesia popular. La gente, igualmente, está tentada a confiar en que la ausencia de ciertas libertades civiles es sólo temporal.

Ambos movimientos prometen solucionar la situación. Realmente, hay tentaciones.

Hubo alguna inclinación en el pasado por un absurdo líder autoritario que arreglaría las cosas dentro del Estado. En el presente, con muy buen razón, este anhelo no está muy extendido. La desilusión ha roto esta fantasía. La opción por los pobres nos llama a movernos a un nivel profundo y lejano, a una más lenta paz. Acaso cuanto yo estoy diciendo aquí no es mucho más fácil para optar por los pobres que lo es en cualquiera otra parte del Tercer Mundo.

Hay casos similares a nuestro ejemplo de Filipinas, en todos los países, sin dudar de que todos deseamos prontas soluciones. Algunos de nosotros tienen paciencia. ¿Puede la Iglesia, con su larga historia y experiencia de bondad humana, ser diferente?

Los pobres, ¿autores de la revolución?

La tentación de cortar rápidamente tomando partido por los pobres, nos trae la posibilidad, no la realidad, de una revolución armada. A menudo, mucha de la violencia armada es atribuida a las masas que toman las armas en sublevaciones.

Así, de esta manera, es como se dinamiza la violencia. De acuerdo con esta dinámica, se completa el círculo de la violencia que irrumpe inevitablemente. Concretamente, cuando una persona es puesta contra la pared y su vida está en peligro, ¿qué esperas para tener esta reacción? Seguramente recurrirá a cualquier medio —incluida la violencia— para salvar su vida.

Las masas están hechas de familias, cuyas cabezas —padre y madre— no tienen en su lista de prioridades la revolución armada. Su primera solicitud es qué poner en la mesa en la próxima comida, cómo reparar la gotera del techo, dónde obtener dinero para la próxima mensualidad de la escuela, cómo hacer frente a las enfermedades familiares. El hecho de que, en un momento dado, estén dispuestos a sacrificar sus escasas posesiones —incluso sus propios seres amados— y tomen sus armas, nos hace preguntarnos qué les impulsa a tomar esta opción.

Encontraremos la respuesta en las muchas injusticias que ellos han aguantado sin ninguna compensación, en la increíble paciencia con que soportan sus indignidades, en los inexplicables abusos a los que ellos han estado sujetos. Como la copa rebosante de ignominia y de vergüenza, se encuentran puestos contra la pared, más allá de la cual no hay futura retirada.

Realmente es cierto el dicho del hombre prudente: "No son las masas las que engendran la revolución. ¡Es el tirano!".

La Iglesia de los pobres

La Iglesia de los pobres es la Iglesia que ha hecho su opción preferencial por los pobres. Es la Iglesia que camina con el pobre de Yavé: el "*anawin*", el cual está fervientemente esperando el Reino de Dios, que está abierto a todas las posibilidades y formas de llegada de los acontecimientos de la historia humana en las personas de los pobres, que pone toda su confianza y esperanza en Yavé y en María, la madre de Jesús.

La Iglesia de los pobres entiende la dinámica de la violencia. De hecho, siempre ha reconocido y sostenido el principio moral de la guerra justa y de la defensa propia. Ambas cosas incluyen violencia. Por otro lado, está firmemente propugnado que la violencia no está en el Evangelio, ni en la tarea evangelizadora.

Nosotros, en Asia, somos conocidos por nuestra preferencia de una vía intermedia, referida muchas veces como el camino del compromiso. Sabemos que somos gentes que evitan la confrontación y el conflicto. Pero no tenemos que olvidar que diez de las dieciséis mayores guerras del siglo XX fueron hechas en Asia, por asiáticos, para obtener o defender su independencia o contra ilegítimos gobiernos sostenidos por poderes extranjeros. La dinámica de la violencia es para los asiáticos mucho más un camino que cualquier otro.

Si la Iglesia de los pobres está intentando predicar contra la violencia, ya que esto no es guardar el Evangelio, ¿qué se

está haciendo para prevenir y evitar la incidencia de la violencia? ¿Qué pasos se han dado de cara a la violencia que está institucionalizada en sistemas y estructuras que están engañando a las masas de los pobres? ¿Qué se siente cuando la gente es puesta sistemática y progresivamente contra la pared? ¿Qué se está haciendo en orden a los abusos e indignidades de nuestro sufrido pueblo, particularmente los pobres, los de sin voz, los de sin poder, en las manos de gobiernos opresivos y de militares represivos?

La opción de Jesús por los pobres, ¿significa algo para nosotros? ¿Es esto el poner la prioridad que merece en nuestra tarea de evangelización hoy en día? ¿Estamos nosotros —la Iglesia— preparados y deseosos de seguir a Cristo Jesús, nuestro fundador, que caminó con sus pobres por la senda de la pobreza y persecución?

Hacer una opción preferencial por los pobres de cara a los riesgos que esto comporta, es el cambio socio-pastoral que hoy día la Iglesia de los pobres tiene que afrontar.

Nosotros, los obispos de Asia, pensamos: “Dios está llamando a las Iglesias de Asia a llegar a ser la Iglesia de los pobres”.

+ Julio-Javier Labayen ocd
Obispo Prelado de Infanta, Quezon - Filipinas
Vice-Presidente de C.I.

PASTORAL DE LA CARIDAD EN EUROPA

I

DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL AL CONCILIO VATICANO II

El continente europeo es portador de una primacía en el sentido de que por mucho más tiempo que otras zonas del mundo ha estado marcado por la experiencia cristiana, entendida como un hecho de fe en Cristo y un hecho cultural difundido de modo homogéneo entre los diversos estratos sociales.

Un tipo de cultura así comportaba entre sus elementos un modo de vivir la caridad, que podíamos definir “de puerta a puerta”, es decir, un modo congénito a la sociedad rural (esto no quiere decir que la sociedad rural fuese muy caritativa; sólo indica que, cuando se ejercía la caridad, se hacía del modo descrito).

Naturalmente, existían formas de caridad organizada, realizadas principalmente por congregaciones religiosas que se preocupaban de algunos problemas, tales como los huérfanos, los enfermos, madres solteras, etc. Pero, para estos mismos

problemas como para otros, raramente se daban respuestas espontáneas por parte del pueblo. Quiere decir que, durante muchos siglos, no se plantearon en Europa problemas organizados de caridad.

La llegada de los procesos de industrialización, y con ellos la irrupción de la masificación y contraposición de intereses muy diversos e inconciliables a través de simples gestos de buena voluntad, ha llevado consigo la puesta en crisis de aquella cultura católica, que aseguraba amplios espacios —para bien o para mal— a las relaciones interpersonales espontáneas y, de todos modos, poco estructuradas.

La sociedad europea descubriría, entre otras cosas, el derecho al trabajo, las reivindicaciones laborales y, más tarde, las previsiones sociales y sanitarias, la escolaridad obligatoria, etc.

La Iglesia, mientras, se esforzaba por comprender la cuestión social e iniciaba la llamada “doctrina social de la Iglesia”, tratando de conjugar el derecho con la caridad, de tal manera que ésta inspire a aquél en la búsqueda de las soluciones a los conflictos sociales.

Contemporáneamente, la debilitación de la cultura de la caridad, que ofrecía espacios a la “caridad de puerta a puerta”, favorecía el proceso de organización de la caridad, con el cual se creaban verdaderas y propias estructuras organizativas caritativo-sociales que respondían a una doble aspiración de la Iglesia: por una parte, hacer frente a las necesidades sociales que el estado liberal, apenas nacido, no estaba en condiciones ni siquiera de diferenciar; por otra, garantizar a la Iglesia un espacio de libertad, especialmente en el ámbito de la enseñanza y de los servicios sociales.

Pero mientras las instituciones mostraban, doctrinal y teológicamente, tanta y tan justa sensibilidad por la cuestión social, no lo hacían tanto por la cuestión caritativa, es decir, por el referido proceso de organización de la caridad, que terminó por ser un mundo aislado, casi a modo de un satélite, con relación al resto de la Iglesia institucional y popular.

Las consecuencias de este error fueron diversas. Sobre todo los pobres perdieron la centralidad que les corresponde en la Iglesia de Cristo, según el Evangelio; su atención era delegada a algún organismo "ad hoc". En segundo lugar, los creyentes acomodados se habituaron a acallar sus conciencias manchadas a través de pequeñas o grandes limosnas a las organizaciones de caridad. Finalmente, las organizaciones de caridad, con frecuencia ocupadas en dar satisfacción a las necesidades —verdaderas o supuestas— y demasiado desligadas del resto de la sociedad, no se esforzaban por encarar las raíces de los males que trataban de curar, limitándose, por tanto, a intervenciones de tipo paliativo. Esto también contribuyó no poco a lanzar a varios sectores del proletariado hacia la adhesión a la lucha de clases, que, por lo menos, les daba la posibilidad de sentirse protagonistas.

Así, no sólo se daba espacio a cuantos acusaban a la Iglesia de estar de parte de la burguesía, sino que se creaba una dolorosa y artificial ruptura entre la caridad y la justicia, cuyas consecuencias todavía padecemos.

Este estado de cosas duró mucho tiempo. Todavía en 1956, P.A. Michel (en "Informations Catholiques Internationales" del 15 de junio) escribía: "Las carencias de la caridad cristiana no producen estupor, si se considera que, por ejemplo, en Francia, en los últimos veinte años, ninguna sesión de pastoral diocesana ha tratado, ni siquiera en conversaciones, de la caridad y de las obras de caridad".

En honor a la verdad, hay que añadir que, a pesar de las carencias de orientación pastoral por parte del Episcopado, los dirigentes de las obras de caridad no minusvaloraban la importancia de una reflexión acerca de la caridad. En sus encuentros internacionales se preocupaban no sólo de los problemas concretos y su concertación, sino de la temática teológica y pastoral implicada en ellos. El drama consistió en que eran esfuerzos totalmente aislados.

El Concilio Vaticano II, sin dejar de reivindicar para la Iglesia —definida como “pueblo de Dios”— el derecho a tener obras propias de caridad (AA n. 8), proclama que “los fieles, desde la niñez, aprendan a compadecerse de los hermanos y a ayudarles generosamente cuando lo necesiten” (AA n. 31), y afirma además que “es deber del pueblo de Dios, y los primeros los obispos, con su palabra y ejemplo, socorrer, en la medida de sus fuerzas, las miserias de nuestro tiempo y hacerlo, como era antes costumbre en la Iglesia, no sólo con los bienes superfluos, sino también con los necesarios” (GS n. 88).

Este nuevo planteamiento —o para ser más precisos, este descubrimiento del Concilio— se ha traducido en un desafío pastoral: actuar de tal forma que la comunidad cristiana se reapropie su propia misión diaconal.

En efecto, se ha comprendido que son deberes del cristiano, tanto el anuncio y la celebración (catequesis y liturgia) como la diaconía, es decir, el servicio concreto a los hermanos.

En este momento, la pregunta es saber si y en qué modo esto puede favorecer este proceso de reapropiación y qué “rol” pueden jugar en tal sentido las Cáritas europeas.

II

MUCHOS OBSTACULOS PARA UNA NUEVA LINEA PASTORAL

Los lectores de esta revista saben muy bien que Cáritas, hoy, se adhiere sinceramente al proyecto que tiende a insertar a la comunidad en la dimensión diaconal; tanto, que algunas Cáritas se definen como organismos pastorales que, por mandato episcopal, desarrollan su actividad de animación de la

comunidad cristiana en orden a la caridad y la justicia, y de coordinación de las iniciativas de los católicos en este mismo ámbito.

Sin embargo, la consecución de tal proyecto encuentra no pocas dificultades, que son de naturaleza estructural y sociocultural.

Ante todo, hay que considerar que no pocas Cáritas europeas —las que tienen más antigüedad— disponen de una red amplia y diversificada de servicios: servicios sociales, consultorios, centros de acogida, hogares para menores, ancianos, minusválidos, asilos-nido y escuelas maternas, escuelas de formación profesional e incluso hospitales.

Y aquí ya surgen algunos problemas. En primer lugar, algunos sostienen que un órgano que gestiona servicios no puede, al mismo tiempo, animar y coordinar otras iniciativas eclesiales; otros, por el contrario, consideran que sin un compromiso concreto la acción de animación no tendría credibilidad.

En segundo lugar, existe un problema originado por el sostenimiento de las finanzas públicas de los servicios de Cáritas. Podría pensarse que el Estado hace de Cáritas para Cáritas.

En realidad, el Estado sabe que con esta fórmula asegura la presencia de servicios sociales eficientes con un costo sin duda menor que si fuesen directamente gestionados por el mismo. Pero el Estado no regala nada: si paga, busca —y en cierto sentido justamente— eficacia, eficiencia, capacidad de rendir cuentas, es decir, comporta el riesgo constante de burocratización y de una cierta esclerosis de servicios. Por otra parte, también los trabajadores sociales asumen fácilmente una mentalidad de “asalariados”. Todo esto comporta una disminución de la dimensión humana en las relaciones “trabajador social - usuario” y de la capacidad innovadora de los mismos servicios.

En la última conferencia regional de las Cáritas europeas, se han denunciado estos riesgos por no pocas Cáritas nacionales, como una de sus más serias preocupaciones.

Es demasiado obvio que si los riesgos de burocratización de los servicios se convierten en realidad, la posibilidad para Cáritas de desarrollar una acción pastoral —indicada anteriormente— se reduce muchísimo.

Por lo demás, no es imaginable que estos retos de los servicios de Cáritas, allí donde existen, pueden ser suprimidos de hoy a mañana, y esto por una serie de razones.

Ante todo, hay que considerar que el Estado no los podría reemplazar fácilmente, sobre todo en el actual momento, marcado por una restricción del erario público prácticamente en todos los países. Por consiguiente, su desaparición provocaría la extensión de la iniciativa privada con fines lucrativos, en desventaja de los más pobres.

Así mismo, no se puede olvidar, a pesar de todos los límites descritos, que los servicios sociales y sanitarios de Cáritas y de otros organismos eclesiales tienen no solamente un “rol” de testimonio, sino también de equilibrio entre dos extremos: los servicios del Estado y el libre mercado de servicios; allí donde el primero exagera la burocracia y el segundo eleva los costos.

La estructura privada de servicios sin fin lucrativo, ofrece, en efecto, la ventaja de ser y actuar “a escala humana” y verdaderamente al servicio de los más pobres. Si lograrse evitar los riesgos antedichos (y haremos más adelante una propuesta concreta), podría más fácilmente detectar nuevas necesidades y nuevas modalidades de respuesta sobre todo cuanto puede hacer un Estado y lo que quiera hacer la iniciativa con fin lucrativo: ni el uno ni la otra, en efecto, por su propia naturaleza, pueden tener voluntad o capacidad experimental.

Estas estructuras son a un tiempo una riqueza y un obstáculo. El problema que se plantea es cómo hacer para superar los obstáculos sin cometer errores irreparables.

Podría pensarse que este conjunto de estructuras se encomendase poco a poco a la gestión de las Iglesias locales, con la participación de los creyentes, que insertasen a los trabajadores sociales en una obra de voluntariado; podría desarrollarse, bien en el servicio directo, dentro de la estructura, o bien en el indirecto de supervisión y orientación de la estructura misma.

De este modo se podría, al mismo tiempo, evitar su rápida eliminación, poner las bases para un funcionamiento adecuado a las necesidades del territorio donde se encuentran (aspecto éste que posibilitaría más su reconversión allí donde sea necesaria) y responsabilizar especialmente a la comunidad cristiana.

El problema de la responsabilidad de la comunidad cristiana es un punto clave que se debe afrontar cuando se intenta lograr la línea pastoral de la "reapropiación de la caridad". Este punto, siendo de carácter sociocultural, es, tal vez, el más difícil de desligar de aquel de carácter estructural que, por otra parte, lo ha favorecido.

En efecto, tanto las estructuras sociales del Estado como las eclesiales, han favorecido, en los últimos cincuenta años, la difusión de una mentalidad que delega en las estructuras la solución del problema de los más débiles. En Europa, hoy —más o menos—, se da en un régimen de "welfare state", el cual, aunque ha sido generado a la luz de nobilísimos principios, tales como la solidaridad social y la justa distribución de los recursos de un país bajo formas de servicios y previsiones, en realidad, a su vez, ha provocado no ya un sentido difuso de solidaridad, sino un muy difuso sentido de falta de responsabilidad y tal vez de indiferencia respecto a los problemas de los más débiles y de quienes se encuentran en dificultades.

III

REDESCUBRIR EL VOLUNTARIADO COMO PORTADOR
DE UNA NUEVA CULTURA

Ciertamente, nadie desea una vuelta atrás respecto a ciertas conquistas de justicia y equidad logradas propiamente en régimen de "welfare state" (previsiones, salud, escolaridad, etc.), pero es deseable limitar la invasión de este sistema, lo que conlleva a limitar al mínimo indispensable la respuesta "estructural" a las necesidades y aumentar al máximo el grado posible de respuestas "humanizadas", en las cuales la dimensión humana es el elemento clave.

Hoy nadie duda que en Europa muchas necesidades y pobreza, tales como la soledad, el aislamiento, la carencia del sentido de la vida, no necesitan de estructuras para superarlas, sino que más bien exigen una concepción y una conciencia distintas del hombre y de la sociedad. Una caridad entendida no como simple relación "dar-tener", sino como "ser-ser", puede constituir un elemento impulsor para una correcta correlación entre "estructura-relaciones humanas".

A partir de aquí se impone un esfuerzo formidable en el campo educativo, para orientar a las personas y a las comunidades hacia opciones que exigen implicarse y compartir con quienes sufren más. Tal esfuerzo no se lleva a cabo en un día, ni con una sola palabra; hay que encontrar un medio concreto de implicación, un método del tipo "learning by doing". Desde este punto de vista, un medio que se revela muy adecuado es la práctica del voluntariado.

Hay que subrayar que el valor del voluntariado está constituido por la "gratuidad", es decir, un valor opuesto exactamente a los valores hoy dominantes (provecho, prestigio, interés personal, etc.). Puede suponerse fácilmente que una costumbre difundida de voluntariado podría traducirse

no solamente en una red de servicios ágiles y reconvertibles con facilidad, capaces de contrarrestar la burocratización, sino en una nueva modalidad de vida y de convivencia; podría favorecer el nacimiento y la difusión de una cultura alternativa.

Semejante perspectiva tiene sentido en cuanto que el voluntariado, que no ha sido inventado ayer, ha asumido dos características en relación con el pasado. La primera, que los voluntarios no son solamente los ricos y los acomodados, sino también son otros menos favorecidos, como los trabajadores, los estudiantes, los pensionistas. Esta nueva característica hace posible hablar de un "voluntariado popular" capaz, por consiguiente, de crear cultura.

La segunda característica consiste en que gran parte de este nuevo voluntariado es vivido con una dimensión realmente comunitaria, juntamente con los pobres. Se ha superado, por tanto, en muchos casos, aquel modelo de voluntariado que se limitaba a "dar algo", y se camina hacia un modelo de voluntariado comprometido no sólo en resolver las necesidades contingentes de los pobres, sino en crear las condiciones para que sea posible erradicar las causas que las generan, implicando en esta operación a los mismos que las padecen.

En estas condiciones, el voluntariado puede ser portador, a la larga, de una nueva cultura, que podríamos definir de tres modos:

— *La cultura de la pobreza*, es decir, aquella que elabora proyectos y perspectivas, partiendo de las necesidades de "los últimos" y no ya de los deseos de los ricos.

— *La cultura de la "gratuidad"*, es decir, aquella que instaure unas relaciones humanas no ya en función de un interés económico o de prestigio, sino de una mayor calidad de vida y de convivencia.

— *La cultura de la convergencia*, es decir, aquella que resuelve los conflictos a través del diálogo y el reconocimiento recíproco de las necesidades y los derechos, y no por medio de pruebas de fuerza.

Se puede decir que hoy todas las Cáritas europeas han acogido la potencialidad del voluntariado y, juntamente con los respectivos episcopados, tratan de procurarles orientaciones y motivaciones colegiales con la fe y las enseñanzas evangélicas.

Es necesario, por otra parte, reconocer que el voluntariado —dentro de las instituciones o con iniciativa propia— impulsa a las instituciones sociales a revisar críticamente sus opciones en cuanto a criterios y campos de actuación.

IV

NUEVA FRONTERA DE LA EVANGELIZACION

Cuando se habla de acción o proyecto cultural de los católicos, ya sean voluntarios o trabajadores sociales en las estructuras eclesiales, hay que tener en cuenta —con gran realismo y sin dispersión— que la cultura de inspiración católica hoy interesa a una minoría de personas, aun en los países donde, al menos en las estadísticas, los católicos son una mayoría numérica.

La secularización de nuestro continente está, en efecto, en un estadio muy avanzado y todo lo que tiene sabor de “religioso” es visto con indiferencia o con escepticismo, tal vez con hostilidad. La idea de que “la religión es el opio del pueblo” se ha abierto camino no sólo en ambientes marxistas, sino también en los liberales-iluministas.

En cuanto a la caridad, es preciso reconocer que, a pesar de todos los esfuerzos, es todavía poco comprendida y se la mira con sospecha tal vez en ambientes católicos. Por poner un ejemplo, al final de junio de 1983, un participante de la JOC en la conferencia de organizaciones católicas internacionales, dijo: “Según nosotros, la caridad tiene solamente el cometido de luchar contra las consecuencias de las situaciones, sin atacar las causas reales, dejando, por consiguiente, los problemas en una situación crónica”.

Por tanto, resulta evidente que un comportamiento inspirado en el máximo rigor moral y la máxima coherencia evangélica, lleva consigo la credibilidad de los católicos y la recta comprensión de la caridad.

En esta perspectiva, parece indispensable que, tanto las instituciones de caridad como el voluntariado, presten la máxima atención para no repetir los errores del pasado. En particular, parece que sus iniciativas deberían:

— *Dirigirse prioritariamente* a los más débiles y no a aquellos que “pueden pagar” (es el caso, desgraciadamente, de muchos hospitales y casas de descanso gestionadas por católicos).

— *Ser proféticos*, en el sentido de estar en disposición de detectar nuevas necesidades y nuevas respuestas a carencias ya sean nuevas o antiguas.

— *Saber ser mediadores* inteligentes entre el mundo de la marginación, por un lado, y el Estado y toda la sociedad, por otro, en todo lo que se relaciona con las exigencias de justicia y de solidaridad humana.

Con tales criterios, las estructuras de servicio y de voluntariado pueden efectivamente representar una “evangelización de frontera”; allí donde no llega y no incide ya el anuncio y la

celebración de Cristo, puede llegar eficazmente la acción diaconal, favoreciendo el resurgir de valores como la gratuidad, la solidaridad y el sentido de responsabilidad hacia el prójimo. Elementos todos que, vistos a la luz de los pasajes evangélicos de Mt 25, 31-46 y de Lc 10, 30-37, recobran una importancia evidente en orden a la salvación.

Por lo demás, no son pocas las Cáritas que han favorecido la colaboración entre católicos y no creyentes, sobre todo en el campo del voluntariado.

V

CARIDAD Y COMUNIDAD

En las páginas precedentes hemos dado a entender, sin detenemos mucho, que la reapropiación del "rol" diaconal afecta a cada uno de los creyentes, pero no menos exige una dimensión comunitaria; efectivamente, hemos hablado de animación de la comunidad cristiana en orden a la caridad y a la justicia.

Dando por supuesto que una acción de animación no puede desarrollarse únicamente a nivel nacional, se sigue que debe hacerse y promoverse a nivel diocesano y parroquial. En Europa prácticamente todas las diócesis tienen una Cáritas Diocesana. Muy distinta es la realidad de las Cáritas Parroquiales y su eficiencia.

Las dificultades que se dan son varias: en parte, dependen de factores socioculturales externos al mundo eclesial, y en parte, a su vez, internos a éste.

En efecto, hay que considerar la gran dificultad de las parroquias para implicar —no sólo en la diaconía de la caridad, sino también en la liturgia y la catequesis— a los cre-

yentes de su territorio. Incluso el creyente que practica su propia dimensión de la fe, con frecuencia experimenta grandes dificultades para vivirla comunitariamente, principalmente por el ritmo de vida impuesto por las condiciones de vida de la sociedad europea, en la que, quien sabe por qué, no hay tiempo para nada... y el contacto humano es casi inexistente más allá del puesto de trabajo y de la familia (lugares éstos, por lo demás, en los que el contacto es a menudo conflictivo).

El riesgo está en que la comunidad parroquial se reduzca a unas cuantas personas reunidas en torno al párroco; no se sabe hasta qué punto ese "estar con el párroco" es una opción libre u obligada, es decir, si es más bien una no opción y, por tanto, "un quedar bien y cumplir".

La "restricción" de la comunidad parroquial activa es un grave *handicap* para quien quiera promover la animación de la caridad, en cuanto disminuye la capacidad y la posibilidad de la parroquia para conocer las condiciones de vida y las exigencias de los parroquianos, y, por lo mismo, disminuye la puesta en marcha de iniciativas y posibles acciones.

Hay otros factores de orden interno al mundo eclesial que también limitan fuertemente la posibilidad de realizar un buen trabajo de Cáritas a nivel parroquial.

Sin detenemos en la falta de formación de no pocos sacerdotes (no necesariamente los de más edad), hay otros puntos que deben destacarse si se quiere llegar a tener una Cáritas eficiente e incisiva.

Ante todo, no es un secreto el hecho frecuente de que las Cáritas Nacionales están más preocupadas por la gestión de unos buenos servicios que por la animación de la comunidad cristiana, la cual, aunque haya de llevarse a cabo a niveles locales, tiene necesidad de instrumentos y estímulos a nivel nacional. Mucho se ha hecho en este aspecto, pero aún queda mucho por hacer en los diversos países.

En segundo lugar, hay que reconocer que no son pocos los párrocos que aún infravaloran la función diaconal del cris-

tiano y que incluso la reducen solamente a la asistencia y la beneficencia.

En tercer lugar, tampoco son pocos incluso los movimientos de apostolado que todavía no se han planteado el problema diaconal y que, habiéndoselo planteado, tratan de afrontarlo al margen de una coordinación eclesial territorial; esto lleva consigo multiplicar acciones análogas, mientras quedan sin abordar otros sectores. La misma tendencia "autárquica" alcanza a varias congregaciones religiosas comprometidas en la acción social. Tanto los movimientos como las congregaciones (por supuesto, no todas) se mueven todavía en base a una lógica vertical, en cuanto que establecen las prioridades y campos de actuación en función de criterios marcados por los respectivos vértices diaconales con poder decisorio, más que en función del reencuentro efectivo de las necesidades presentes en un determinado territorio.

A nuestro parecer son éstas las claves que es necesario enfatizar si se quiere que la comunidad cristiana reapropie eficazmente su "rol" diaconal. Será necesario un trabajo de muchos años y mucha paciencia; pero es sabido que los caminos más largos —siempre que sean rectilíneos— son los que llevan más lejos.

VI

EUROPA NO ES EL MUNDO

En otro orden de cosas, Cáritas ha de tener en cuenta la realidad del subdesarrollo en vastas áreas del emisferio Sur.

Por una serie de razones históricas, que no es posible analizar aquí por motivos de espacio, la mayor parte de la opinión pública, incluso católica, concibe a Cáritas como una

especie de Cruz Roja católica o como bomberos católicos, es decir, como aquellos que intervienen en casos de catástrofes (terremotos, inundaciones, guerras, éxodos masivos, etc.).

Esta visión restrictiva del compromiso de las Cáritas europeas hacia otras zonas del mundo, se debe en buena parte al hecho de que en los años 60, por razones difícilmente comprensibles para nosotros, algunos episcopados europeos crearon organismos de ayuda al desarrollo, dejando a Cáritas cometidos de emergencias y asistencia, como si Cáritas fuese sinónimo de asistencia. Pero también es dominante esta visión allí donde esta percepción resulta artificiosa, lo que hace suponer que depende de la mayor sensibilidad de la prensa ante las tragedias imprevistas y repentinas más que por las crónicas, como es el subdesarrollo.

No obstante, hoy, casi todas las Cáritas europeas están comprometidas en sostener iniciativas en favor del subdesarrollo de las comunidades locales extra-europeas y están decididas a asumir este compromiso con respeto a las prioridades y metodologías indicadas por las Cáritas de aquellas zonas.

La dinámica de la ayuda a los países en desarrollo no se agota con enviar de un país a otro, de una comunidad a otra, dinero, medicinas, alimentos, etc. En este campo, análogamente a los problemas que hay en Europa, es necesario hacer un esfuerzo de implicación de la opinión pública y en particular de las comunidades cristianas, a fin de que se camine hacia un nuevo orden internacional más justo y equitativo.

La empresa es ciertamente ardua, especialmente en un momento en que la crisis económica generalizada favorece actitudes de nacionalismo, proteccionistas y corporativistas. Precisamente en esta situación se impone un esfuerzo educativo e informativo: son todavía muchos los ciudadanos europeos que no tienen idea de las necesidades que existen en otras zonas del mundo, ni de las causas de las mismas, con frecuencia originadas en Europa.

Esta llamada no debe restringirse a recabar recursos para Cáritas en favor del desarrollo de esas zonas. Dado que la dinámica internacional depende muchísimo de los gobiernos, será necesario poner en marcha acciones de presión popular, no violenta, a niveles políticos. Por ejemplo, las Cáritas podrían promover campañas, a fin de que los Estados destinen el 1,1 por 100 del producto nacional bruto a otros países; rechazo de pagar con armas u otros instrumentos de muerte la adquisición de materias primas; evitar que la ayuda financiera a los países débiles sea usurera; reducción de los gastos superfluos en materia de energía, alimentación y, sobre todo, armamento; vigilar para que las ayudas no degeneren en una transferencia de los modelos europeos de vida y de crecimiento económico extraña a la cultura y valores locales.

Estas y otras cosas podría promover Cáritas como intérprete de la conciencia viva de los cristianos, es decir, de cristianos convencidos de que no puede haber oposición entre compromiso con la caridad, la justicia y la paz.

Loretta Peschi
Servicio de Europa y Prensa de C.I.

Documentación

JUAN PABLO II
A LOS PARTICIPANTES EN LA
XII ASAMBLEA GENERAL DE C. INTERNACIONAL

Queridos hermanos y hermanas:

1. *Por segunda vez tengo ocasión de recibir a los responsables y a los numerosos delegados de la Asamblea General de Cáritas Internacional y os confieso que siento una gran alegría. Representáis una instancia privilegiada de la caridad en la Iglesia, y la caridad debe ser el signo distintivo de los discípulos de Cristo. Esta instancia está ligada orgánicamente a cada Iglesia local, a nivel de diócesis, con una coordinación operativa a nivel nacional y una confederación internacional. Vuestra ramificación corresponde casi a la extensión universal de la Iglesia católica y todo el mundo sabe y aprecia la eficacia y la rapidez con que hacéis frente a las desgracias humanas, crónicas u ocasionales, y a las necesidades del desarrollo; a la promoción humana, en una palabra. En efecto, este trabajo considerable hace honor a la Iglesia, cuya gratitud os expreso, a la vez que os manifiesto el reconocimiento de todos los que se benefician de vuestra acción social, realizada con un cuidado educativo.*

Creo ser intérprete de todos felicitando de manera particular a monseñor Georg Hüssler, presidente de C.I. durante largos años, que ha ejercido su cargo con competencia, dedicación e iniciativa; y también al señor Emilio Fracchia, que ha ejercido, de la misma manera, el cargo de secretario general. Mis mejores deseos se dirigen a sus sucesores, y en primer lugar al nuevo presidente, el querido cardenal Alexandre do Nascimento, arzobispo de Lubango, representante directo del Tercer Mundo en un organismo de Iglesia tan importante. Después, al secretario general, que vais a elegir; y, finalmente, a los demás responsables de la Confederación, designados para tomar el relevo del equipo precedente.

En el curso de los trabajos de la presente Asamblea habéis examinado de cerca el camino recorrido desde hace quince años; habéis evaluado el balance; programado las orientaciones y la tarea para el período que se abre, así como los medios para llevarla a cabo. Sin entrar en estas consideraciones técnicas, que son de vuestra incumbencia, quiero recordaros la vocación esencial de vuestra organización y sus delegaciones diocesanas.

2. Vuestra acción social os hace atender en particular al plan internacional, a un cierto número de problemas humanos centrales, a cuyo estudio deseáis aportar vuestra contribución, organizando o participando en encuentros, sin ignorar que otras instancias tienen competencia directa y responsabilidad en este ámbito. Comprendo vuestra búsqueda de las mejores condiciones para el desarrollo de personas, en sus diferentes edades, de categorías sociales y de pueblos desfavorecidos.

Convendréis, sin embargo, en que vuestro carisma particular consiste en permanecer cerca de lo terrenal, orientados a acciones concretas de asistencia y desarrollo o educación; en que vuestra primera misión es la animación diocesana

de la caridad. *Estáis llamados a la caridad, como yo lo decía hace cuatro años; no se puede permitir que se devalúe la palabra ni la realidad de la "caridad"; simplemente hay que rehabilitarlas en toda su amplitud y profundidad; más que nunca, son hoy de actualidad para contribuir a la civilización del amor, sobre la que habéis meditado, y para dar el testimonio esencial de la Iglesia. Como os decía Pablo VI, vosotros sois "los realizadores y educadores de esta caridad, humilde y calurosa, paciente y desinteresada, permanente y universal..., pronto y eficaz"* (15 mayo 1975). Ciertamente, recordáis también el decreto conciliar sobre el apostolado de los laicos, que describe (en el número 8) lo que comporta esta acción caritativa, sello del apostolado cristiano, y, sobre todo, el espíritu con que debe ser ejercitada.

3. Los esfuerzos de las Cáritas hay que situarlos en el cuadro de la pastoral social de la Iglesia, y la elección del tema de vuestra Asamblea —"Realidad y futuro en la pastoral social"— os ha permitido, creo, profundizar este aspecto. Esta pastoral social incluye muchos sectores, obras y servicios; lleva a compromisos muy diversos por parte de los laicos, de los que están organizados en movimientos y de los que no lo están, pero también por parte de religiosos y religiosas que tienen a su cargo obras sociales; a título especial, están interesados también los sacerdotes y, evidentemente, los diáconos. A nivel diocesano es el obispo quien coordina esta pastoral social, como todo lo que es apostolado, según lo recuerda el decreto *Christus Dominus*. Sin su acuerdo no se podrían tomar las múltiples iniciativas en la base. La Cáritas participa con él en ello, entre otras cosas, pero con un carisma particular, para recordar el lugar primordial de la caridad, para despertar la conciencia de los cristianos, y de los no cristianos, educando a descubrir las exigencias del amor ante las multiformes necesidades del prójimo, y a tomar las responsabilidades sociales, a suscitar una eficaz voluntad de ayuda

mutua y a coordinar estos esfuerzos. Es necesario renovar sin descanso una pastoral así, porque la evolución de las sociedades, a veces muy rápida, y las dificultades que surgen de manera no siempre prevista, producen desarraigos, nuevas formas de pobreza, que es necesario denunciar; producen problemas agudos de trabajadores en paro, de jóvenes drogadictos, y otras plagas; hogares dislocados, refugiados e inmigrados.

Tenéis, pues, la posibilidad de promover la pastoral social con vuestro obispo y con la Conferencia Episcopal a nivel nacional, y con la Santa Sede —concretamente con Cor Unum— a nivel internacional.

4. *En todo caso, es necesario mirar las cosas en términos de promoción humana. La ayuda inmediata, la asistencia a las personas y pueblos víctimas de calamidades tienen su lugar: son expresiones, siempre necesarias, de la caridad, que no espera, y que valora a cada persona, a cada vida humana, como el buen samaritano; no se las puede dejar de lado, oponiéndoles como lo único importante las ayudas a largo plazo, las medidas preventivas, la erradicación de las causas de los males, la implantación de estructuras sociales, la acción por la justicia: todo ello es necesario, ciertamente, como se os ha dicho a menudo.*

Sin embargo, incluso a nivel de asistencia, la perspectiva del desarrollo no debe faltar nunca. Sois bien conscientes de que es necesario evitar que las personas y grupos sociales reciban únicamente asistencia. Más bien es necesario ayudarles a que tomen en sus manos su propio destino, su vida, su familia, en la medida de lo posible; y despertar también la opinión pública, las instituciones afectadas, los cuerpos intermedios y las instancias del Estado, para que tomen sus propias responsabilidades sociales. Por lo demás, la promoción no se refiere sólo a la alimentación, el techo o la salud, sino al hombre entero.

Esta perspectiva es tanto más evidente cuanto se trata de contribuir al desarrollo de pueblos o aldeas, o de regiones, para preparar un futuro mejor y más seguro. Sin duda, la Cáritas, en cuanto tal, no está en disposición de tomar a su cargo los grandes proyectos para los que se asocia a otras instituciones cristianas o no cristianas; pero todos saben que lleva a cabo múltiples realizaciones útiles, pequeñas o medianas, y eso de una manera educativa, tanto para los donantes como para los beneficiarios.

5. *Todo esto me lleva a evocar el Tercer Mundo. Ciertamente, hay ya en cada una de las diócesis y países donde operan las Cáritas un gran número de situaciones que piden una ayuda. Se habla a menudo de estos islotes del "cuarto mundo" en los países ricos. Pero es esencial, según la perspectiva católica, que las personas y las instituciones del propio país se sientan solidarias con los países más desprovistos en cuanto a recursos materiales, organización social, higiene; asimismo, es necesario que se encarguen de los enfermos, de la alfabetización: éstos pueden ser ricos en cualidades humanas, morales y espirituales. Os toca, pues, educar en la preocupación y en la generosidad a este respecto.*

Las estructuras de Cáritas presentan en este sentido grandes ventajas: permiten intercambios entre las Cáritas diocesanas, sobre todo con la ayuda de las Cáritas nacionales y de los servicios de información de la C.I. ¿No es vuestra Asamblea una magnífica expresión de esta red, verdaderamente universal, de la caridad?

Añadiría que el Tercer Mundo ya está presente en el seno de los países industrializados por la cantidad de inmigrantes que deben estar en el centro de vuestras preocupaciones.

6. Hoy las palabras *solidaridad, ayuda al desarrollo, dignidad y derechos de las personas y los pueblos, justicia, resultan familiares a nuestros contemporáneos; y de ello hay que alegrarse. Ahora bien, lo que importa es la realidad del respeto y la ayuda mutua, es la manera de practicarlas y lo que inspira estas actitudes. Para vosotros, miembros de Cáritas, importa, pues, no solamente organizar bien la ayuda mutua, sino poner de manifiesto las motivaciones cristianas de la caridad, hacer ver su necesidad, educar en ellas, en una palabra: rehabilitar la virtud de la caridad, que se inspira en el amor mismo de Dios, que hace ver en el prójimo la imagen de Dios y de Cristo mismo, y compromete a tratarlo con gran delicadeza, respetando su libertad, su responsabilidad, su dignidad, su destino espiritual (cf. Decreto sobre el apostolado de los laicos, n. 8).*

¡Rehabilitar la caridad! Esta es la misión principal confiada al Consejo Pontificio Cor Unum, del que sois miembros. Ojalá podáis colaborar ampliamente con él y con todos los organismos que, en la Iglesia, trabajan en la pastoral social.

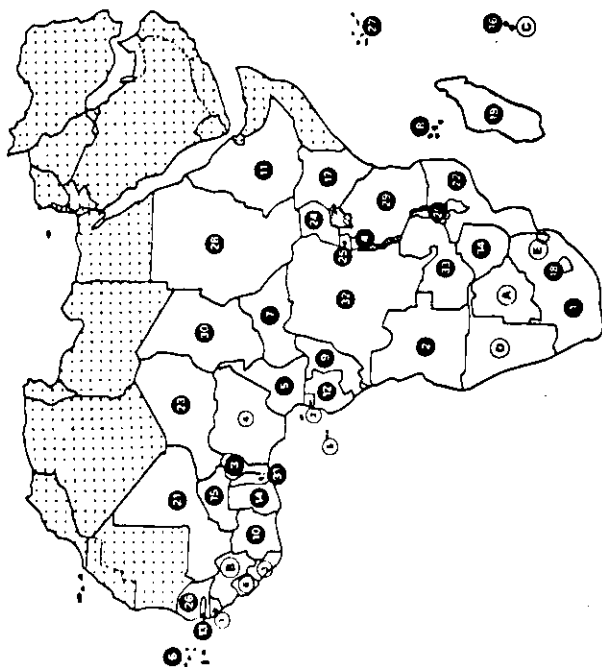
Mañana, la liturgia nos invitará a contemplar el misterio de la Visitación de María, que fue a compartir con su prima Isabel la alegría de la Buena Noticia del Salvador y a ofrecerle sus servicios. ¡Que Ella ayude a corresponder a vuestra magnífica misión en la Iglesia, que es precisamente el compartir! Yo, de todo corazón, bendigo a los responsables de C.I., a todos los delegados aquí presentes, a los miembros de la Santa Sede que han trabajado con vosotros en el curso de esta Asamblea, y a todos aquellos que trabajan de manera desinteresada y activa en el seno de las Cáritas diocesanas y nacionales.

GEOGRAFIA DE CARITAS EN LA IGLESIA

Miembros de pleno derecho:

(C)

1. Africa del Sur
2. Angola
3. Benin
4. Burundi
5. Camerún
6. Cabo Verde
7. Centroáfrica
8. Comores
9. Congo
10. Costa de Marfil
11. Etiopía
12. Gabón
13. Gambia
14. Ghana
15. Alto Volta
16. Isla Mauricio
17. Kenia
18. Lesotho
19. Madagascar
20. Malawi
21. Mali
22. Mozambique
23. Niger
24. Uganda
25. Ruanda
26. Senegal
27. Seychelles
28. Sudán
29. Tanzania
30. Tchad
31. Togo
32. Zaire
33. Zambia
34. Zimbabwé



Miembros "correspondientes" que piden afiliación a C.I.

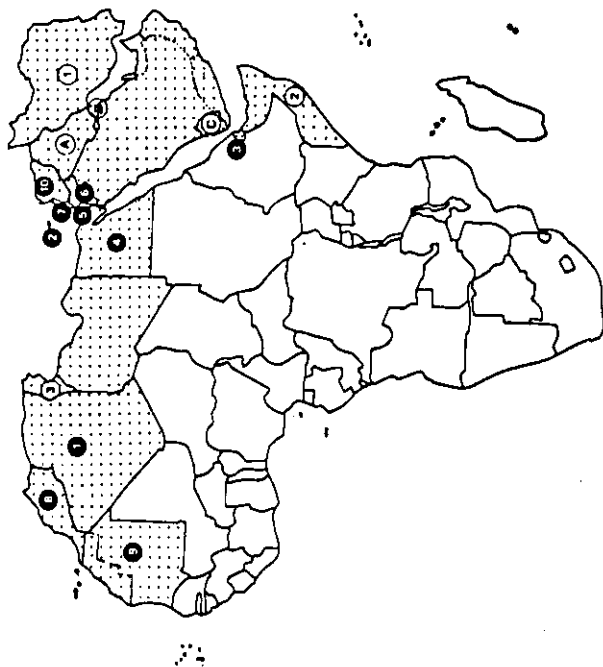
1. Guinea Bissau
2. Guinea Ecuatorial
3. Liberia
4. Nigeria
5. Santo Tomé y Príncipe
6. Sierra Leona

Otros países invitados:

- A - Botswana
- B - Guinea (Conakry)
- C - La Reunión
- D - Namibia
- E - Swaziland

REGION: II. MEDIO ORIENTE /
AFRICA DEL NORTE

XII Asamblea General de C.I. (1983)



Miembros de pleno derecho:

①

1. Argelia
2. Chipre
3. Djibouti
4. Egipto
5. Jerusalén
6. Jordania
7. Líbano
8. Marruecos
9. Mauritania
10. Siria

Miembros "correspondientes"
que pi den afiliación a C.I.

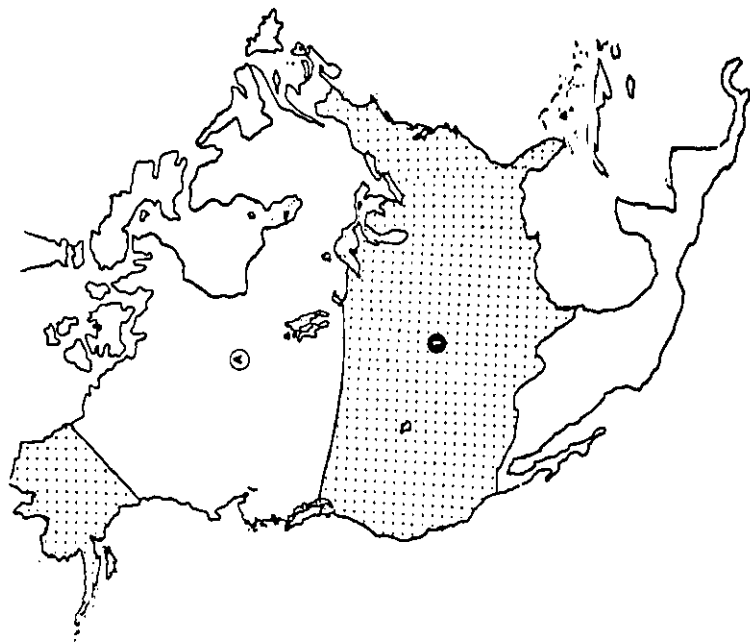
- ②
- 2.
- 3.

- Irán
- Somalia
- Túnez

Otros países invitados:

- Ⓐ
- Ⓑ
- Ⓒ

- Iraq
- Kuwait
- República Árabe del Yemen

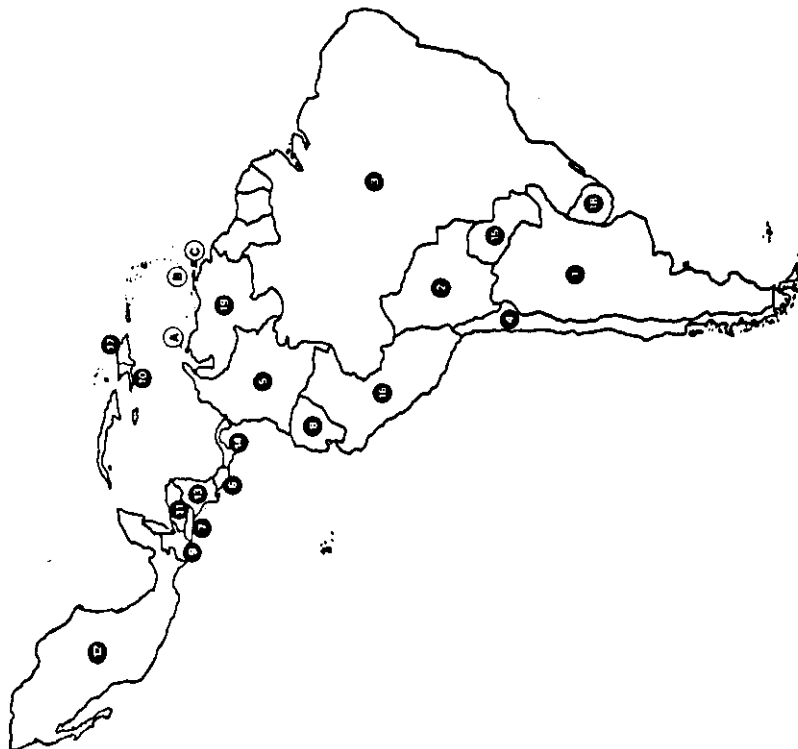


Miembro de pleno derecho:

● Estados Unidos de América

Otro país invitado:

▲: Canadá



Miembros de pleno derecho:

①

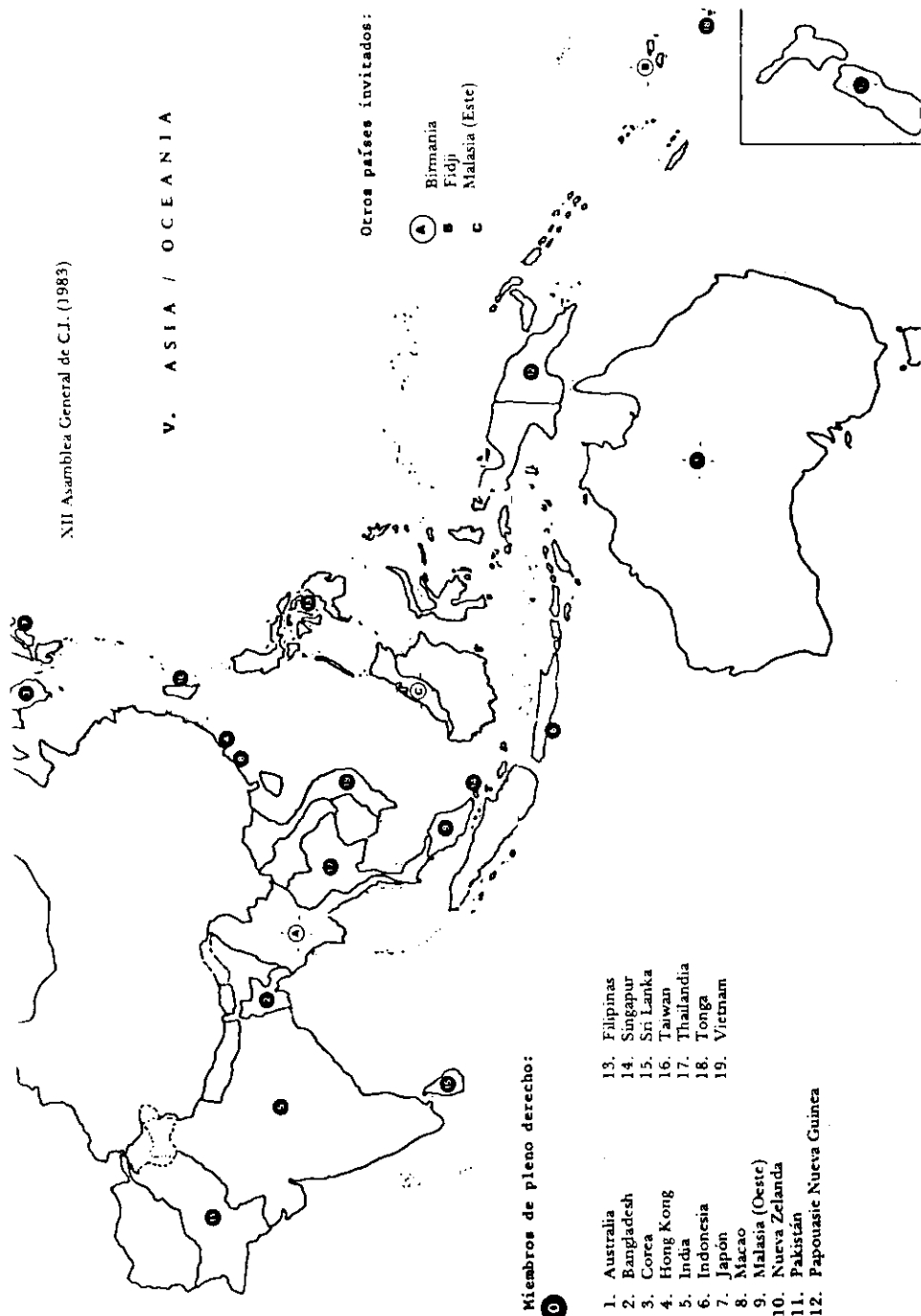
1. Argentina
2. Bolivia
3. Brasil
4. Chile
5. Colombia
6. Costa Rica
7. El Salvador
8. Ecuador
9. Guatemala
10. Haití
11. Honduras
12. México
13. Nicaragua
14. Panamá
15. Paraguay
16. Perú
17. República Dominicana
18. Uruguay
19. Venezuela

Otros países invitados:

②

- A- Curacao
- B- Granada
- C- Trinidad y Tobago

V. ASIA / OCEANIA



Otros países invitados:

- A Birmania
- B Fiji
- C Malasia (Estr)

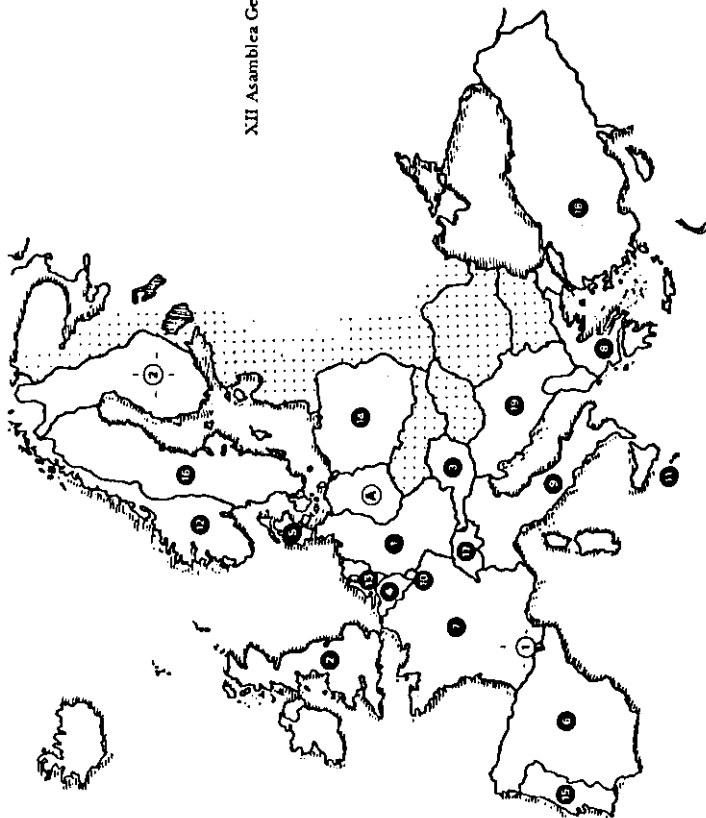
Miembros de pleno derecho:

- 1. Australia
- 2. Bangladesh
- 3. Corea
- 4. Hong Kong
- 5. India
- 6. Indonesia
- 7. Japón
- 8. Macao
- 9. Malasia (Oeste)
- 10. Nueva Zelanda
- 11. Pakistán
- 12. Papouasia Nueva Guinea
- 13. Filipinas
- 14. Singapur
- 15. Sri Lanka
- 16. Taiwan
- 17. Tailandia
- 18. Tonga
- 19. Vietnam

Miembros de pleno derecho:

1. Alemania (Rep. Fed.)
2. Inglaterra-Gales
3. Austria
4. Bélgica
5. Dinamarca
6. España
7. Francia
8. Grecia
9. Italia
10. Luxemburgo
11. Malta
12. Noruega
13. Países Bajos
14. Polonia
15. Portugal
16. Suecia
17. Suiza
18. Turquía
19. Yugoslavia

REGION: VI. EUROPA



XII Asamblea General de C.I. (1983)

Miembros "correspondientes"
que pi den afiliación a C.I.

1. Andorra
2. Finlandia

Otro país invitado:

1. Alemania (Rep. Dem.)

